

I. M.

EL TAMIRAZO

BIOGRAFIA

DE IGNACIO

RAMIREZ

FR. WAGNER

EL SALON

EN

1879-80

F1231

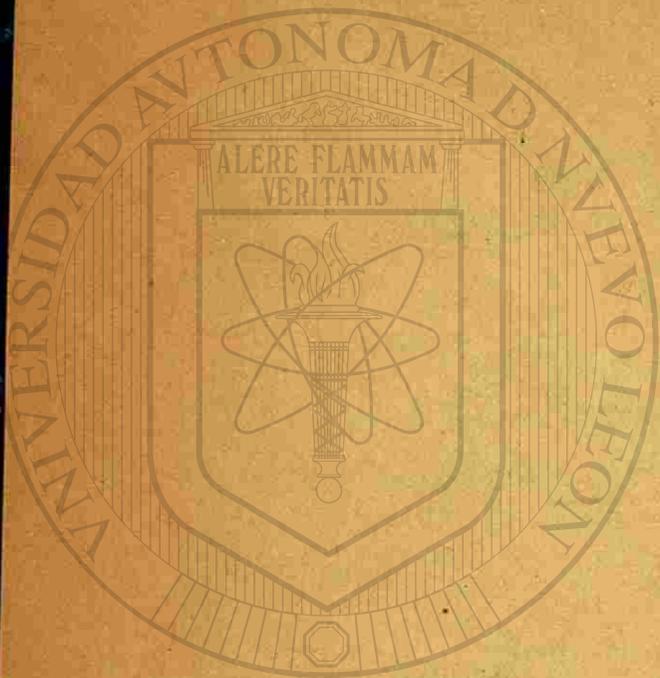
.5

.R3

A4



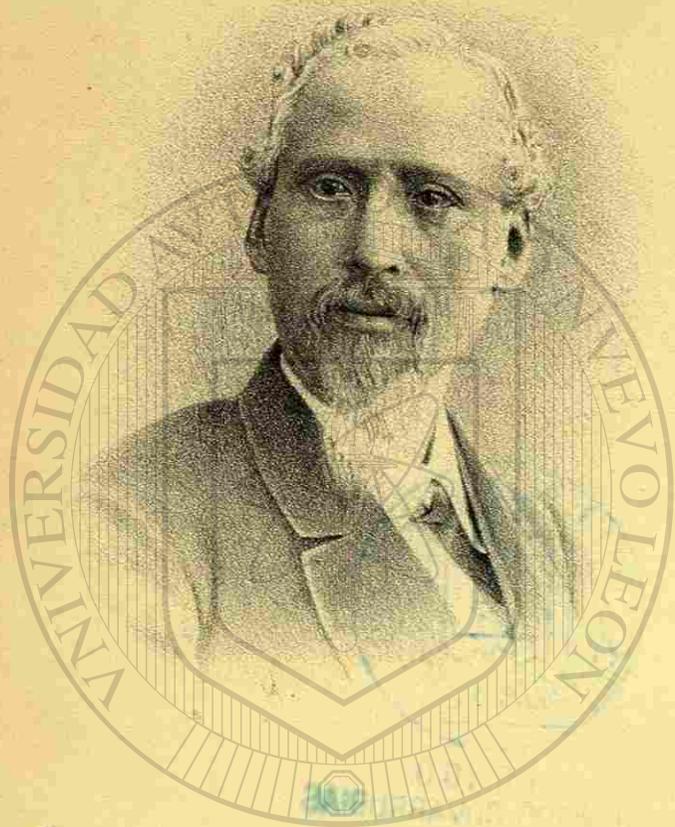
1020025285



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*Ignacio M. Altamirano*  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIOGRAFIA

IGNACIO RAMIREZ

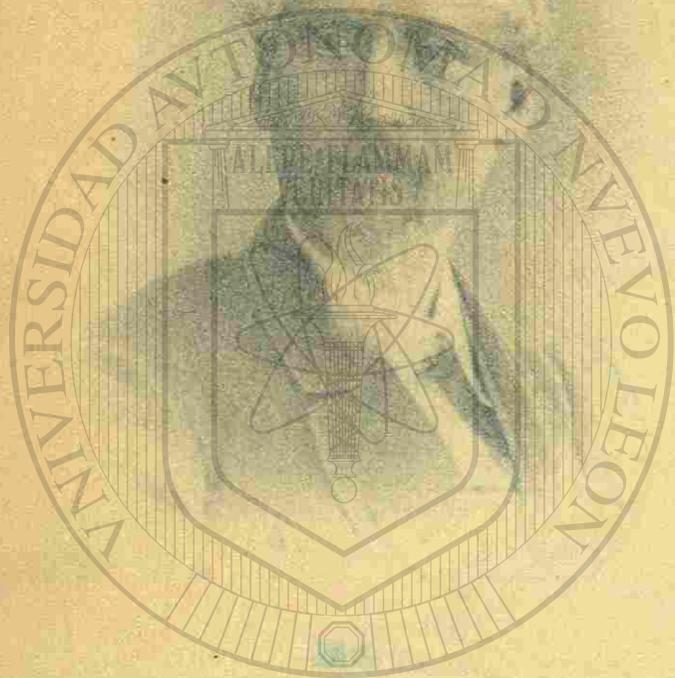
IGNACIO M. ALTAMIRANO

UANL



®

16722



*Ignacio M. Altamirano*  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS MÉXICO.

BIOGRAFIA

DE  
IGNACIO RAMIREZ



IGNACIO M. ALTAMIRANO

U A N L



OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO  
Calle de San Andrés número 15.

1889

16722

928  
R

F1231

S  
R3  
A4



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

97981

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIOGRAFÍA DE IGNACIO RAMÍREZ

**H**ACER la biografía de un hombre como Ignacio Ramírez, es empresa muy árdua. Si yo me atrevo á acometerla, no es porque me sienta con fuerzas bastantes para salir airoso de ella, sino por afecto y por deber.

Por afecto, pues desde mi juventud, desde que tuve la dicha de ser discípulo de este grande hombre, desde que pude admirar sus talentos extraordinarios y sus virtudes públicas y privadas, nació en mi espíritu, juntamente con una admiracion sin límites, un afecto de veneracion y de cariño filial hácia él, que no se desmintió un momento durante su vida, que no ha hecho más que acrecentarse despues de su muerte; afecto fundado en la conviccion del mérito del que lo inspiraba, y que ha decidido quizás de mis creencias políticas, de mis ideas filosóficas, y sin duda alguna, de mis aficiones literarias. Ignacio Ramírez influyó en mi existencia de una manera radical, y yo lo consideré siempre,

Ramírez.—\*

no como un amigo, lo cual habria establecido entre nosotros una especie de igualdad, sino como un padre, como un maestro, ante quien me sentía penetrado de profundo respeto y de sincera sumision.

El deber me obliga tambien á escribir este ensayo, pues creo, prescindiendo ya de afectos personales, que es un deber para todo mexicano patriota, y especialmente para los que profesamos el culto de la Libertad, y para los que cultivamos las letras, el de dar á conocer á la posteridad al varon insigne á cuyo genio y á cuyos trabajos deben tanto la República, la Libertad y la Reforma, y al profundo pensador á quien las ciencias y las bellas letras mexicanas deben tambien una de sus glorias más brillantes y más puras.

Este deber ha sido cumplido ya por aventajados escritores. El justo elogio de Ignacio Ramírez ha resonado en la tribuna y en la cátedra, y la imprenta lo ha eternizado en los anales históricos y en las biografías, fuera de que los numerosos discípulos del ilustre maestro, y el pueblo agradecido, lo encomiendan á las alas de la tradicion, para que el agradecimiento nacional lo trasmita hasta las más remotas generaciones.

Pero este elogio y estos bosquejos biográficos han sido, por su naturaleza, compendiosos y breves. Era necesario conocer la vida del hombre de un modo más extenso y detallado; era preciso considerar sus trabajos políticos, científicos y literarios en toda su magnitud y variedad, y eso, tal vez, no podia hacerse, sino cuando se publicaran sus obras reunidas, como hoy, en que, gracias á una noble y generosa disposicion de la

Secretaría de Fomento, salen á luz en dos volúmenes, no completas, pero sí escogidas y en su mayor parte.

Tamaña tarea me estaba, pues, reservada á mí, que afortunadamente conocia todos los detalles de la vida de Ramírez, tan fecunda en sucesos importantes, tan unida á los cataclismos políticos que han cambiado la faz de la nacion mexicana, tan interesante para la historia y para la literatura pátrias.

No me oculto, sin embargo, las enormes dificultades que encierra semejante estudio. Ramírez fué un precursor de la Reforma; fué un luchador constante, audaz y valeroso; fué un enemigo implacable de toda tiranía; fué *el sublime destructor del pasado y el obrero de la Revolucion*, como decia Justo Sierra en la admirable poesía que pronunció en los funerales del eminente republicano. Teniendo que combatir contra poderosos y enconados enemigos desde su juventud, tanto en la prensa como en el terreno revolucionario; sufriendo numerosas persecuciones; muchas veces preso, otras al pié del cadalso; casi siempre proscrito, pero jamas desalentado ni vencido; patriota sin mancha, liberal desinteresado, gobernante probo y rectísimo, Ramírez en esta larga serie de luchas y de conflictos que se sucedieron en su existencia azarosa, sin interrupcion, necesitó atacar instituciones inveteradas, sistemas reputados inviolables, teorías que eran credos religiosos; hirió infinitas vanidades, y aun tuvo que desafiar, como Ajax, hasta á potestades que se creen divinas, y cuyo rencor se acrecienta en la derrota.

Eso en política; en el campo de la ciencia y de las

bellas letras, ejerciendo una crítica severa y saludable, defendiendo nuevas teorías, abriendo á la juventud los caminos de la ciencia moderna, ántes cerrados por la preocupacion ó por la ignorancia; predicando siempre el progreso en todos sentidos, aniquilando con sus inmortales sarcasmos todo lo que era falso, todo lo que era innoble; Ramírez, á quien se ha llamado, con justieir, el Voltaire de México, tambien se concitó, como era natural, numerosos enemigos, muchos de los cuales aún viven, con sus heridas sangrando todavía, porque los dardos que lanzaba el reformador mexicano causaban heridas mortales, como las flechas del héroe antiguo.

Así es que no ha llegado para Ramírez la hora de la completa y serena justicia, y el biógrafo contemporáneo ó se ve obligado á detenerse en ciertos límites, ó corre el riesgo de lastimar algunas susceptibilidades. No hay remedio; un escrito como éste es todavía una obra de combate, y sobre la tumba del eminente pensador aún pueden escucharse los rumores tumultuosos que levantan el odio y el despecho, mezclados á las aclamaciones y á los himnos del entusiasmo y de la admiracion; tal es la gloria!

## II

Para hacerme fácil este trabajo biográfico, me propongo abandonar el camino trillado, y seguir otro que me ofrece las ventajas de la sencillez familiar, para la

narracion, y del órden cronológico para los sucesos. De este modo los lectores, identificándose con el narrador, podrán conocer al hombre en el desarrollo de su pensamiento y de su accion, y en las interesantes peripecias de su existencia social y moral.

Yo conocí á Ignacio Ramírez en el Instituto Literario de Toluca, el año de 1850. En ese establecimiento estudiaba yo entónces segundo año de Latinidad, y él acababa de ser nombrado catedrático de primero y tercer años de Jurisprudencia.

Yo, muy jóven, pues apenas tenia quince años, y acabando de llegar del Sur, comprendiendo con trabajo la lengua española, y casi incomunicado por mi timidez rústica y semi-salvaje, tenia poquísimo conocimiento acerca de los hombres y de los sucesos de México. Es verdad que tres años ántes habian llegado hasta mis montañas los rumores siniestros de la guerra de invasion norte-americana, y habia visto pasar por mi pueblo á los soldados que volvian fugitivos ó dispersos de la campaña. Es verdad que los valientes voluntarios de Tixtla y de Chilpancingo, que habian combatido con honor, aunque con desgracia, en el Valle de México, y entre los cuales tenia yo no pocos parientes, habian regresado, contando con abatimiento los tristes sucesos de la guerra, y que en mi humilde casa habia escuchado á mi padre, casi ciego, alguna conversacion política tenida con sus amigos. Pero todo eso era vago y confuso entónces para mí, y las ocupaciones de la escuela y los entretenimientos de la niñez, pronto venian á borrar tales impresiones.

Después, en 1849, ya restablecida la paz, una ley benéfica del Estado de México, al que pertenecía entonces la comarca en que nací, me sacó de ella, designado para venir á estudiar en el Instituto Literario de Toluca. Yo comprendí claramente que aquel cambio en mi vida era un gran bien para mí, y naturalmente, lleno de gratitud, me propuse indagar quién era el autor principal de aquella ley, merced á la cual se me abría el camino de la instrucción. Aquella ley no sólo me había favorecido á mí, sino también á otros muchos jóvenes indígenas del Estado de México, pobrísimos como yo, y como yo condenados seguramente, si tal disposición no hubiera venido á salvarnos, á arrastrar una vida de ignorancia y de miseria.

Pero en los meses de la segunda mitad del año de 49, nada hice para averiguar lo que deseaba, y además mis condiscípulos, tan tímidos y tan ignorantes como yo, no habrían podido quizás sacarme de dudas. En Enero de 1850 se abrieron las cátedras, como se decía entonces, y se presentó un nuevo catedrático, que llamó fuertemente la atención de todos y causó una sensación de curiosidad difícil de describir. Seguramente era conocido ya de los alumnos grandes; en cuanto á los chicos, no sabían quién era, y trataban de averiguarlo acercándose á los grupos que formaban aquellos, en torno de los prefectos ó de los catedráticos que iban saliendo de sus cátedras respectivas. Estos prefectos y catedráticos eran gregorianos en su mayor parte, es decir, antiguos alumnos del famoso Colegio de San Gregorio de México, entonces todavía existente.

Debian conocer al nuevo profesor, porque hablaban de él con extraña animación, encomiando sus grandes talentos, su profunda sabiduría y su exaltado liberalismo, que le habían valido ya una fama envidiable.

Aquel personaje era, pues, Ignacio Ramírez.

El mismo Director del Instituto, Sánchez Solís, saliendo de la sala rectoral, vino, momentos después, á unirse á los catedráticos y alumnos, que lo recibieron, como siempre, con respetuoso silencio, aumentándose la curiosidad de todos cuando le oyeron decir que venía á esperar que Ramírez saliese de su cátedra para tener el honor de saludarlo. Y es, que Ramírez había venido á dar su clase sin ser advertido y sin ser presentado á sus discípulos.

Así es que prefectos, catedráticos, alumnos grandes y pequeños, con el Director á la cabeza, esperaban al hombre ilustre, formando en los corredores una muchedumbre atenta y respetuosa, y los que no lo conocíamos estábamos impacientes por verlo.

Al fin, apareció rodeado de sus discípulos, entre los que veíamos á Joaquín Alcalde, á Gómez Eguiarte, á Luis Gómez Pérez, á Eloi Martínez, que después han sido notables abogados y hombres públicos, y que entonces estudiaban Jurisprudencia en el Instituto Literario de Toluca.

Ramírez en 1850 era un joven de treinta y dos años de edad, pero su cuerpo delgado y de talla más que mediana, se encorvaba ya como el de un anciano. Su semblante moreno, pálido y de facciones regulares, tenía la gravedad melancólica que es como característica

de la raza indígena; pero sus ojos, que parecían de topacio, deslumbraban por el brillo de las pupilas; la nariz aguileña y ligeramente deprimida en el extremo, denunciaba una gran energía, y los labios sombreados por un escaso bigote, se contraían en una leve sonrisa irónica.

Era una de esas fisonomías que vistas una vez no se olvidan nunca, y que dejan una impresión en que se mezclan á la par la sorpresa, el temor ó la simpatía; fisonomías de profeta, de apóstol, de tribuno, con rasgos extraordinarios, y que decididamente no pertenecen al género vulgar.

Ramírez, contra lo que se usaba entonces, llevaba los cabellos cortos, de modo que con su semblante bronceado, y envuelto como estaba el busto en una ancha capa de paño verde oscuro, parecía una estatua clásica, animada, allí, en medio de nosotros.

El Director Sánchez Solís se acercó á él lleno de atención; otro tanto hicieron los profesores y algunos alumnos. Hablóles él con afabilidad y dulzura un momento, después de lo cual se despidió, acompañado del mismo Director y de dos ó tres más. Como era natural, la conversacion de todos no tuvo otro objeto que hablar de Ramírez. Joaquín Alcalde y sus compañeros juristas elogiaban con asombro la introducción del curso escolar que había hecho su maestro, y que sentían no poder repetir en toda su belleza. Por último, habiendo preguntado los alumnos foráneos á uno de los prefectos quién era ese hombre singular, á la sazón que pasaba el Director, éste dijo al interpelado:

—Puede vd. manifestar á los alumnos quién es el Sr. Ramírez, y cuál es el beneficio que le deben.)

## III

Supimos entonces lo que después tuve yo oportunidad de confirmar con datos seguros, esto es, que Ignacio Ramírez era nativo del pueblo de San Miguel el Grande, en el Estado de Guanajuato (hoy San Miguel de Allende), en donde vió la luz en 1818 (el 22 de Junio).

Los padres de Ramírez fueron D. Lino Ramírez y D<sup>a</sup> Sinfrosa Calzada, ambos queretanos y de raza mestiza, y no indígenas puros como han dicho algunos de sus biógrafos. Sin embargo, la verdad es que predominaba en ellos el tipo indio.

D. Lino Ramírez era un patriota muy ameritado y liberal firmísimo y valeroso, afiliado en el partido federalista desde que éste se formó para sostener la Constitución de 1824 y las ideas más avanzadas en la República. Merced al prestigio de que gozaba en Querétaro, fué nombrado vice-gobernador de ese Estado á la caída de Bustamante, y desempeñó el gobierno, secundando allí con empeño y eficacia los principios dominantes en la administración presidida por D. Valentín Gómez Farias, ejecutando las atrevidas leyes emanadas del Congreso de 1833, que pueden llamarse las primeras leyes de Reforma; luchando contra el clero poderosísimo todavía, y dominando energicamente

de la raza indígena; pero sus ojos, que parecían de topacio, deslumbraban por el brillo de las pupilas; la nariz aguileña y ligeramente deprimida en el extremo, denunciaba una gran energía, y los labios sombreados por un escaso bigote, se contraían en una leve sonrisa irónica.

Era una de esas fisonomías que vistas una vez no se olvidan nunca, y que dejan una impresión en que se mezclan á la par la sorpresa, el temor ó la simpatía; fisonomías de profeta, de apóstol, de tribuno, con rasgos extraordinarios, y que decididamente no pertenecen al género vulgar.

Ramírez, contra lo que se usaba entonces, llevaba los cabellos cortos, de modo que con su semblante bronceado, y envuelto como estaba el busto en una ancha capa de paño verde oscuro, parecía una estatua clásica, animada, allí, en medio de nosotros.

El Director Sánchez Solís se acercó á él lleno de atención; otro tanto hicieron los profesores y algunos alumnos. Hablóles él con afabilidad y dulzura un momento, después de lo cual se despidió, acompañado del mismo Director y de dos ó tres más. Como era natural, la conversacion de todos no tuvo otro objeto que hablar de Ramírez. Joaquín Alcalde y sus compañeros juristas elogiaban con asombro la introducción del curso escolar que había hecho su maestro, y que sentían no poder repetir en toda su belleza. Por último, habiendo preguntado los alumnos foráneos á uno de los prefectos quién era ese hombre singular, á la sazón que pasaba el Director, éste dijo al interpelado:

—Puede vd. manifestar á los alumnos quién es el Sr. Ramírez, y cuál es el beneficio que le deben.)

## III

Supimos entonces lo que después tuve yo oportunidad de confirmar con datos seguros, esto es, que Ignacio Ramírez era nativo del pueblo de San Miguel el Grande, en el Estado de Guanajuato (hoy San Miguel de Allende), en donde vió la luz en 1818 (el 22 de Junio).

Los padres de Ramírez fueron D. Lino Ramírez y D<sup>a</sup> Sinfrosa Calzada, ambos queretanos y de raza mestiza, y no indígenas puros como han dicho algunos de sus biógrafos. Sin embargo, la verdad es que predominaba en ellos el tipo indio.

D. Lino Ramírez era un patriota muy ameritado y liberal firmísimo y valeroso, afiliado en el partido federalista desde que éste se formó para sostener la Constitución de 1824 y las ideas más avanzadas en la República. Merced al prestigio de que gozaba en Querétaro, fué nombrado vice-gobernador de ese Estado á la caída de Bustamante, y desempeñó el gobierno, secundando allí con empeño y eficacia los principios dominantes en la administración presidida por D. Valentín Gómez Farias, ejecutando las atrevidas leyes emanadas del Congreso de 1833, que pueden llamarse las primeras leyes de Reforma; luchando contra el clero poderosísimo todavía, y dominando enérgicamente

las sublevaciones del partido centralista y fanático, como la acaudillada por Domínguez en San Juan del Río, hasta que Santa-Anna, ya unido á aquel, envió en 1834 al coronel Franco con fuerzas de México para arrebatárle el gobierno de Querétaro.

Ignacio Ramírez, pues, fué educado desde su infancia en las ideas patrióticas y liberales más puras, al lado de su padre, uno de los patriarcas de la Democracia y de la Reforma en nuestro país, y como dice un biógrafo, "*desde muy niño se sintió arrastrado por las tempestades políticas,*" pudiendo asegurarse que desde entonces se templó su espíritu para la lucha que debia sostener durante su vida entera, contra aquella faccion de la que su padre habia sido el enemigo constante y resuelto.

A consecuencia seguramente de aquel trastorno político, que obligó á emigrar de Querétaro á la familia del jóven Ramírez, éste, que habia comenzado sus estudios en la ciudad expresada, vino en 1835 á continuarlos á México en varios colegios, pero principalmente en el de San Gregorio, el más famoso á la sazón de todos, á causa de estar dirigido por el célebre pedagogo y liberal D. Juan Rodríguez Puebla, gran protector de la raza indígena y amigo y correligionario del antiguo gobernador de Querétaro.

Allí siguió Ramírez lo que se llamaba entonces *Curso de artes*, entrando despues á estudiar Jurisprudencia hasta concluir su carrera de abogado, y distinguiéndose siempre entre sus compañeros por sus extraordinarios talentos.

Pero el jóven escolar no se limitaba á adquirir estos conocimientos obligatorios. Su sed de saber era inmensa, y para satisfacerla se consagró, tanto en la excelente biblioteca anexa al Colegio de San Gregorio, como en la de la Catedral y en otras que habia entonces, á una lectura constante, apasionada, mortal, por espacio de ocho años consecutivos, sin concederse la menor distraccion, lo cual hizo que se contara entre sus colegas, que habiendo entrado en esas bibliotecas erguido y esbelto, salió de ellas encorvado y enfermo; pero erudito y sabio, eminentemente sabio.

En efecto, habia devorado allí obras de todo género; se habia dedicado al estudio de todas las ciencias. Matemáticas, Física, Química, Astronomía, Geografía, Anatomía, Fisiología, Historia natural, Jurisprudencia, Economía política, Historia de México, Historia general, Filología, todo, hasta la Teología escolástica le era familiar. "*El que dude de esta aseveracion, nos decia el prefecto del Instituto, no tiene más que discutir con él.*" El que dude todavía, digo yo, no tiene más que preguntar á los que recuerdan con asombro las luminosas y variadas discusiones en que tomó parte, en las Sociedades científicas, en los Liceos, en las Escuelas Nacionales, en la prensa, en las conversaciones privadas; y sobre todo, no tiene más que consultar sus obras, hoy reunidas, aunque no completas.

Además, Ramírez no se contentaba, durante su juventud, con asumir estos conocimientos teóricos, sino que, espíritu esencialmente práctico, frecuentaba los pocos gabinetes, observatorios y laboratorios que exis-

tian en aquel tiempo, á fin de completar con la experiencia las nociones adquiridas en los libros.

A causa de la extension admirable de tales conocimientos, y quizás de las tendencias revolucionarias del jóven estudiante, ó de la aguda ironía que caracterizaba ya su estilo, sus compañeros, y aun sus profesores de San Gregorio, que habian comenzado por motejarlo como volteriano, acabaron por verlo sin envidia, por admirarlo y por llamarlo el Voltaire de México, nombre que despues se generalizó.

Ciertamente, Ramírez, tan terrible como Voltaire en su empresa de destruir el pasado, debia ser más feliz que aquel filósofo como revolucionario, pues iba á ver triunfante y gloriosa la gran revolucion de Reforma en su patria, de la cual él fué el precursor más atrevido y uno de los principales autores.

Antes de concluir su carrera, pero cuando habia adquirido ya gran reputacion entre sus compañeros, Ramírez tuvo oportunidad de dar á conocer sus talentos en un círculo más amplio y que ejercia mayor influencia en la opinion pública. Los Lacunzas, D. José María y D. Juan, abogados de notable capacidad, antiguos alumnos del Colegio de San Juan de Letran y aficionados á las Bellas Letras, habian fundado en 1836, unidos á varias personas ilustradas, una Academia, que celebraba sus reuniones en el mismo colegio y que pronto alcanzó fama, tanto por la novedad de su carácter, pues las letras patrias no habian tenido hasta allí, al ménos despues de la Independencia, ningun centro de trabajo, á no ser el de la Academia fundada por el poeta

Heredia, que duró poco, como por el impulso que dió á los estudios literarios en México, hasta allí vistos con injusto desden.

En esa Academia, pues, y previamente aceptado como socio de número, se presentó Ramírez un dia. Hé aquí cómo describe el elegante escritor D. Hilarion Frías y Soto esta entrada, tan solemne como notable: "A pesar, dice, de que reinaba un altivo exclusivismo en el seno de aquella Academia, que no dejaba ingresar á ella á los neófitos de las letras sino despues de algunas pruebas, un dia se vió penetrar en aquel recinto á un jóven de aspecto sombrío, de rostro prolongado, cuyo color oscuro tenia los reflejos verdosos del bronce por la infiltracion biliosa, cuyos pómulos prominentes denunciaban la raza azteca, cuyo labio grueso se plegaba por una sonrisa burlona y sarcástica, y cuyos ojos centelleaban por unas pupilas brillantes de inteligencia y rodeadas con una esclerótica inyectada de sangre y bilis.

"El traje del jóven revelaba su pobreza, y sus maneras el encogimiento típico del colegial.

"Segun el reglamento de la Academia, el candidato tenia que presentar una tesis de introduccion. Ramírez ocupó la tribuna, y al leer el tema de su discurso, aquellas cabezas cubiertas de canas y de lauros se levantaron con asombro, fijándose todas las miradas con avidez en el jóven orador, que acababa de lanzar en aquel santuario de la ciencia un pensamiento que fulminaba las creencias y los dioses de aquel areópago.

"La tesis de Ignacio Ramírez versaba sobre este

principio: “*No hay Dios; los seres de la Naturaleza se sostienen por sí mismos.*”

“Los sabios y literatos de la Academia, educados unos en la escuela peripatética, que fué lo más avanzado en filosofía que pudo importar España á la colonia; nutridos otros con la dialéctica católica, é inficionados algunos con el enciclopedismo del siglo XVIII, que con cortas dosis y como un contrabando habia pasado á la América latina, salvando la aduana de la conciencia que se llamó el *Index*, al escuchar aquella audaz enunciación, sintieron el terror del presentimiento de que habia llegado para México la hora de la crisis social, cuya primera trepidación sacudia el templo y el altar que adoraba un pueblo entero.

“Ramírez, entretanto, desenvolvía en su disertación una teoría enteramente nueva, fundada en los principios más severos de las ciencias exactas, y deduciendo de una serie inflexible de verdades experimentales la conclusión, inaudita hasta entónces, de que la materia es indestructible, y por consiguiente eterna: en este sistema, podia suprimirse, por tanto, un Dios creador y conservador.

“Cuando Ramírez concluyó de hablar, los académicos se pusieron en pié y felicitaron á aquel colegial oscuro, que envuelto en una capa de sopista, se anunciaba como el apóstol de una revolución religiosa y filosófica que destruía toda la ciencia universitaria.

“Lacunza dijo, estrechándolo en sus brazos: “Voltaire no hubiera hablado mejor sobre este asunto.”

“Lacunza se equivocaba: Ramírez no pertenecía á

la escuela de Voltaire. El gran filósofo del siglo XVIII, el jefe de la escuela enciclopédica de Francia, que con su escepticismo burlesco habia herido de muerte las creencias legendarias de un vasto continente, sólo habia sido el demolidor infatigable del pasado, que al levantarse con su genio inmortal sobre un monton de ruinas, ni una piedra llevaba para construir los cimientos del porvenir.

“Sin Voltaire jamas hubieran sido libres ni el pensamiento, ni el hombre, ni el pueblo: todo lo derrumbó con su prodigioso talento: el altar, el trono, la tradición y la historia apócrifa de las sectas y de la humanidad. Pero al escalar los cielos se detuvo en el dintel, y el filósofo que habia atacado la religion con la duda y el epigrama, se empeñó en probar la existencia de Dios con una ecuación y con un problema geométrico.

“Ramírez, con una intuición soberana, casi por un fenómeno inexplicable de adivinación, llegaba á formular las avanzadas conclusiones que sólo más tarde sentaron los sabios del lado Norte del Rin y los pensadores de la escuela francesa.

“No hay Dios; los seres de la Naturaleza se sostienen por sí mismos.”—Hé aquí el lema con que se anunció Ramírez ante una sociedad retardataria, poco ilustrada, fanatizada por el imperio secular de España.

“Si otro cualquiera hubiera lanzado ese grito de guerra, que atentaba contra un Dios, contra las creencias de una era y contra la filosofía presidida por Ro-

ma, la divina y la infalible, habria sido tomado como un jactancioso demente.

“Pero Ramírez, tras de su tesis, dejó desbordar un torrente de ciencia que asombró á sus oyentes, que salvando los muros de la Academia, inundó la ciudad y se derramó despues por todo el país.

“México sintió el calosfrio del presentimiento, porque en aquel blasfemo principio se traslucia una revolucion social, que removeria desde sus cimientos la sociedad vieja de construccion gótica, para darle la forma que exigia el progreso humano.

“México, como todos los países latinos, sediento siempre de escándalo y emociones, recoge con avides la noticia de todo hecho que sale del orden comun: pronto, pues, como dijimos ya, cundió por la ciudad el rumor del tema sacrilego presentado por Ramírez á la Academia de Letran.

“Los pensadores que aceptaron en su fuero íntimo algunas de las ideas de Ramírez, aunque no se atrevieron á hacer pública profesion de ellas, lo respetaron y lo estimaron como un genio superior.

“El vulgo, es decir, la mayoría de la nacion, sobre todo, el clero y las clases acomodadas, en su fanática gazmoñería, con terror veian cruzar á aquel jóven sombrío y meditabundo, tan pobremente vestido. Como las mujeres de Rávena al ver pasar al Dante por las calles, decian nuestros ignorantes timoratos: “*Ese hombre viene del Infierno.*”

“Ramírez, entretanto, abstraído en el estudio, recorría las bibliotecas públicas porque no podia tener li-

bros, y leía todo, y todo lo absorbía, asimilándose una gran dosis de ciencia, con esa seleccion de los talentos superiores que extractan la doctrina, desechan lo excedente y lo falso, concretan, y sobre los conocimientos adquiridos implantan sus propias deducciones.”

El biógrafo ha pintado bien el cuadro de la alarma y del azoramiento que causó aquella obra puramente científica, como la Mecánica celeste de Laplace, en la Academia de Letran y en la sociedad de México.

En efecto, la aparicion de ese jóven, que venia á reproducir las doctrinas de Lucrecio en medio de aquellos hombres que rimaban la Biblia, como Carpio y Pesado, que cantaban á la Cruz y á Jerusalem como los Lacunzas, y que aunque no todos viejos ni retrógrados, eran sin embargo creyentes, debió causar no sólo sorpresa sino pavor. Y luego, trasmitida la noticia con la exageracion consiguiente, y sin el contrapeso de la riqueza científica y de la belleza de forma, á una sociedad dominada completamente por las ideas religiosas y por el clero, y en que habian acabado por triunfar los principios intolerantes proclamados por la primera revolucion de *religion y fueros*, era preciso que causase un azoramiento difícil de describir, y que no tardó en convertirse en odio contra el réprobo que así se atrevia á descorrer el velo que ocultaba el santuario de las creencias comunes.

¡Un ateo! Hoy mismo, en el último decenio casi del siglo XIX, en una sociedad más adelantada, en la que se han proclamado como dogmas la libertad de pensamiento y la libertad de conciencia, y en la que se en-

señan públicamente las doctrinas más avanzadas en Filosofía, la presencia de un hombre que ataca las ideas religiosas, causa todavía grande impresion en su auditorio, siquiera este auditorio sea científico. Júzguese, pues, cuál sería la producida por las teorías de Ramírez, expuestas con la firmeza que da la convicción, en medio de aquella sociedad compuesta de literatos que habían recibido una instrucción completamente metafísica, y en una época en que los hombres políticos más audaces, hasta aquellos que figuraron después en la Reforma, hacían alarde todavía de ser hijos fieles de la Iglesia católica romana, y de cumplir aún con los preceptos más triviales de una devoción vulgar.

Ramírez tomó las proporciones de un monstruo á los ojos de esta gente, y el escándalo que los santurrones azuzados por los frailes armaron en torno del joven estudiante, fué á perseguirlo hasta su retiro. Otro que Ramírez habría acabado por intimidarse ante los efectos de sus doctrinas; pero él, apóstol entusiasta de la libertad de pensamiento, representante avanzado de una nueva era, estaba resuelto á continuar su obra; su espíritu altivo y honrado se sublevaba contra el estado de cosas político y social que como una atmósfera deletérea ahogaba al pueblo mexicano en aquella época. Porque aquella fué precisamente la época nefasta de las revueltas vergonzosas, de los motines pretorianos pagados en las sacristías, que ensangrentaron el país en provecho del clero y de los ricos, y que tenían por resultado inevitable la muerte de las liberta-

des públicas y la extenuación nacional, ante el extranjero que nos acechaba.

Ramírez había visto caer así el sistema federal y levantarse el centralismo, que era el predominio de las clases privilegiadas; había visto pasar, en ménos de diez años, las dictaduras de Santa-Anna, de Barragan y de Corro, el segundo gobierno de Bustamante con su despotismo interior y sus bajezas con el gobierno de Luis Felipe; de nuevo el gobierno militar de Santa-Anna y de sus tenientes Canalizo y Bravo, que pisoteaban toda representación nacional; el débil y efímero gobierno de Herrera, y por último el brutal gobierno del traidor Paredes, descaradamente conservador y clerical, que desentendiéndose del invasor americano que pisaba ya nuestras fronteras, sólo pensaba en establecer en México una monarquía.

Estos gobiernos, nacidos del motin militar, eran ratificados por las Juntas de notables, es decir, por reuniones de clérigos y de ricachos que nada tenían que ver con el elemento nacional; vivían, aunque tiránicos siempre, minados por las sublevaciones y el descrédito, y rodaban unos tras de otros, cubiertos de vergüenza, de sangre y de cieno. En cuanto á los antiguos Estados de la Federación, convertidos en Departamentos, impotentes, sin caudillos, sin aliento, al ver la inestabilidad de aquellas cosas, se encerraban en un silencio egoísta ó se adherían servilmente á esos gobiernos que se sucedían en la metrópoli como vistas disolventes, y que solían á veces no durar ni el tiempo necesario para recibir la adhesión.

Tal era la situación pública en México cuando Ramírez saltó á la palestra política, lleno de indignación contra tantos vicios y tantas miserias. Pero para combatir con las potestades sociales interesadas en mantener tal estado de cosas, para sacudir aquel edificio sostenido por instituciones inveteradas y por preocupaciones seculares, era preciso estar cubierto de triple coraza. Ahora bien: Ramírez era un jóven de veinticinco años, apenas conocido, y en la empresa de predicar una regeneración completa, tanto en el dominio político como en el moral en México, estaba solo, enteramente solo. En ese tiempo, los liberales más exaltados de la República, los enemigos más audaces del centralismo y del clero, apenas se atrevían á pensar en el restablecimiento de la Constitución de 24, mirándola como la única panacea de los males públicos.

En cuanto al partido moderado, partido mañero y cobarde que se habia plegado al sistema de las Bases Orgánicas y que tenia influjo en el gobierno de Herrera, ese creía que era necesario, para consolidar las libertades, no tocar la religion de Estado, ni los intereses del clero, ni los privilegios del ejército, ni las preeminencias de las clases aristocráticas.

Por eso Ramírez estaba solo, é iba á luchar aun contra aquellos que podian suponerse sus correligionarios. Los avanzados iban á creerlo un soñador; los moderados iban á ser tan enemigos suyos como los mismos clericales.

Por donde quiera iba á encontrar la incredulidad ó el odio. Pero él contaba con su inmenso talento, con

su elocuencia y con su voluntad inquebrantable. Estaba resuelto á todo; á sufrir la persecucion, las prisiones, la miseria, á subir al cadalso, si era preciso, con tal de llevar á cabo su idea de echar abajo aquel estado de cosas, que pesaba sobre el pueblo como una losa sepulcral.

Entónces, pues, comenzó á propagar sus ideas por medio de la prensa, y en union de otros jóvenes, no tan convencidos, pero sí tan entusiastas como él, fundó un periódico, cuyo nombre es famoso hasta hoy, el *Don Simplicio*, que bajo una forma humorística ocultaba un gran sentido político y social.

El primer número de *Don Simplicio* apareció en 1845, precisamente bajo la administración del general Herrera y del partido moderado que ocupaba los puestos públicos, tranquilamente unido al partido conservador. En ese primer número Ramírez publicó un artículo editorial que contenia su credo político, el programa de toda su vida, intitulado "*Á los viejos*," sobre el cual llamó especialmente la atención de los lectores, porque es la condenación más perentoria de ese pasado de sufrimientos para el pueblo, y el reto más audaz á los legisladores falaces, á las clases explotadoras, á los falsos sabios, á los sacerdotes embaucadores, á los propietarios feudales, á todos, en fin, los que habian oprimido, engañado y explotado al pueblo desde 1821, *ajando así las flores de la Independencia, produciendo los frutos de la discordia y apagando las esperanzas del pueblo entre miseria y sangre.* Así dice el artículo.

Además, en él, Ramírez, que adoptó desde entónces

el seudónimo "*El Nigromante*," con el que fué conocido despues hasta su muerte, léjos de manifestarse partidario de la Constitucion de 24, la condena como ineficaz, como condena todas las que la siguieron. "*En más de media docena de Constituciones, dice, que en ménos de medio siglo hemos jurado y destruido, no veo sino infecundos sentimientos de libertad y corrompidas fuentes de ilustracion, brotando bajo la luz y el fuego de la moderna filosofia en corazones monárquicos y en espíritus aristotélicos.*" Por consiguiente, él proclama una revolucion completa, política, religiosa, económica y social, y apela al pueblo, al verdadero pueblo, para realizarla.

No contento con exponer sus principios en la prensa, procuró dirigir á las masas, y en un Club que se organizó en 1846 y que tomó el nombre de "Club Popular," "*expuso, dice el concienzudo biógrafo D. Francisco Sosa, las ideas que algunos años despues quedaron consignadas como principios en la Constitucion y en las leyes de Reforma.*"

Pero entretanto el gobierno de Herrera habia caido, en virtud de haberse pronunciado el general Paredes en San Luis Potosí el 14 de Diciembre de 1845, con el ejército que se habia enviado á sus órdenes para combatir al norte-americano mandado por Taylor, que invadia ya nuestro territorio.

Habiendo secundado la guarnicion de México ese infame motin militar, el débil gobierno de Herrera dejó de existir, y Paredes, á pesar de haber dado la espalda al enemigo extranjero, fué proclamado Presidente,

é instaló su gobierno, como se ha dicho ya, cínicamente conservador y monarquista.

Con el objeto de propagar su proyecto de establecer una monarquía en México, y ayudado por el ministro de España D. Salvador Bermúdez de Castro, sostuvo un periódico intitulado *El Tiempo*. Con éste, pues, y bajo la terrible presion que ejercia aquel gobierno sobre la prensa, emprendió el *Don Simplicio* una lucha tenaz y valerosa, lucha que debia terminar, como era de esperarse, dadas las circunstancias, por la supresion del periódico liberal y por la persecucion de sus redactores. El último número del *Don Simplicio* se publicó en blanco el 23 de Abril de 1846, su editor D. Vicente García Torres salió desterrado, y el Nigromante, Guillermo Prieto, Manuel Payno y los demas redactores fueron encarcelados.

Aquí conviene hacer notar la singular coincidencia de haber sido contendores en esta famosa polémica del tiempo de Paredes, los dos periódicos que sostenian dos sistemas extremos: el *Don Simplicio* la Reforma democrática y *El Tiempo* la Monarquía; sistemas que habian de realizarse más tarde, mediante luchas sangrientas, primero aquella, despues ésta, quedando al fin triunfante la Reforma.

Me he detenido adrede en la relacion de esta parte ménos conocida de la vida de Ramírez, porque hoy que han pasado muchos años, que se han desarrollado tantos sucesos y que la Nacion Mexicana ha sufrido una gran trasformacion; hoy que podemos con mirada tranquila medir la influencia que han ejercido los hombres

históricos de México en nuestro progreso social, Ignacio Ramírez se nos presenta como el verdadero precursor del adelanto científico en nuestra patria, como el más audaz y resuelto enemigo del oscurantismo y como el gran predicador revolucionario, que desde 1845 había adoptado como lema de su vida el "*Recedant omnia vetera; nova sint omnia,*" que ninguno de sus predecesores ni de sus contemporáneos se había atrevido á pronunciar de una manera tan absoluta.

Efectivamente, de aquellos, sólo el ilustre D. Joaquín Fernández Lizardi (el Pensador Mexicano), como lo hace notar su jóven y juicioso biógrafo D. Luis González Obregon, merece justamente el nombre de *iniciador de la Reforma*, por haberla propagado en sus escritos eminentemente populares, lo que fué causa de los constantes infortunios que lo persiguieron hasta su muerte en 1827. Ramírez mismo lo reconoció así, rindiendo homenaje en un hermosísimo discurso á la memoria del insigne escritor. Diez años despues, en 1837, sólo el Dr. Mora formuló un programa semejante al publicar sus obras en Paris.

En cuanto á los contemporáneos, sólo el impávido D. Valentín Gómez Farías, entónces proscrito, y algunos jóvenes, como D. Miguel Lerdo de Tejada, D. Juan José Baz y D. Vicente García Torres, perseguidos, desterrados y defendidos precisamente por el *Don Simplicio*, sostenían la necesidad de una Reforma, y sólo los bravos redactores de este periódico desafiaban las iras del poder hasta que fueron amordazados. Los demas callaban, temblando al ruido de los sables de los anti-

guos oficiales de Iturbide, convertidos, como su jefe, en sayones del clero y de los ricos.

Por eso Ignacio Ramírez es digno de alabanza y de admiracion. Él en la prensa y en la tribuna popular, casi solo, y combatiendo contra tantos elementos poderosos, no triunfó, ni era posible que triunfara, pero fué un sembrador de ideas que fructificaron más tarde, y si el pueblo y la historia admiran á los hombres de armas que en tiempos posteriores hicieron triunfar la causa gloriosa de la regeneracion de México, justo es que admiren también al propagandista enérgico y valiente que fué el primero en alzar la bandera, que no se desalentó en el silencio del desierto, que tuvo fé, y que acabó por comunicar esa fé al pueblo y á los vacilantes de su partido. Si otros fueron los caudillos y los vencedores despues, nadie podrá disputar á Ramírez el envidiable título de apóstol de la Reforma.

## IV

Por fin el gobierno de Paredes cayó, á consecuencia del pronunciamiento del General Yañez en Guadalajara el 20 de Mayo de 1846, secundado el 4 de Agosto del mismo año en la ciudadela de México por el General Salas. El General D. Nicolás Bravo que se había afiliado en el partido conservador desde el tiempo del Presidente Victoria, y á quien usaban los monarquistas y clericales como un instrumento, desgraciadamente para él, no pudo sostener ni una semana la situacion

históricos de México en nuestro progreso social, Ignacio Ramírez se nos presenta como el verdadero precursor del adelanto científico en nuestra patria, como el más audaz y resuelto enemigo del oscurantismo y como el gran predicador revolucionario, que desde 1845 había adoptado como lema de su vida el "*Recedant omnia vetera; nova sint omnia,*" que ninguno de sus predecesores ni de sus contemporáneos se había atrevido á pronunciar de una manera tan absoluta.

Efectivamente, de aquellos, sólo el ilustre D. Joaquín Fernández Lizardi (el Pensador Mexicano), como lo hace notar su jóven y juicioso biógrafo D. Luis González Obregon, merece justamente el nombre de *iniciador de la Reforma*, por haberla propagado en sus escritos eminentemente populares, lo que fué causa de los constantes infortunios que lo persiguieron hasta su muerte en 1827. Ramírez mismo lo reconoció así, rindiendo homenaje en un hermosísimo discurso á la memoria del insigne escritor. Diez años despues, en 1837, sólo el Dr. Mora formuló un programa semejante al publicar sus obras en Paris.

En cuanto á los contemporáneos, sólo el impávido D. Valentín Gómez Farías, entónces proscrito, y algunos jóvenes, como D. Miguel Lerdo de Tejada, D. Juan José Baz y D. Vicente García Torres, perseguidos, desterrados y defendidos precisamente por el *Don Simplicio*, sostenían la necesidad de una Reforma, y sólo los bravos redactores de este periódico desafiaban las iras del poder hasta que fueron amordazados. Los demas callaban, temblando al ruido de los sables de los anti-

guos oficiales de Iturbide, convertidos, como su jefe, en sayones del clero y de los ricos.

Por eso Ignacio Ramírez es digno de alabanza y de admiracion. Él en la prensa y en la tribuna popular, casi solo, y combatiendo contra tantos elementos poderosos, no triunfó, ni era posible que triunfara, pero fué un sembrador de ideas que fructificaron más tarde, y si el pueblo y la historia admiran á los hombres de armas que en tiempos posteriores hicieron triunfar la causa gloriosa de la regeneracion de México, justo es que admiren también al propagandista enérgico y valiente que fué el primero en alzar la bandera, que no se desalentó en el silencio del desierto, que tuvo fé, y que acabó por comunicar esa fé al pueblo y á los vacilantes de su partido. Si otros fueron los caudillos y los vencedores despues, nadie podrá disputar á Ramírez el envidiable título de apóstol de la Reforma.

## IV

Por fin el gobierno de Paredes cayó, á consecuencia del pronunciamiento del General Yañez en Guadalajara el 20 de Mayo de 1846, secundado el 4 de Agosto del mismo año en la ciudadela de México por el General Salas. El General D. Nicolás Bravo que se había afiliado en el partido conservador desde el tiempo del Presidente Victoria, y á quien usaban los monarquistas y clericales como un instrumento, desgraciadamente para él, no pudo sostener ni una semana la situacion

que le dejó Paredes, cuando se disponía á marchar contra Yañez, y tanto él como Paredes mismo, abandonados por las tropas, huyeron, triunfando completamente los pronunciados.

Estos organizaron el nuevo gobierno, que encabezó el General Salas, quien nombró un ministerio compuesto de miembros del partido moderado, presididos por D. José María Lafragua. Este gobierno se contentó con restablecer el 22 de Agosto la Constitucion federal de 1824, convocando un Congreso, que se reunió y nombró Presidente de la República al eterno General D. Antonio López de Santa-Anna, y vicepresidente á D. Valentin Gómez Farías.

No habia, pues, otra esperanza en esta innovacion para los partidarios de la Reforma, que la que podian ofrecer la personalidad ya bien conocida del vicepresidente, y la reorganizacion del partido liberal en los Estados; pero tal esperanza se neutralizaba, en gran parte, por el peligro nacional, pues los invasores nort-americanos habian invadido ya nuestro territorio, aprovechándose de los desórdenes interiores, habian derrotado por donde quiera á nuestros generales, y se habian apoderado de la Alta California y de varios Estados de la frontera.

Así pues, el partido liberal, patriota ántes que todo, se consagró enteramente á la defensa nacional, sin imitar el vil ejemplo del partido-conservador que todavía, y frente al enemigo extranjero, promovió las traidoras revueltas acaudilladas por el General Mora en Mazatlan el 18 de Enero de 1847, y la famosa de los *Polkos*

en favor del clero, y contra el Congreso y el Presidente Farías, en Febrero del mismo año.

El restablecimiento de la Constitucion de 24 impuesto por los moderados, no satisfacía de ningun modo las aspiraciones de Ramírez y de sus compañeros de ideas, á la Reforma que habian propuesto, pero ellos lo aceptaron como una necesidad transitoria en aquellas circunstancias afflictivas para la Patria, aplazando para tiempos mejores la prosecucion de sus trabajos, y pusieron su energía al servicio de la defensa nacional.

Un hombre de gran talento y de gran corazon, D. Francisco Modesto de Olaguíbel, fué nombrado entónces Gobernador del poderoso Estado de México, y él fué el primero que comprendiendo el mérito excepcional del jóven escritor reformista, quiso colocarlo en un puesto en que desplegara la suma de facultades y de actividad que lo hacian tan necesario en aquellos dias. Nombrólo, pues, Secretario de Guerra y de Hacienda, y se lo llevó á Toluca, capital del Estado, en union de Escudero y Echanove, de Valle, de Iglesias y de otros jóvenes liberales que formaron su Consejo.

Ramírez en aquel encargo de organizacion y de combate, correspondió plenamente á la confianza de Olaguíbel y del Estado. Lo que entónces hizo no fué muy notorio, merced á la borrasca que se desencadenó sobre la República, pero ello merece ser referido porque presenta á Ignacio Ramírez como uno de los pocos patriotas que en el gran infortunio de 1847 ni descansaron un momento, ni desesperaron de la salvacion del país,

ni contemplaron indiferentes las luchas de la nacion contra los invasores victoriosos.

Dice el Sr. Sosa hablando de esta época de la vida de Ramírez: "Al establecerse en ese mismo año el sistema federativo, el Sr. D. Francisco Modesto de Olaguíbel, que era á la sazón Gobernador del extensísimo Estado de México, y que conocia y estimaba los talentos de Ramírez, le llevó á su lado para organizar la administracion. Ramírez correspondió ampliamente á aquella confianza trabajando día y noche, no sólo en la reconstrucción administrativa, sino tambien en la defensa del territorio nacional invadido por las huestes de la República vecina. Fué en aquella época y en aquel Estado en los que Ramírez comenzó á propagar las ideas ya iniciadas en el periodismo, segun acabamos de decir. Además, animado por el fuego sacro del amor á la patria y con el objeto de organizar las tropas del Estado de México, asistió con el Gobernador Olaguíbel á la memorable accion de Padierna, contra los americanos. En medio de tan azarosa situacion, cuando los gastos de la guerra absorbían todos los recursos, Ramírez, sin desatender la defensa nacional, iniciaba cuantas mejoras sociales y materiales creía necesarias para que México fuese no sólo independiente y libre, sino ilustrado y próspero, contribuyendo poderosamente al restablecimiento del Instituto Literario, plantel que ha dado honra á la República."

Y el Sr. Frías y Soto dice tambien, refiriéndose á este tiempo: "Las graves atenciones de la guerra, la preocupacion unánime de salvar la autonomia nacional, y

la escasez del tesoro público, no impidieron que el partido liberal, que gobernaba en la República, y sobre todo en el Estado de México, planteara audazmente algunos de los principios radicales de su programa.

"Como una simple recordacion, mencionaremos aquí que en aquella luctuosa época cometió el partido clerical su tercera traicion contra la patria. Despues de haber combatido la Independencia proclamada por Hidalgo, y despues de haber falsificado el pensamiento de ella con la defeccion de Iturbide, ayudó eficazmente á la ocupacion del país por los americanos, y por odio al partido democrático y por salvar los bienes del clero, hizo un pronunciamiento, negándose á cooperar á la defensa nacional.

"Ramírez creó en torno del Ejecutivo del Estado un Consejo de Gobierno, formado por Iglesias, Valle, Carrasquedo, Prieto y Escudero y Echanove, que entónces era liberal.

"De este Consejo, presidido por el Gobernador del Estado, y en el cual irradiaba la luminosa iniciativa de Ramírez, salieron leyes modelos, que unisonas con el principio de libertad, han subsistido por largos años. Merecen mencionarse, como las más notables, la abolición de las alcabalas, ese *desideratum* de la democracia, que no ha podido realizar la Federacion; la prohibicion del juego, la abolicion de las corridas de toros y la libertad de los municipios como la base de la redencion y salvacion de la raza indígena, y la formacion de la guardia nacional.

"Entónces se reorganizó el Instituto Literario, ese

plantel donde se educaron muchos de nuestros hombres públicos que se han hecho notables en el foro ó en el parlamento.

“Ramírez, aprovechando su condicion de Secretario de gobierno, impulsó poderosamente la fundacion del Instituto, cuya direccion se confió al Sr. Sánchez Solís.

“En esa época se unió Ignacio Ramírez en matrimonio con la bellísima jóven Soledad Mateos, construyendo aquellos dos corazones un hogar, que fué el santuario de los afectos más nobles, y donde brillaron todas las virtudes que se trasmítieron á los dignos hijos de aquellos esposos que tan tiernamente se amaron.

“Esa fué la faz más hermosa de la vida de Ramírez, era la única faceta de luz que brillaba, en aquella alma tallada, como un diamante negro.

“La noble esposa, la digna compañera de su vida, era merecedora del afecto que le profesaba aquel corazon tan grande y de la estimacion en que la tenia aquella inteligencia tan superior.”

Este biógrafo tiene razon en cuanto dice respecto de la hermosa y santa mujer de Ramírez, cuyas excelsas virtudes fueron el consuelo único que tuvo ese grande hombre, durante su vida llena de penalidades, y á quien amó con amor profundo y tierno hasta su muerte.

Volviendo á la vida política de Ramírez, por lo que se ha referido, se ve que el jóven reformista, pasando ya del campo de la teórica y de la simple propaganda al dominio de la accion y de la práctica, demostró en 1847 que tenia todas las dotes de hombre de Estado, y que en materia de patriotismo se colocaba en la pri-

mera fila y en tiempos difíciles y calamitosos que son los que sirven para probar los caracteres de temple superior.

En ese mismo año de 1847 fué cuando el gobierno de Olaguíbel, por inspiracion de Ramírez que no perdía de vista el gran asunto de la enseñanza pública, y que deseaba, sobre todo, levantar con ella á la raza indígena, dió una ley, previniendo que de cada municipio del Estado de México se enviase á un alumno, el más apto, declarado así, previa oposicion ó certámen en la cabecera respectiva, que fuese pobre y de raza indígena, para hacer sus estudios en el Instituto Literario, por cuenta del mismo municipio.

Gracias á esa ley, verdaderamente trascendental y que no ha tenido imitacion en tiempos posteriores, muchos indígenas, hijos de familias pobrísimas, como el que esto escribe, vinieron á estudiar al Instituto Literario de Toluca, pensionados por sus municipios. Esto fué lo que se empeñó en explicarnos principalmente el Prefecto del Instituto de quien he hablado en el principio de esta biografía, para hacernos conocer al nuevo profesor, y esto fué lo que nos hizo ver á éste desde aquel dia, como á nuestro benefactor, como al que nos redimia de las tinieblas de la ignorancia en que yacen los analfabéticos.

## V

Ocupada la capital de la República por los norteamericanos, éstos se dirigieron á Toluca el 7 de Enero de 1848, y el Gobierno del Estado de México se vió

plantel donde se educaron muchos de nuestros hombres públicos que se han hecho notables en el foro ó en el parlamento.

“Ramírez, aprovechando su condicion de Secretario de gobierno, impulsó poderosamente la fundacion del Instituto, cuya direccion se confió al Sr. Sánchez Solís.

“En esa época se unió Ignacio Ramírez en matrimonio con la bellísima jóven Soledad Mateos, construyendo aquellos dos corazones un hogar, que fué el santuario de los afectos más nobles, y donde brillaron todas las virtudes que se trasmítieron á los dignos hijos de aquellos esposos que tan tiernamente se amaron.

“Esa fué la faz más hermosa de la vida de Ramírez, era la única faceta de luz que brillaba, en aquella alma tallada, como un diamante negro.

“La noble esposa, la digna compañera de su vida, era merecedora del afecto que le profesaba aquel corazon tan grande y de la estimacion en que la tenia aquella inteligencia tan superior.”

Este biógrafo tiene razon en cuanto dice respecto de la hermosa y santa mujer de Ramírez, cuyas excelsas virtudes fueron el consuelo único que tuvo ese grande hombre, durante su vida llena de penalidades, y á quien amó con amor profundo y tierno hasta su muerte.

Volviendo á la vida política de Ramírez, por lo que se ha referido, se ve que el jóven reformista, pasando ya del campo de la teórica y de la simple propaganda al dominio de la accion y de la práctica, demostró en 1847 que tenia todas las dotes de hombre de Estado, y que en materia de patriotismo se colocaba en la pri-

mera fila y en tiempos difíciles y calamitosos que son los que sirven para probar los caracteres de temple superior.

En ese mismo año de 1847 fué cuando el gobierno de Olaguíbel, por inspiracion de Ramírez que no perdía de vista el gran asunto de la enseñanza pública, y que deseaba, sobre todo, levantar con ella á la raza indígena, dió una ley, previniendo que de cada municipio del Estado de México se enviase á un alumno, el más apto, declarado así, previa oposicion ó certámen en la cabecera respectiva, que fuese pobre y de raza indígena, para hacer sus estudios en el Instituto Literario, por cuenta del mismo municipio.

Gracias á esa ley, verdaderamente trascendental y que no ha tenido imitacion en tiempos posteriores, muchos indígenas, hijos de familias pobrísimas, como el que esto escribe, vinieron á estudiar al Instituto Literario de Toluca, pensionados por sus municipios. Esto fué lo que se empeñó en explicarnos principalmente el Prefecto del Instituto de quien he hablado en el principio de esta biografía, para hacernos conocer al nuevo profesor, y esto fué lo que nos hizo ver á éste desde aquel dia, como á nuestro benefactor, como al que nos redimia de las tinieblas de la ignorancia en que yacen los analfabéticos.

## V

Ocupada la capital de la República por los norteamericanos, éstos se dirigieron á Toluca el 7 de Enero de 1848, y el Gobierno del Estado de México se vió

obligado á emigrar, sufriendo en tal emigracion no pocas vicisitudes. Por esa época Ramírez fué nombrado por el Gobierno general, que se habia trasladado á Querétaro, jefe superior político del territorio de Tlaxcala.

Quien se habia mostrado tan activo y empeñoso en organizar la defensa nacional en el Estado de México, no podia abandonar su tarea en el mencionado territorio mientras ocupaba el invasor el centro del país, y en tanto que el Congreso, como era de esperarse, decidia la continuacion de la guerra, hasta expulsar del suelo mexicano al extranjero que lo profanaba. Así es que se dedicó á esa tarea con ardimiento, tan pronto como tomó posesion de su nuevo encargo. Pero los tlaxcaltecas, fieles á sus tradiciones de raza, sólo pensaban entónces en sacar con lucimiento su procesion anual de la Virgen de Ocotlan, ídolo venerado de aquella comarca. Ramírez, indignado de tamaña indiferencia, prohibió que se verificase la procesion, impertinente en tales momentos. Entónces la poblacion entera se amotinó, pidiendo enfurecida y armada que se le permitiese llevar adelante esa manifestacion religiosa y amenazando al jefe político con asesinarlo en caso de negativa. Semejantes bríos que hubieran sido mejor empleados frente al enemigo extranjero, no hicieron transigir al gobernante liberal, que prefirió abandonar el territorio, puesto que no contaba con elementos de resistencia, á ceder á aquella demanda tan antipatriótica como ridícula, arriesgando en ello su vida, pero salvando su honra como buen mexicano.

Desde esos dias, y separado ya del Gobierno del Estado de México, Olaguíbel, Ramírez, lo mismo que sus antiguos compañeros de Secretaría, permaneció retraido, con tanta mayor razon, cuanto que el Congreso, compuesto en su mayoría de moderados, habia ratificado los vergonzosos tratados de Guadalupe, celebrados por los plenipotenciarios mexicanos Cuevas, Couto y Atristain con el americano Trist, en virtud de los cuales, México cedia la mitad de su territorio á los Estados Unidos, recibiendo en cambio una gran cantidad de dinero.

El General Santa-Anna habia abandonado el país, durante la guerra, entrando á ejercer el poder el Lic. D. Manuel de la Peña y Peña. A pocos dias, el Congreso de Querétaro nombró Presidente al General D. Pedro María Anaya, quien habiendo renunciado este encargo, lo dejó de nuevo á Peña y Peña que fué el que firmó los tratados de paz, y gobernó hasta Junio de 1848 en que tomó posesion de la presidencia constitucional el General Herrera.

Con él entró en el poder el partido moderado, gobernando hasta el 15 de Enero de 1851 en que subió á la presidencia el General Arista, electo constitucionalmente.

Durante este tiempo, Ramírez habia vivido en Toluca al lado de su familia y ejerciendo su profesion. Por empeños de Sánchez Solís, Director del Instituto Literario, que sabia bien cuánto debia el nuevo plantel al secretario de Olaguíbel, fué éste nombrado Profesor de Derecho, en el mismo Instituto, desempeñando

dos cátedras, la de primero y la de tercer año, una de ellas gratuitamente.

Además, Ramírez, incansable en sus tareas de enseñanza, y cuyo espíritu no podía permanecer inactivo ni un momento, accedió gustoso á las instancias que se le hicieron para que fundase una clase de Bella Literatura, que daba tambien gratuitamente los domingos en la mañana, apresurándose á acudir á ella todos los alumnos grandes del Instituto, es decir, los que cursaban Filosofía y Derecho. Allí estaban Gumesindo Mendoza, Juan y Manuel Mateos, Joaquin Alcalde, Jesus Fuentes Muñiz, Luis Gómez Pérez, José María Condés de la Torre y otros que se han distinguido despues en las ciencias, en las bellas letras, en la tribuna forense y en la tribuna parlamentaria, pero que sobre todo, han sido fieles á las ideas democráticas y reformistas que les inculcó aquel maestro inolvidable.

Allí tambien tuve yo el honor de oír por primera vez la elocuente palabra de Ramírez, sentándome en los bancos de la clase, como discípulo, aunque no tenia derecho, pues entónces cursaba yo latinidad. Y aquí me será permitido relatar en breves líneas el incidente en virtud del cual entré en esa clase, y que aumentó mi gratitud hácia Ramírez.

Excitada mi curiosidad por los grandes elogios que hacian los alumnos, de la elocuencia y sabiduría del Maestro, fuí un domingo á escuchar la clase, sentado en la puerta. Notólo Ramírez y me mandó entrar, á pesar de que le dijeron: que segun la órden de la Direccion, sólo podian asistir á aquella los cursantes de

Jurisprudencia y de Filosofía. Él se encargó de allanar la dificultad, como en efecto la allanó, y desde entónces, y por mera excepcion, seguí concurriendo como discípulo.

Pude convencerme, entónces, de que los elogios que habia oido no sólo eran justos, sino que aun quedaban abajo de lo que merecia la belleza de aquella leccion dominical. No era una clase friamente preceptiva y vulgar. Ramírez allí enseñaba como no se habia enseñado ántes, como no ha vuelto á enseñarse despues en México, sino es cuando él tomaba la palabra en los Liceos y en las Academias. Ni se limitaba tampoco al estudio de los diversos géneros literarios, sino que con motivo de las composiciones que se le presentaban, al hacer la crítica de ellas se remontaba hasta otras regiones, hasta las regiones de una altísima filosofía científica y literaria que nos dejaba asombrados, y que abria nuevos horizontes á nuestro espíritu. Era en toda la amplitud de la palabra, una enseñanza enciclopédica, y los que la recibimos aprendimos más en ella, que lo que pudimos aprender en el curso entero, de los demas estudios. Allí se formó nuestro carácter, allí aceptamos nuestro credo político al que hemos sido fieles sin excepcion de una sola individualidad. Porque es de advertirse, y es una cosa notable ciertamente, que ni un solo discípulo de Ramírez, en el Instituto, ha renegado de los principios liberales y filosóficos que les inculcó el Maestro, sino que, al contrario, todos los han sellado con su constancia y con sus obras, y algunos con su sangre.

Efectivamente, dos de esos discípulos, á saber: Manuel Mateos, abogado y publicista, fué fusilado por Márquez en Tacubaya el 11 de Abril de 1859, y Pablo Maya, Ingeniero y Jefe Polico de Tenango del Valle, fué fusilado por el mismo Márquez en Santiago Tinguistengo en 1861. De los otros, varios han colaborado con Ramírez en la obra de la Reforma, defendiéndola en los campos de batalla, en los Congresos ó en la prensa. Dos de ellos, Joaquin Alealde, abogado y orador político, y Gumesindo Mendoza, sabio naturalista y gran profesor científico, han muerto pacíficamente sin dar muestras de debilidad y sin retractarse de sus ideas filosóficas. Los ménos brillantes, los humildes, aquellos que

“.....en florecer ocultamente  
cifraron su placer, orgullo y gloria,”

siguen firmes en sus convicciones, y morirán dignos de su Maestro y de sí mismos.

Tal circunstancia excepcional en la enseñanza moderna, y especialmente en México, hacen que la Escuela que fundó Ramírez en el Instituto de Toluca, tenga gran semejanza con las escuelas griegas en la antigüedad ó con las escuelas de la Reforma en el siglo XVI.

Entretanto que esto pasaba en el Instituto Literario de Toluca, el partido moderado se apoderaba completamente del Gobierno del Estado de México. El Señor Don Mariano Riva Palacio electo Gobernador, probó é inteligente en la administracion, pero tímido como todos los hombres de su bandería, en materia de liberta-

des, se rodeó de consejeros que pertenecian más bien al partido conservador.

A tal Gobierno no podian convenir las ideas que propagaba Ramírez, ni éste creyó bueno un programa administrativo que pugnaba con sus ideas de Reforma. Así pues, los hombres del poder y el hombre independiente comenzaron á hostilizarse. Ramírez siguió proscrito y fundó un periódico de oposicion intitulado *Themis y Deucalion*, que pronto adquirió gran celebridad á causa de la profundidad de sus artículos y de la osadía y verba que desplegaba en ellos. Ni se limitaba en ese periódico á hacer una oposicion local, sino que con miras más elevadas, continuaba su propaganda en favor de una reforma completa en la organizacion política y social de la República, atacando al clero, al antiguo ejército y á la aristocracia feudal, que oprimia por donde quiera á las clases menesterosas.

Entónces fué cuando escribió su famoso artículo *A los Indios*, que hubiera sido el *levántate y anda* para esta raza paralítica, si la suspicacia del Gobierno no hubiera impedido su circulacion.

El Lic. D. Manuel García Aguirre (que despues fué prefecto político de México bajo la dominacion francesa, y ministro de Maximiliano en Querétaro y que entónces era Secretario de Gobierno del Sr. Riva Palacio) hizo denunciar el artículo, arrestar al autor de él, sentándolo despues en el banquillo del acusado. Las penas que se imponian entónces por los delitos de imprenta, eran graves: seis ó más meses de prision solitaria y multas.

La autoridad dió la consigna á los jurados, de condenar á Ramírez, pero entónces pasó una cosa inesperada é inaudita. La concurrencia al jurado fué numerosa y en su mayor parte desfavorable al escritor. Aun habia alguno que llevaba una gruesa de cohetes, para quemarlos cuando se hiciese público el veredicto condenatorio.

Ramírez se presentó conducido por sus guardias, y su defensa fué tan elocuente, tan justa y tan grandiosa, que el público prorumpió en aplausos, y los jurados, conmovidos, declararon al reo inculpable y en consecuencia libre. El hombre de la gruesa de cohetes tuvo que vender éstos á un partidario de Ramírez que los quemó allí mismo, y el escritor fué llevado en triunfo á su casa.

Pero con este suceso se acrecentó la animadversion del Gobierno del Estado de México y de los conservadores de Toluca contra Ramírez, y tanto el uno como los otros redoblaron sus esfuerzos para arrancarlo de su cátedra del Instituto y para apartarlo del Ayuntamiento de la ciudad del cual era síndico, por eleccion popular. Hé aquí cómo refiere esto el Sr. Frías y Soto:

“La sociedad se sobrecogió de miedo, dice, cuando traslució que las cátedras de derecho y de literatura se habian convertido en un Sinaí de Reforma: las conciencias se alarmaron y los timoratos organizaron una cábala contra el profesor sospechado de herejía.

“Los padres de algunos de los alumnos comisionaron á los Sres. Mañon y Juan Madrid, para que pidieran al Director del Instituto la separacion de Ramírez.

El Sr. Sánchez Solís rehusó enérgicamente aquella pretension, lo cual no desalentó á los conservadores, tan tenaces en sus odios y tan hábiles para derrumbar una reputacion y reproducir una calumnia.

“Se dirigieron á Tavera, secretario de Justicia del Gobierno del Estado de México, el cual pidió informe sobre Ramírez: y habiendo sido satisfactorio el que rindió el Director, se alejó á éste del Instituto con pretexto de conferirle una comision popular, y se separó al catedrático que inculcaba á la juventud ideas nuevas y radicalmente liberales.

“Ramírez tornó tranquilo á su hogar, á sus luchas, á su vida de estudio y de privaciones, hasta que en 1852, Vega, Gobernador del Estado de Sinaloa, lo nombró Secretario de Gobierno, en cuyo puesto se conservó por algun tiempo, dejando planteadas notables mejoras administrativas. Poco tiempo permaneció en su puesto, porque el Gobierno constitucional fué derrocado por la revolucion suscitada contra Arista y triunfante por el golpe de Estado de Ceballos, y sobre todo por los convenios de Arroyozarco, donde los generales Manuel Robles Pezuela y Uruga formaron un plan que trajo por última vez á Santa-Anna al mando supremo de la República.

“Ramírez emigró á la Baja California donde hizo el admirable descubrimiento de la existencia de zonas perliíferas, analizando á la vez, en luminosos artículos, los preciosos mármoles que existen allí, y cuya formacion explicaba el sabio por la hacinacion de conchas marinas.”

Efectivamente, la comision dada á Sánchez Solís para apartarlo del Instituto fué una diputacion en el Congreso federal. De ese modo vino á ocupar su puesto á México, y Ramírez, lo mismo que todos los profesores antiguos, se separó de su cátedra con sentimiento de sus discípulos. Una nueva planta de catedráticos y de superiores ocupó el Instituto, y aun me acuerdo de que el nuevo Director, D. Francisco de la Fuente, al pronunciar su discurso de inauguracion en Enero de 1852, dijo terminantemente: que era preciso desterrar de la enseñanza que se iba á dar allí, las ideas heréticas que se habian difundido en los años anteriores. La alusion á la enseñanza de Ramírez era clarísima. De suerte que la eleccion de Sánchez Solís para diputado y el cambio de los profesores no habian tenido por objeto más que apartar al reformador de sus cátedras del Instituto.

El Sr. Frías y Soto omite, tal vez por olvido, al hablar de la permanencia de Ramírez en Sinaloa, que allí fué nombrado diputado y que con el objeto de desempeñar su encargo vino á México, en los dias en que el Congreso fué disuelto, á consecuencia del golpe de Estado, y que por tal motivo no figuró en aquellos sucesos.

## VI

Al comenzar la dictadura de Santa-Anna en 1853, Ramírez se consagró de nuevo á sus trabajos literarios y de propaganda. Habiendo fundado el Sr. Sánchez So-

lís en México un colegio políglota, Ramírez fué llamado á desempeñar la clase de literatura. "El mismo Sánchez Solís referia, dice el Sr. Sosa, que la dedicacion y empeño de Ramírez como catedrático fueron tales, "que habiendo un dia entrado á clase á las seis de la tarde, salió á las doce de la noche, cautivando á sus discípulos con la maravillosa elocuencia y erudicion con que habia nutrido su inteligencia, con aquel fuego sagrado de los dioses de la poesía, con aquellas figuras é imágenes oratorias con que habia enriquecido su espíritu." Gran recelo inspiró al General Santa-Anna el renombre que iba alcanzando el sabio profesor, y, fiel á las tradiciones de los tiranos, declaróle cruda guerra. Entónces Ramírez pasó de la cátedra á la mazmorra de los presos, y sus libros le fueron cambiados por los grillos que llegaron á hacerle profundas heridas, pero que él vió con aquel valor estóico de que jamas, ni en las más crueles circunstancias, se despojó su espíritu."

Miéntas que esto pasaba, el General D. Juan Alvarez enarbolaba la bandera libertadora de Ayutla, y en Toluca ocurría un incidente que probaba hasta qué punto producian efecto las enseñanzas de Ramírez. Cuando el dictador ordenó aquella especie de plebiscito con el objeto de interrogar á la nacion acerca de su continuacion en el poder, y que en realidad no fué más que una red para conocer á los descontentos; en Toluca, el jefe militar convocó á todos los ciudadanos á fin de dar su voto. Pues bien, como era de esperarse, el voto de la mayoría fué afirmativo, pero este concierto oficial y arrancado por el miedo se interrumpió con una nota

Efectivamente, la comision dada á Sánchez Solís para apartarlo del Instituto fué una diputacion en el Congreso federal. De ese modo vino á ocupar su puesto á México, y Ramírez, lo mismo que todos los profesores antiguos, se separó de su cátedra con sentimiento de sus discípulos. Una nueva planta de catedráticos y de superiores ocupó el Instituto, y aun me acuerdo de que el nuevo Director, D. Francisco de la Fuente, al pronunciar su discurso de inauguracion en Enero de 1852, dijo terminantemente: que era preciso desterrar de la enseñanza que se iba á dar allí, las ideas heréticas que se habian difundido en los años anteriores. La alusion á la enseñanza de Ramírez era clarísima. De suerte que la eleccion de Sánchez Solís para diputado y el cambio de los profesores no habian tenido por objeto más que apartar al reformador de sus cátedras del Instituto.

El Sr. Frías y Soto omite, tal vez por olvido, al hablar de la permanencia de Ramírez en Sinaloa, que allí fué nombrado diputado y que con el objeto de desempeñar su encargo vino á México, en los dias en que el Congreso fué disuelto, á consecuencia del golpe de Estado, y que por tal motivo no figuró en aquellos sucesos.

## VI

Al comenzar la dictadura de Santa-Anna en 1853, Ramírez se consagró de nuevo á sus trabajos literarios y de propaganda. Habiendo fundado el Sr. Sánchez So-

lís en México un colegio políglota, Ramírez fué llamado á desempeñar la clase de literatura. "El mismo Sánchez Solís referia, dice el Sr. Sosa, que la dedicacion y empeño de Ramírez como catedrático fueron tales, "que habiendo un dia entrado á clase á las seis de la tarde, salió á las doce de la noche, cautivando á sus discípulos con la maravillosa elocuencia y erudicion con que habia nutrido su inteligencia, con aquel fuego sagrado de los dioses de la poesía, con aquellas figuras é imágenes oratorias con que habia enriquecido su espíritu." Gran recelo inspiró al General Santa-Anna el renombre que iba alcanzando el sabio profesor, y, fiel á las tradiciones de los tiranos, declaróle cruda guerra. Entónces Ramírez pasó de la cátedra á la mazmorra de los presos, y sus libros le fueron cambiados por los grillos que llegaron á hacerle profundas heridas, pero que él vió con aquel valor estóico de que jamas, ni en las más crueles circunstancias, se despojó su espíritu."

Miéntas que esto pasaba, el General D. Juan Alvarez enarbolaba la bandera libertadora de Ayutla, y en Toluca ocurría un incidente que probaba hasta qué punto producian efecto las enseñanzas de Ramírez. Cuando el dictador ordenó aquella especie de plebiscito con el objeto de interrogar á la nacion acerca de su continuacion en el poder, y que en realidad no fué más que una red para conocer á los descontentos; en Toluca, el jefe militar convocó á todos los ciudadanos á fin de dar su voto. Pues bien, como era de esperarse, el voto de la mayoría fué afirmativo, pero este concierto oficial y arrancado por el miedo se interrumpió con una nota

terrible de reprobacion. Todos los alumnos grandes del Instituto se presentaron en masa y votaron contra el dictador. La ira que produjo semejante alarde de independencia juvenil, fué inmensa. El Coronel español Pérez Gómez organizó una serenata con su oficialidad, y fué á gritar al pié de las ventanas del Instituto, esa misma noche, "*Mueran las ciencias y las artes!*;" los alumnos votantes fueron expulsados, el colegio no se cerró, pero los pocos alumnos que quedaron sufrieron mil vejaciones. Las obras de Voltaire, de Rousseau, de Diderot y de D'Alembert, que existian completas en la Biblioteca, fueron quemadas de orden del Director, un clérigo llamado Dávila, y parecieron volver por un momento los tiempos inquisitoriales.

Entretanto Ramírez seguía incomunicado y cargado de grillos en la prision de Tlaltelolco en compañía de Manuel Alas y de Francisco Cendejas, hasta que á la fuga del dictador, el pueblo corrió á ponerlos en libertad.

Entónces Ramírez se encaminó á Sinaloa, pero "encontró allí, dice el Sr. Sosa, al General Comonfort, quien al punto le confió su Secretaría, que desempeñó con lealtad, inteligencia y eficacia no comunes, y á la sazón más indispensables que nunca. Pero Ramírez, fiel á sus principios, al advertir en Cuernavaca que Comonfort los falseaba, separóse de él y afilióse con Juárez, Ocampo, Prieto y Cano para combatirle."

Desde esta fecha, la vida del gran Reformador está iluminada por la celebridad, y no es preciso referirla en detalle porque es conocida de todos. Yo he procurado extenderme para diseñar la primera parte de ella,

la que se ocultaba más á los ojos de los biógrafos y del pueblo, como la base de una montaña se oculta á la vista de los que no contemplan más que la cumbre cubierta de nieve y resplandeciente con el sol.

Así pues, trazaré la segunda á largos rasgos transcribiendo lo que otros han dicho, mejor de lo que yo pudiera hacerlo y con datos que yo no podría aumentar. Ramírez desempeñando un Juzgado de lo civil en México, en el que se hizo notable por su integridad y sabiduría, se mostró más grande todavía como diputado, tomando parte en las discusiones del Congreso Constituyente que en 1856 y 1857 discutió los principios que quedaron consignados como preceptos en la Carta Fundamental que nos rige. En el Congreso estuvo en su verdadero Sinaí; lo que habia predicado como Apóstol en los clubs y en las cátedras, tomaba allí la forma de ley, y no es culpa suya que la Constitucion de 1857 hubiera salido trunca, es decir, sin consignar todas las libertades y reformas que Ramírez habia propugnado siempre, pues él las propuso, las sostuvo con entusiasmo, y casi desesperó al verlas rechazadas, como lo manifiestan algunas de sus peticiones. La culpa fué de los tímidos, de los moderados, de los retrógrados, de aquellos que lo habian perseguido ó aprisionado y que aun allí en los bancos legislativos, habian venido á combatirlo con su palabra ó con su voto á reserva de recoger despues la cosecha política, aceptando de buen grado y cuando no habia peligro lo mismo que habian rechazado con horror en la Asamblea Nacional.

Allí está la "Historia del Congreso Constituyente" de Zaragoza para probarlo. Esa historia es el Acta de la fé primitiva, blason de los audaces y vergüenza de los miedosos. Comonfort no habia engañado á Ramírez, como no habia engañado á Ocampo, á Miguel Lerdo, á Prieto, á Arteaga. Ellos veian que ese moderado que se rodeaba de moderados, y que pretendia hacer marchar á la nacion con el antiguo y desprestigiado programa de los términos medios, no se hallaba á la altura de las aspiraciones de la revolucion. Así es que cuando en virtud de la nueva Constitucion, se hicieron elecciones para designar los Poderes federal y locales, Ramírez fundó un periódico que redactó en union de Alfredo Bablot, intitulado *El Clamor Progresista*, en el que sostuvo atrevidamente la candidatura de Miguel Lerdo para Presidente de la República. Era una sola voz, pero era importante para indicar al pueblo que Comonfort no debia merecer la confianza pública.

Poco tardó en justificarse esta prevision. Comonfort renegó de los principios constitucionales y dió un golpe de Estado, disolviendo el Congreso y provocando la más tremenda guerra que hayamos tenido despues de la Independencia.

Naturalmente Comonfort debia temer á los que se habian declarado sus adversarios. Así es que arbitrariamente y por precaucion, mandó aprehender á Ramírez y encerrarlo con centinela de vista en uno de los cuarteles de su confianza.

De allí lo sacó la ingeniosa temeridad de algunos

amigos suyos. Ignacio Escudero (hoy, General Escudero Oficial Mayor del Ministerio de la Guerra, y entonces, oficial), en union de los hermanos Mateos cuñados de Ramírez, lograron sustraerlo á la vigilancia de los centinelas, y lo sacaron disfrazado de la prision.

Dirigióse sin perder momento al interior adonde acababa de marchar Juárez, que siendo Ministro de Comonfort, habia sido preso por éste y luego puesto en libertad, y adonde se armaba ya la coalicion contra la reaccion clerical que acabó al fin por entronizarse en México, merced á Comonfort. Pero al atravesar el camino de Querétaro Ramírez fué preso por las fuerzas que acudillaba el famoso D. Tomás Mejía. Poco le faltó para ser fusilado por orden de este jefe, y no escapó sino para ser maltratado al grado de conducirlo á Querétaro en un asno, paseado allí para humillarlo, y enviado á México, en donde se abrió de nuevo para él la prision de Tlaltelolco, en la que permaneció reducido á la más atroz miseria hasta Diciembre de 1858.

Allí logré verlo; hacíanle compañía su suegro Don Remigio Mateos, el General Junguito, el Coronel Balbontin y otros liberales que carecian casi de alimentacion y que hacian jaulas para proporcionarse algunos pobres recursos. Ramírez vendió entonces á vil precio sus preciosos libros para sustentar á su esposa y á sus pequeños hijos.

El pronunciamiento de Robles Pezuela y de Echegaray, llamado vulgarmente el *pastel de Navidad*, puso fin á aquella prision espantosa. Robles Pezuela en persona fué á Tlaltelolco y sacó á los presos. Ramírez se

apresuró á marchar á Veracruz y á Tamaulipas en donde los liberales, con Juárez á la cabeza, luchaban en favor de la Constitucion.

Entónces Ramírez, lo mismo que Ocampo, Miguel Lerdo, Gutiérrez Zamora, Degollado, La Llave, Garza, Prieto y Romero Rubio, fué uno de los principales promotores de las leyes de Reforma que Juárez expidió en los primeros meses de 1859, y que realizaban por fin la aspiracion del partido liberal y el programa político y social del precursor de 1845.

Lo que los tímidos constituyentes de 57 no se habian atrevido á hacer, lo hicieron los hombres de Veracruz, de una manera revolucionaria, pero tan resuelta, tan decisiva, que la nacion aceptó aquel Código como si fuera constitucional, y acabó por incrustarlo en la Carta Fundamental, siendo desde entónces el lábaro del partido popular.

Con él venció éste á sus enemigos, y cuando á consecuencia de la batalla de Calpulálpán, el gobierno liberal ocupó á México y Juárez renovó su Ministerio, Ramírez fué nombrado Ministro de Justicia, Instruccion Pública y Fomento, siendo sus compañeros de gabinete Zarco, Prieto y González Ortega, el vencedor de Miramon.

Esa fué una época brillante para Ramírez. Por fin despues de haber pasado del club, del periódico y de la cátedra al banco del legislador, llegaba hoy al Consejo del Poder Ejecutivo; y ¡cómo! aclamado por el pueblo, pedido unánimemente por el pueblo, impuesto por el pueblo al Presidente para ejecutar las leyes de Reforma.

Aquel era un triunfo espléndido de que pocos hombres políticos pueden envanecerse. Así pues, Ramírez habia pensado, habia escrito, habia predicado, habia sufrido persecuciones y proscipciones, habia tenido cadenas y grillos, habia estado al pié del cadalso, habia sido un apóstol y un mártir; pero atleta jamas vencido ni desalentado, se levantaba por fin triunfante y grandioso sobre sus enemigos, fuerte con el poder y con la gloria!

Los que tanto lo habian perseguido años atrás, debieron entónces, odiándolo, admirarlo. Era en efecto el terrible Nigromante que con la magia de sus ideas, de su palabra y de su voluntad, habia llegado á la cumbre para socavar y derribar la vieja fortaleza.

Y no perdió un momento en aquella obra de destruccion y de reconstruccion. La época de su Ministerio fué corta, pero fecunda, semejante á esas tempestades que derriban con su soplo los árboles caducos, pero que difunden con él nuevos gérmenes en las montañas y en las llanuras. Tocábale exclastrar á los frailes y á las monjas, y los exclastró, destruyendo de una vez aquel imperio monacal que tenia más de tres siglos. Despues llevó su actividad á todas partes. Reformó la ley de hipotecas y juzgados; hizo prácticas las leyes sobre independenciam del Estado y de la Iglesia, reformó el plan de estudios, siendo el primero que destruyó

la rutina del programa colonial, suprimió la Universidad y el Colegio de Abogados; luego fué á Puebla, la ciudad levítica, y despues de haber exclaustro tambien allí á los monjes, y de haber dado el palacio episcopal al gobierno del Estado, acordó que la iglesia de la Compañía se convirtiese en biblioteca y en sus torres se fundaran observatorios astronómico y meteorológico; y en México, ordenó la formacion de la gran biblioteca nacional con la reunion de los libros de los antiguos conventos y la adquisicion de nuevos; dotó ampliamente los gabinetes de la Escuela de Minas; hizo formar con los cuadros de pintores mexicanos una rica galería que hoy se ve en la Escuela de Bellas-Artes, y en su calidad de Ministro de Fomento, renovó el contrato para la construccion del Ferrocarril de Veracruz.

Despues de estos trabajos, que serán siempre la gloria de Ramírez, porque se llevaron á cabo, merced á su poderosa iniciativa, presentó su renuncia juntamente con sus compañeros de gabinete á fin de dejar á Juárez la libertad para formar un Ministerio parlamentario, cuando en virtud de nuevas elecciones, fué nombrado Presidente constitucional y se reunió el Congreso.

Entónces se retiró á la vida privada (pues la ley prohibia que los Ministros fuesen electos diputados), pobre, pobrísimo, tanto que tuvo para vivir que ir á Puebla á desempeñar las cátedras de derecho romano y de literatura.

Dice el Sr. Sosa: "Antes de pasar adelante, convenirá que apuntemos uno de los rasgos característicos de

Ramírez: su acrisolada honradez. La época en que él desempeñó las Secretarías de Justicia y Fomento, fué, puede decirse, una época para poner á prueba la integridad de su manejo. Millones de pesos manejó en los meses que tuvo aquellas carteras, y nadie, ni sus más encarnizados enemigos, podrán decir que se hubiese manchado apropiándose la parte más insignificante de los tesoros que por sus manos pasaron. Él, tan ardiente cultivador de los estudios históricos, no tomó un solo libro de los millares sacados de las bibliotecas de las órdenes religiosas; él, amante y conocedor de las obras pictóricas, no llevó á su casa uno solo de los magníficos cuadros extraídos de los claustros; él, que habia sufrido persecuciones y que habia apurado todos los infortunios ántes del triunfo, no buscó la recompensa adjudicándose propiedad alguna para pasar tranquilo el resto de sus dias. Y cuando, elevado por sus méritos, le vimos desempeñando en varios períodos el puesto de Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, probó como el que más, integérrimo, conservó limpio y puro su nombre de la vergonzosa nota del peculado."

Ramírez al retirarse del Ministerio habia concluido el ciclo de su vida militante de Reformador. ¿Qué le importaba entrar en la vida privada, pobre, si habia logrado por fin el objeto de toda su vida, si llevaba consigo á su honradísimo hogar el rico patrimonio de su triunfo y de su gloria? De ahí en adelante volveria á ser un tribuno, un publicista, un maestro, un magistrado ó un gobernante, pero seria para consolidar su

obra, pues ella estaba hecha, y podía descansar, creyendo que era buena.

Ya se verá por esto, cuán injusto es Ramírez para consigo mismo, y cuán modesto se muestra cuando dice, en el magnífico "Proemio" que escribió para la *Historia Parlamentaria de los Congresos Mexicanos de 1821 á 1857*, que Juan Mateos está publicando lo siguiente, hablando de su padre: "En los primeros diez años de la Constitución de 1824, aparecieron en los Estados, Legislaturas y gobernadores progresistas; la instrucción pública, el arreglo de la Iglesia, la proclamación de los primeros principios económicos, y todas las reformas que despues se han conquistado, se iniciaban en la capital de la República y encontraban diestros y celosos defensores en patricios como los gobernadores de Jalisco, Zacatecas, Estado de México y Querétaro, *atreviéndome á rendir este homenaje á mi padre, ya que con mis obras he quedado muy atrás de sus esperanzas.*"

Al contrario, las había realizado aun más allá de lo que podía desear el ilustre compañero de Gómez Farías, de Prisciliano Sánchez y de Francisco García, en los trabajos de 1833.

### VIII

En el tiempo en que Ramírez estuvo separado de la vida pública, como gobernante, volvió á sus tareas de la prensa y de la tribuna. La Junta Patriótica de Mé-

xico lo designó para que pronunciara el discurso cívico de costumbre, y en efecto, el día 16, en presencia del Presidente Juárez, de sus Ministros y de un concurso inmenso, Ramírez hizo de la tribuna mexicana la digna rival de la tribuna griega, de la tribuna romana y de la tribuna francesa, pronunciando el más bello, el más grandioso, el más admirable discurso que haya resonado en México y en la América toda, y que bastaría por sí solo para dar reputación universal á cualquier hombre.

Analizar las bellezas innumerables que contiene esta soberbia pieza oratoria, no es propio del presente ensayo; ni cabría en él tamaño estudio; baste decir que las ediciones que se han hecho del discurso son numerosas, y que la juventud mexicana lo lee, lo aprende de memoria y lo estudia como un modelo en las escuelas, al par que las arengas de Demóstenes, de Ciceron y de Mirabeau. Es el panegírico más elocuente de la Independencia y de la Reforma, y una profecía de la victoria definitiva de las instituciones liberales contra sus enemigos.

A este propósito, séame permitido referir un incidente cuyo recuerdo me sugiere siempre tal discurso. Al pié de la tribuna en que hablaba Ramírez, nos hallábamos formando grupo el eminente demócrata y orador Ponciano Arriaga, Guillermo Prieto y numerosos diputados, entre los que estaba yo. Ponciano Arriaga se apoyaba en mi brazo, y en sus arrebatos entusiastas llegó á sacudírmelo de tal modo, que temí que me lo despedazara, y me ví obligado á invocar su clemencia.

obra, pues ella estaba hecha, y podía descansar, creyendo que era buena.

Ya se verá por esto, cuán injusto es Ramírez para consigo mismo, y cuán modesto se muestra cuando dice, en el magnífico "Proemio" que escribió para la *Historia Parlamentaria de los Congresos Mexicanos de 1821 á 1857*, que Juan Mateos está publicando lo siguiente, hablando de su padre: "En los primeros diez años de la Constitución de 1824, aparecieron en los Estados, Legislaturas y gobernadores progresistas; la instrucción pública, el arreglo de la Iglesia, la proclamación de los primeros principios económicos, y todas las reformas que despues se han conquistado, se iniciaban en la capital de la República y encontraban diestros y celosos defensores en patricios como los gobernadores de Jalisco, Zacatecas, Estado de México y Querétaro, *atreviéndome á rendir este homenaje á mi padre, ya que con mis obras he quedado muy atrás de sus esperanzas.*"

Al contrario, las había realizado aun más allá de lo que podía desear el ilustre compañero de Gómez Farías, de Prisciliano Sánchez y de Francisco García, en los trabajos de 1833.

### VIII

En el tiempo en que Ramírez estuvo separado de la vida pública, como gobernante, volvió á sus tareas de la prensa y de la tribuna. La Junta Patriótica de Mé-

xico lo designó para que pronunciara el discurso cívico de costumbre, y en efecto, el día 16, en presencia del Presidente Juárez, de sus Ministros y de un concurso inmenso, Ramírez hizo de la tribuna mexicana la digna rival de la tribuna griega, de la tribuna romana y de la tribuna francesa, pronunciando el más bello, el más grandioso, el más admirable discurso que haya resonado en México y en la América toda, y que bastaría por sí solo para dar reputación universal á cualquier hombre.

Analizar las bellezas innumerables que contiene esta soberbia pieza oratoria, no es propio del presente ensayo; ni cabría en él tamaño estudio; baste decir que las ediciones que se han hecho del discurso son numerosas, y que la juventud mexicana lo lee, lo aprende de memoria y lo estudia como un modelo en las escuelas, al par que las arengas de Demóstenes, de Ciceron y de Mirabeau. Es el panegírico más elocuente de la Independencia y de la Reforma, y una profecía de la victoria definitiva de las instituciones liberales contra sus enemigos.

A este propósito, séame permitido referir un incidente cuyo recuerdo me sugiere siempre tal discurso. Al pié de la tribuna en que hablaba Ramírez, nos hallábamos formando grupo el eminente demócrata y orador Ponciano Arriaga, Guillermo Prieto y numerosos diputados, entre los que estaba yo. Ponciano Arriaga se apoyaba en mi brazo, y en sus arrebatos entusiastas llegó á sacudírmelo de tal modo, que temí que me lo despedazara, y me ví obligado á invocar su clemencia.

El ilustre anciano estaba fuera de sí, palidecía, lloraba, y apenas pudo decirme, soltándome:

—Pero ¿no oye vd.? ¿no oye vd.? Guillermo Prieto, García Torres, Joaquín Alcalde, todos los liberales que estábamos ahí, conteníamos con pena nuestros gritos de admiración.

García Torres, cuando Ramírez bajó de la tribuna, en medio de los aplausos del público, le quitó el discurso de las manos y le ofreció un banquete en el Tívoli, al que asistimos muchos, y que fué una ovación constante al sublime orador.

Esta obra, juntamente con los actos de Ramírez, como Ministro de Estado, llena con inmensa gloria, en la vida del eminente liberal, el año de 1861.

En 1862, cuando nos amenazaba ya la invasión extranjera, redactó con Guillermo Prieto, Iglesias, Schiafino, Santacilia, Chavero y conmigo, un periódico pequeño pero que alcanzó gran popularidad y que se intitulaba *La Chinaca*, cuyas colecciones han llegado á ser rarísimas. Ese periódico tenía por objeto, como se comprenderá, dadas las opiniones de sus redactores, levantar el espíritu público para defender á la Patria, y cumplió bien su cometido.

En Febrero de 1863, la Junta Patriótica volvió á nombrar á Ramírez para pronunciar el primer discurso con que el día 5 del mismo mes, debía celebrarse por la vez primera el aniversario de la Constitución de 1857, ya que en los años anteriores no había podido hacerse, por las circunstancias de la guerra, y Ramírez, con tal motivo, produjo otra magnífica pieza ora-

toria, que fué aplaudida con entusiasmo, y que enfrente del enemigo extranjero que se preparaba de nuevo á atacarnos con mayores fuerzas, resumía la resolución de los buenos mexicanos, en defensa de la Patria.

Concluido el período del segundo Congreso constitucional, el pueblo nombró á Ramírez diputado para el tercero, que se reunió en Abril de 1863, á la sazón que Forey, con su ejército, ponía sitio á la plaza de Puebla. En aquel Congreso, y en aquellas circunstancias extremas, la voz del gran tribuno volvió á oírse en la discusión de las importantes medidas que se dictaban para afrontar el peligro, y entre ellas Ramírez propuso una, acompañándolo Prieto, Zarco y yo, á saber: la exclaustración de las monjas que aún ocupaban numerosos conventos de la ciudad, conventos que se ofrecían como recurso al Gobierno en aquel conflicto, al mismo tiempo que se completaba la ejecución de las leyes de Reforma. Esta medida fué aprobada por el Congreso, sancionada por el Ejecutivo y realizada inmediatamente.

Ocupada la plaza de Puebla por el ejército francés, después de una defensa gloriosa, el Gobierno salió de México y se dirigió á San Luis Potosí, mientras que un ejército improvisado á las órdenes de Garza, marchaba hácia Toluca. Los republicanos se vieron obligados á emigrar en distintas direcciones, siguiendo unos al Gobierno y otros á las tropas. Ramírez fué de estos últimos, y en aquellos días su pobreza era tal, que no pudo proporcionarse un caballo, y salió de México á pié, apoyado en un bastón. Un buen amigo que lo supo fué á alcanzarlo en el camino de Tacubaya, y le ofreció un

caballo, en que pudo continuar su marcha hasta Toluca.

De allí se dirigió á Sinaloa, su Estado predilecto, como le llama el Sr. Sosa, y allí prestó importantes servicios, aliándose á Rosales, el héroe de San Pedro, á quien él dió á conocer en sus correspondencias y en sus periódicos, y á Corona y á otros patriotas defensores del Occidente, y despues de un corto viaje á San Francisco de la Alta California, regresó á Mazatlan para presenciar el ataque de la *Cordelière* á esa plaza, y la valiente defensa organizada por el bravo general Sánchez Ochoa, y que él ha descrito brillantemente en una de sus cartas á Fidel.

Despues fué á Sonora, y allí redactó un periódico patriótico intitulado *La Insurreccion*, que fué el grito de guerra y de entusiasmo de aquellos pueblos amenazados ya por el invasor. "Allí fué, dice el Sr. Sosa, en donde sostuvo una polémica con el gran tribuno español Emilio Castelar, en la que con un estilo chispeante y altamente satírico, demostró lo conveniente, lo justo de la emancipacion de los pueblos hispano-americanos, de las tradicionales costumbres de la antigua Metrópoli y de la servil imitacion de lo europeo. Terminada la polémica, recibió Ramírez un retrato de Castelar con la siguiente honrosa dedicatoria: *A D. Ignacio Ramírez, recuerdo de una polémica en que la elocuencia y el talento estuvieron siempre de su parte, el vencido, Emilio Castelar.*"

"Expedida la ley de 3 de Octubre de 1864, sigue diciendo el Sr. Sosa, Ramírez regresó á Sinaloa para con-

sagrarse á la defensa de los que en ella quedasen comprendidos. Tan noble proceder fué castigado con el destierro, enviándole á San Francisco California, y allí, con entera libertad, escribió contra la intervencion francesa. Poco tiempo ántes de la caida de Maximiliano, volvió Ramírez á México, pero al punto se le condujo á San Juan de Ulúa, y despues á Yucatan, en donde le atacó la fiebre amarilla."

"En Mérida le conocimos y tratamos, y mucho nos complace poder decir, que siempre conservó gratísimo recuerdo del suelo yucateco y de sus hijos, y habló en todas ocasiones con profunda gratitud de los miramientos, del respeto y del cariño con que allí fué tratado. Nobles y levantadas sus ideas, no fué Ramírez del número de aquellos que despues de recibir las atenciones de una sociedad, se empeñan en ridiculizarla y en rebuscar sus defectos."

Alzado el destierro por las autoridades del llamado Imperio, Ramírez, como todos sus compañeros de proscripcion en Yucatan, volvió á México y permaneció retraido y vigilado por la policía, hasta el triunfo de la República, en Julio de 1867.

En Setiembre de ese mismo año fundé yo un diario político independiente, intitulado *El Correo de México*, en el que me acompañaron como redactores, Ramírez, Guillermo Prieto, Antonio García Pérez, Alfredo Chavero, José T. de Cuellar y Manuel Peredo. Este diario tenia por objeto combatir la política iniciada por el Gobierno, de la cual fué un anuncio la Convocatoria para elecciones de los Poderes constitucionales, que fué im-

popular y desaprobada por la Nación entera. Debe recordarse que desde Noviembre de 1865, el Gobierno del Sr. Juárez no era constitucional, y sólo subsistía por la aquiescencia de los jefes militares que habia sido justificada por la victoria, continuando así por el consentimiento tácito de la República.

Los partidos, pues, estaban en su derecho para luchar en las próximas elecciones, y aunque es verdad que la gran mayoría de electores postulaba al Sr. Juárez, como el representante de la resistencia nacional, un grupo considerable de liberales y de patriotas formó entónces el partido porfirista, que por primera vez sostuvo la candidatura del General Porfirio Diaz. De este partido fueron desde luego órganos *El Correo de México*, *El Globo*, redactado por el Sr. Zamacona, y otros periódicos.

En *El Correo de México* escribió Ramírez todos los días, y de ese tiempo son los importantes y bellos artículos en que inició casi todas las mejoras materiales que se han realizado despues, y que constituyen, con justicia, el orgullo de las administraciones actuales.

A pesar de la viva oposicion que el Gobierno del Sr. Juárez hizo á la eleccion de Ramírez, como Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, pues su nombre no figuró en la lista oficial y se le opuso otro candidato, el Congreso, que segun la ley, tenia que decidir, por no haber reunido los dos candidatos el número de votos requerido, votó por diputaciones y decidió en favor de Ramírez, resistiendo á la influencia oficial que se empeñó con toda su fuerza en contra del ilustre pa-

triotista. Este, en mi concepto, fué un grave error del Sr. Juárez, pues era injusta á todas luces semejante malevolencia para un hombre que se presentaba ante el pueblo, teniendo en su favor una vida inmaculada y un caudal de eminentes servicios y de terribles sufrimientos por la Patria.

La opinion pública se puso del lado de Ramírez, tanto más cuanto que no vió en esa malevolencia más que motivos personales, y el Congreso, haciéndose eco de la Nación, colocó al perseguido en la Suprema Corte.

“Doce años, dice el Sr. Sosa, formó parte Ramírez (1868-1879) del primer Tribunal de la Nación, ilustrando con su palabra elocuente, con su profunda ciencia, las más árduas cuestiones sometidas á la Corte de Justicia, con integridad é independencia incomparables.”

De esto puedo yo tambien ser testigo, puesto que tuve el honor de sentarme á su lado, en la Suprema Corte, de la que fuí miembro, durante los once años transcurridos de 1868 á 1879, en que acaeció su muerte.

Su palabra luminosa contribuyó en gran parte á fundar la Jurisprudencia constitucional, nueva en nuestro país, pues no habia habido ocasion de ponerla en práctica, desde 1857, ni eran conocidos tampoco los caminos que debian seguirse, no pudiendo aplicarse siempre las antiguas leyes como supletorias, por ser contrarias á los nuevos principios.

Allí en la Corte, Ramírez tomó parte dia á dia en tan árduos asuntos, con Lerdo, Cardoso, Iglesias, Leon Guzman, Montes, Lozano y Vallarta.

Recuerdo á este propósito, que un dia, discutiendo con este último ilustradísimo Presidente de la Corte, sobre un negocio de los más difíciles, y en el que diferían en ideas, Ramírez tomó la palabra, y su discurso fué tan profundo, tan razonado, tan convincente, que Vallarta, á cuyo lado estaba yo, con singular sinceridad me dijo admirado:

— Es lástima que este hombre no quiera escribir sobre Derecho constitucional; seria el Kent de México!

## IX

En el conflicto de 1876, á consecuencia de la reeleccion del Sr. Lerdo, Ramírez juzgó en su conciencia que no debía dar por válidas las elecciones de los Magistrados que iban á integrar el Primer Tribunal de la Nacion, y en consecuencia votó en el mismo sentido que Iglesias, Montes, Alas, García Ramírez y Simon Guzman.

Inmediatamente fué preso en compañía de los tres últimos, y encerrado en uno de los calabozos de la Diputacion.

Muy poco tiempo permaneció allí, pues la revolucion triunfante de Tuxtepec vino á abrirle las puertas de esta prision, que fué para él la última, y el Sr. General Diaz, caudillo de aquella, al tomar posesion de la Presidencia de la República, lo llamó desde luego á su gabinete, nombrándolo Ministro de Justicia é Instruccion Pública. Así pues, era la suerte de Ramírez

pasar de las prisiones al poder, lo cual constituia sus triunfos, como revolucionario, desde su juventud.

En este período de su ministerio, que fué corto, todavía tuvo tiempo de dictar importantes medidas, como la abolicion del internado en las Escuelas nacionales, la creacion de pensiones para alumnos pobres, y otras en el Departamento de Justicia.

Cuando se reorganizó la Suprema Corte de Justicia dejó la Secretaría de Estado que desempeñaba, é ingresó á aquel Tribunal, del cual era uno de los miembros que habia conservado por un decreto el gobierno de Tuxtepec.

Allí se consagró de nuevo á sus tareas judiciales; pero Ramírez entónces, y desde ántes del triunfo de la revolucion de Tuxtepec, estaba ya herido de muerte. La pérdida de su santa y digna esposa, á quien amaba con inmensa ternura, y que acació en 1874, lo habia postrado completamente y arrebatádole todo su aliento, todas sus esperanzas, toda su felicidad, todo su apoyo en la tierra. La vida se oscureció para él.

“Héme aquí, sordo, ciego, abandonado  
En la fragosa senda de la vida:  
Apagóse el acento regalado

Que á los puros placeres me convida;  
Apagóse mi sol; tiembla mi mano  
En la mano del aire sostenida.”

Dice en un fragmento inédito que escribió seguramente bajo la impresion de aquella desgracia, única que pudo hacer derramar lágrimas á aquel hombre de bronce, que habia sufrido con valor estóico persecuciones,

misérias, prisiones en que habia estado encadenado, y aun las amenazas de la muerte.

“Yo he probado mil veces la amargura  
Jamás como hoy, mezclada con mi llanto.”

Dice en otra composición inédita intitulada “A Sol.” Así llamaba familiarmente á su esposa.

En vano procuraba ocultar con aparente serenidad el pesar inmenso que lo estaba minando rápidamente. En vano frecuentaba las reuniones del Liceo Hidalgo y de las Academias científicas, y tomaba parte con ardor en todas las discusiones para aturdirse. Todos los que conocían á fondo su carácter, veían bien claro á través de aquella fisonomía impasible, y adivinaban tras de aquella sonrisa irónica, que el atleta ocultaba con pena su agonía. Esta vez, la suerte le habia clavado un dardo en el corazón.

El vigor de su constitución sana y las luchas de la política, pudieron conservarlo todavía algunos años, pero al fin sucumbió más de dolor que de enfermedad física. Un día, en 1879, pidió una breve licencia á la Suprema Corte, se paseó por última vez una mañana en el jardín de la Plaza mayor, y llegó á su casa y se tendió en el lecho sin quejarse de nada, pero visiblemente moribundo. Duró así tres días, y el 15 de Julio en la mañana supe yo que se hallaba grave. Corrí á su casa, y lo encontré tendido en su cama agonizando y sin dar más señales de agonía que un leve quejido que exhalaba por intervalos. Por lo demás parecia dormir; sus facciones eran tranquilas, y apenas se notaba alte-

ración en ellas. Apoyaba una mano extendida sobre su pecho, y cualquiera que sin estar prevenido, lo hubiese visto en aquellos momentos, habria creído que disfrutaba de un sueño agradable.

Sus cinco hijos, Ricardo, Roman, José. Manuel y Juan, únicos que tuvo, se habian retirado á una pieza vecina. Con el moribundo no estábamos más que el General Juan Ramírez, hermano suyo, y yo, que contemplábamos conmovidos y silenciosos aquella agonía semejante á la de un filósofo de los antiguos tiempos.

La muerte sobrevino sin convulsión ni señal alguna que la indicase. Tuvimos necesidad de acercarnos y de cerciorarnos de diversos modos de que la vida se habia extinguido, para dar aviso á la familia.

Luego escribí allí mismo al Sr. Vallarta, Presidente de la Corte, anunciándole el suceso. En la casa de aquel Ministro de la Reforma, de aquel representante del pueblo, de aquel gran ciudadano, reinaba una pobreza extrema, tal, que no habia ni con que hacer los gastos más urgentes. El Erario federal se hallaba exhausto, y hacia varios meses que no se pagaba sueldo á los Magistrados. Las pocas cosas de valor que poseía la familia se habian sacrificado, y no quedaba nada.

El Sr. Vallarta, luego que recibió mi carta, se fué á comunicar al señor Presidente de la República aquella desgracia, y á decirle cuál era la situación en que se hallaba la familia. El Sr. General Diaz, justo aprecia-

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ta de sueldos atrasados, y dispuso que los funerales se costeasen por el Estado.

La sociedad entera se conmovió al saber aquella funesta noticia. Amigos y enemigos estaban acordes en reconocer el mérito del ilustre difunto, cuyas virtudes privadas eran indiscutibles y cuyas ideas políticas eran sinceras. No faltó, sin embargo, la expresion mezquina de algunos rencorosos políticos, tan viles como insignificantes; pero la opinion pública la vió con el desprecio que merecia.

La Corte de Justicia, las Cámaras de Diputados y de Senadores y el Poder Ejecutivo, nombraron comisionados para arreglar los funerales, y las Sociedades científicas y literarias, á las que pertenecia Ramírez, las de obreros, las Escuelas nacionales todas, decidieron asistir en masa á ellos.

El cadáver fué embalsamado, y expuesto por dos días en el salon de la Cámara de Diputados, colgada de negro, haciendo la guardia de honor los estudiantes y los masones de diversos ritos. México entero fué á contemplar el cadáver del insigne reformador, y el dia 18 de Junio, en la mañana, se verificó una solemnísimá ceremonia, cuya descripción tomo de *La Libertad*, periódico que publicó en su número del 19, los discursos y poesías que se pronunciaron allí.

Dice así:

“LOS FUNERALES DEL SR. RAMÍREZ.—A las ocho de la mañana, como se habia anunciado, empezó á llegar la concurrencia á la Cámara de Diputados, en donde desde el lunes se hallaba expuesto el cadáver del

ilustre difunto. El Presidente de la República concurrió puntualmente, acompañado de todo el Gabinete, presidiendo el acto, en union del Sr. Vallarta, Jefe de la Suprema Corte de Justicia. Allí vimos á los demas Magistrados del Primer Tribunal de la República, á los Oficiales mayores de los Ministerios, á los Jueces del Distrito y á otros altos funcionarios públicos. El salon estaba elegantemente vestido de negro, con el sello de la severidad propia del acto que allí se iba á verificar. En el centro, sobre una plataforma cubierta con negros paños, estaba tendido el ataúd, alumbrado por cuatro candeleros, dentro de los cuales aparecia una luz amarillenta que aumentaba el sello lúgubre del conjunto. Segun pudimos comprender, alternaban en la guardia del cadáver, los estudiantes de las Escuelas facultativas y los masones. El pueblo habia invadido la parte alta de las galerías: la baja la ocupaba el Cuerpo diplomático, personas de todas las demas clases de la sociedad y algunas señoras. El salon se habia reservado á las Sociedades científicas y literarias, á los empleados, á los individuos de ambas Cámaras, á las asociaciones caritativas y á la prensa. La concurrencia era extremada, como nunca la habiamos visto en un caso semejante.”

Concluida la ceremonia, que duró largo tiempo, á causa de los numerosos discursos y poesías que se pronunciaron en la tribuna, se condujo el cadáver al cementerio del Tepeyac, disputándose en el trayecto de la Estacion del Ferrocarril al cerro, el honor de cargar el ataúd centenares de estudiantes y de obreros. Toda-

vía allí se pronunciaron nuevos discursos, y siempre con asistencia del Presidente de la República y de los altos funcionarios del Estado, se dió sepultura al cadáver.

Realmente estos funerales han sido los más solemnes que ha presenciado México, sin exceptuar los que se hicieron al Presidente Juárez, pues hubo la circunstancia de que en los de Ramírez no influía la alta posición política del difunto, ni entró, sino en parte, el elemento oficial.

La manifestación hecha con motivo de la muerte de Ramírez, fué eminentemente popular, y en ella se distinguió con especialidad la juventud estudiosa; homenaje digno del excelso reformador de la enseñanza.

## X

No ha sido mi ánimo considerar á Ramírez aquí, en su múltiple aspecto científico y literario, sino el de hacer su biografía exclusivamente, presentándolo con su carácter prominente, que es el de hombre político.

Ramírez fue un combatiente para quien la poesía, la oratoria, la ciencia en sus diversos ramos, no fueron más que armas de que hacia uso cuando era necesario, para disputar y obtener la victoria. Cultivándolas se colocó en primera línea, como poeta, como orador, como sabio, pero no quiso hacer de ellas un objeto especial.

Sin embargo, hay que convenir, á no ser que se

adolesca de una pasión insensata de odio ó de una ignorancia supina, en que Ramírez, en nuestra historia científica y literaria, ocupa un lugar culminante. Tiempo vendrá en que se examinen sus obras, á la luz de una crítica imparcial é ilustrada y por jueces competentes. Hasta ahora sus enemigos del partido clerical han pretendido negarle superioridad. Están en su derecho, lo que no quita que nos hagan el efecto de un atleta que postrado en tierra por su enemigo, y sintiendo la rodilla de éste en el pecho, se desgañita gritando que su vencedor no vale nada.

Ramírez ha sido un vencedor; sus ideas han formado época en el mundo político y en el mundo de las letras, y esto basta. Niéguenle, si quieren el despecho, la envidia, ó la ignorancia, todo mérito. Los hechos están ahí para contestar á esta denegación, y estos hechos se llaman la victoria.

Por lo demás, sus obras salen hoy á luz para ser juzgadas. Antes, impresas en hojas pasajeras, se leían de prisa, y apenas podían estudiarse. Tanto era así, que muchos, poco instruidos en los sucesos de México y en su progreso literario, han preguntado con tanto desden como necesidad: ¿Dónde están las obras de Ramírez? ¡Las obras de Ramírez!

Las obras de Ramírez apenas cabrían en veinte volúmenes, y tratan de muchas materias. Ramírez fué un polígrafo, y en la extensión y variedad de sus conocimientos, nadie puede igualársele en México.

En Historia no perteneció á la raza fastidiosa de los compiladores, como la llama el gran escritor inglés

vía allí se pronunciaron nuevos discursos, y siempre con asistencia del Presidente de la República y de los altos funcionarios del Estado, se dió sepultura al cadáver.

Realmente estos funerales han sido los más solemnes que ha presenciado México, sin exceptuar los que se hicieron al Presidente Juárez, pues hubo la circunstancia de que en los de Ramírez no influía la alta posición política del difunto, ni entró, sino en parte, el elemento oficial.

La manifestación hecha con motivo de la muerte de Ramírez, fué eminentemente popular, y en ella se distinguió con especialidad la juventud estudiosa; homenaje digno del excelso reformador de la enseñanza.

## X

No ha sido mi ánimo considerar á Ramírez aquí, en su múltiple aspecto científico y literario, sino el de hacer su biografía exclusivamente, presentándolo con su carácter prominente, que es el de hombre político.

Ramírez fue un combatiente para quien la poesía, la oratoria, la ciencia en sus diversos ramos, no fueron más que armas de que hacia uso cuando era necesario, para disputar y obtener la victoria. Cultivándolas se colocó en primera línea, como poeta, como orador, como sabio, pero no quiso hacer de ellas un objeto especial.

Sin embargo, hay que convenir, á no ser que se

adolesca de una pasión insensata de odio ó de una ignorancia supina, en que Ramírez, en nuestra historia científica y literaria, ocupa un lugar culminante. Tiempo vendrá en que se examinen sus obras, á la luz de una crítica imparcial é ilustrada y por jueces competentes. Hasta ahora sus enemigos del partido clerical han pretendido negarle superioridad. Están en su derecho, lo que no quita que nos hagan el efecto de un atleta que postrado en tierra por su enemigo, y sintiendo la rodilla de éste en el pecho, se desgañita gritando que su vencedor no vale nada.

Ramírez ha sido un vencedor; sus ideas han formado época en el mundo político y en el mundo de las letras, y esto basta. Niéguenle, si quieren el despecho, la envidia, ó la ignorancia, todo mérito. Los hechos están ahí para contestar á esta denegación, y estos hechos se llaman la victoria.

Por lo demás, sus obras salen hoy á luz para ser juzgadas. Antes, impresas en hojas pasajeras, se leían de prisa, y apenas podían estudiarse. Tanto era así, que muchos, poco instruidos en los sucesos de México y en su progreso literario, han preguntado con tanto desden como necesidad: ¿Dónde están las obras de Ramírez? ¡Las obras de Ramírez!

Las obras de Ramírez apenas cabrían en veinte volúmenes, y tratan de muchas materias. Ramírez fué un polígrafo, y en la extensión y variedad de sus conocimientos, nadie puede igualársele en México.

En Historia no perteneció á la raza fastidiosa de los compiladores, como la llama el gran escritor inglés

Lewis, sino á la raza de los críticos y de los originales. Ahí están sus discursos sobre las razas primitivas de México, su estudio sobre la tradicion tolteca de Quetzalcoatl, su discurso del 16 de Setiembre de 1861, que contiene la sinopsis más exacta de la vida colonial, su artículo "Desespañolización," en su polémica con Castelar, en que este ilustre orador é historiador se confesó convencido y vencido.

En Economía política, ahí está su serie de artículos en que pueden registrarse las grandes iniciativas para nuestra regeneracion económica, juntamente con las más brillantes doctrinas de la ciencia moderna.

En Fisiología, ahí está su Ensayo sobre las Sensaciones, escrito en 1848, y los fisiologistas dirán si la ciencia contemporánea no ha confirmado las teorías que el sabio mexicano estableció y explicó hace cuarenta años.

En Filología, ahí están sus Lecciones que debian ser la introduccion de un curso de Literatura, y que se han agotado, habiendo llamado la atencion de los lingüistas y filólogos europeos y americanos.

En Geología y Paleontología, sus estudios sobre la Baja California, y otras comarcas, en sus Cartas á Fidel, responden de su profundidad de observacion.

En Química, sus discursos sobre la lluvia de azogue indican su conocimiento de esta ciencia.

En Botánica, séame permitido referir un hecho poco conocido, y que muestra cuál era su aptitud para estos estudios. Fué comisionado por el sabio D. Leopoldo Rio de la Loza, en union de los eminentes natu-

ralistas D. Alfonso Herrera y D. Gumesindo Mendoza, para presentar á la Sociedad de Geografía y Estadística un dictámen sobre nuestros bosques.

Él fué quien escribió el dictámen, y lo llevó á firmar á sus dos compañeros de comision. D. Alfonso Herrera rehusó firmarlo.

—¿Porqué? le preguntó Ramirez; ¿no está vd. de acuerdo con el dictámen?

—No solamente de acuerdo, respondió Herrera, sino complacido de la ciencia que encierra y de la belleza del estilo; pero tengo un gran escrúpulo. De los tres comisionados, Mendoza y yo somos conocidos por nuestros estudios sobre la materia; vd. no lo es tanto. Se ignora generalmente que posee vd. tan profundos conocimientos en Botánica. Ahora bien: al ver el dictámen firmado por los tres, va á creerse que no ha sido escrito por vd. sino por Mendoza ó por mí, y yo no quiero que se me atribuya un mérito que no me pertenece. Deseo que todos sepan que vd. es el autor de tan magnífico estudio, y que sea vd. apreciado debidamente.

Mendoza, discípulo de Ramirez, obligado por el respeto, y que no reparó en la observacion que habia hecho su colega, firmó el dictámen que se presentó, al fin, con dos firmas.

El Sr. D. Alfonso Herrera, tan sabio como sincero y modesto, me ha referido este incidente, hace pocos dias, haciéndome un elogio completo de Ramirez, como naturalista.

Tratándose de sus conocimientos en Física y Meteo-

rología, es oportuno referir otro caso. Presidia Ramírez la Sociedad de Geografía y Estadística, en una sesión en que se presentaba por primera vez el eminente ingeniero D. Santiago Méndez. Conforme á reglamento debía éste pronunciar un discurso sobre un tema científico, y leyó uno muy notable por la novedad del asunto. Trataba en él de Meteorología marítima y de observaciones hechas en el Golfo de México.

Ramírez respondió ampliando la materia y agregando nuevas observaciones. Méndez pidió la palabra para manifestar su admiración al presidente, porque, dijo, el discurso que había preparado contenía novedades que suponía completamente desconocidas, pues se fundaban en observaciones hechas por marinos ingleses y publicadas en aquellos días, y que sabiendo que el Sr. Ramírez replicaba siempre á los discursos de recepción, había querido adrede, llevar uno que fuese difícil; pero que estaba convencido de que el Presidente se hallaba al corriente de los adelantos científicos ó los adivinaba por intuición. El Sr. Martínez de la Torre, allí presente, dijo también que él había aconsejado al Sr. Méndez que llevase un discurso conteniendo alguna novedad científica, para tener el gusto de escuchar al Sr. Ramírez, y que veía con asombro que salía victorioso de la prueba.

Refiero estos hechos, porque se trata de jueces competentes é imparciales para hablar de la ciencia de Ramírez, y no de amigos apasionados, ni de enemigos pretensiosos é ignorantes.

En Pedagogía, oigamos de nuevo al Sr. Sosa: "Hay,

dice, entre los escritos de Ramírez uno que por sí solo bastaría á formar la reputación esclarecida de un hombre: nos referimos á su *Proyecto de enseñanza primaria*, formado en 1873 para obsequiar los deseos del entonces regidor D. Luis Malanco. Abraza el proyecto un reglamento conciso, y dos libros, el primero *Rudimental* y el segundo *Progresivo*. La enciclopédica sabiduría de Ramírez y su profundo conocimiento de los métodos pedagógicos, se revelan en esos libros que son un verdadero tesoro que no supo aprovechar el Ayuntamiento de México, siguiendo su tradicional costumbre de ir de desacierto en desacierto. Yacía en el olvido el *Proyecto de enseñanza primaria*, hasta que el Sr. General D. Carlos Pacheco, actual gobernador del Estado de Chihuahua, hubo de conocerlo, y comprendiendo en toda su extensión el raro mérito de la obra, resolvió imprimirla y adoptarla para las escuelas del Estado. La niñez de Chihuahua será, pues, la primera que le deba los beneficios de una instrucción verdaderamente metódica, y tal cual la exige el siglo en que vivimos, merced al celo ilimitado de su gobernante.

En *Bella-Literatura*, allí están su tomo de poesías, sus discursos y sus artículos críticos, y francamente dígasenos: ¿Se han escrito en México mas bellos tercetos que los suyos? ¿Hay algun discurso que pueda igualarse al del 16 de Setiembre de 1861?

Sus enemigos políticos pueden censurarlos porque contengan ideas contrarias á las suyas. Pero juzgándolos desde el punto de vista del arte, como se juzga el poema de Lucrecio, como se juzgarían los poemas de

Shelley ó los discursos de Mirabeau, ¿no son acaso monumentos literarios de México?

¿Y sus improvisaciones en las sociedades literarias ó científicas? Nada puedo decir de mejor, que lo que dice el Sr. Sosa, hablando de ellas. “Muy de cerca nos fué dado conocer á Ramírez, pues tuvimos la fortuna de sentarnos á su lado, como miembros unas veces y como secretarios otras, de las sociedades científicas y literarias que él presidió con frecuencia, como la de Geografía y Estadística y el Liceo Hidalgo. Oímos su voz fascinadora, cuando inspirado por su ardentísimo amor á las letras, arrebatava al auditorio y le tenia suspenso de sus labios. En aquellos momentos parecia que su rostro se transfiguraba y su acento llegaba al oído como música deliciosa. Noches de imborrable recuerdo serán para nosotros aquellas en que en la modesta y débilmente alumbrada sala de sesiones del Liceo Hidalgo, Ramírez esgrimia todo género de armas, contendiendo en materias de alta literatura con Pimentel, con Riva Palacio, con Prieto, y con cuantos se aprestaban á aquellas lides del talento y de la sabiduría.

“Noches tambien inolvidables, las que á su lado pasamos en las sesiones semanarias de la Sociedad de Geografía y Estadística, cuando con lucidez asombrosa, con erudicion extraordinaria, con novedad inaudita, abordaba los más oscuros y difíciles problemas de las ciencias, y se revelaba antropologista y filólogo, historiador y filósofo.

“La facilidad de comprension era en Ramírez tan extrema, que apenas comenzaba alguno á exponer sus

teorías, él, como que adivinaba los fundamentos en que habian de basarse, y en tropel acudian á su cerebro las ideas propias para apoyarlas ó rebatirlas. ¡Lástima grande que muchas veces en el calor de una discusion de todo punto seria, Ramírez mezclase alguna frase satírica, incisiva, que venia á desconcertar, no sólo á su contrincante, sino á su auditorio mismo! No necesitaba, en verdad, de aquel recurso para salir vencedor en la contienda; que de sobradas armas dispone quien tiene inteligencia clarísima y ha hecho inagotable acopio de ciencia en constantes y profundos estudios.

“Pero era tal el poder de su palabra, que aun cuando á nadie pudiera ocultársele que sostenia paradojas en muchas ocasiones; que á pesar de las huellas que dejaban los dardos de su sátira, Ramírez era querido, era admirado por todos los que le escuchaban.”

Fáltame sólo hablar de las virtudes privadas de Ramírez, y seré muy breve. En este punto hasta sus enemigos más acerbos le hacen plena justicia. Fué un hombre de bien en toda la extension de la palabra. Podia decirse de él, lo que Tito Livio decia del viejo Caton. “Su honradez no fué atacada nunca; desdeñaba el favor y las riquezas; frugal, infatigable, sereno en el peligro, habríase dicho que su cuerpo y su alma eran de hierro.”

Al contemplar á este hombre siempre bueno, tantas veces perseguido por las potestades á quienes combatia; siempre atado como Prometeo á la roca de la miseria, en la cual las únicas Oceánidas que lo consolaban

eran el pueblo, la juventud y su propia conciencia; al verlo bajar del poder siempre pobre, al conocerlo siempre generoso, al penetrar en su hogar que era el santuario de todas las virtudes domésticas, no podía uno ménos de repetir las palabras de Renan: "¡Cuántos santos existen bajo las apariencias de la irreligion!"

Ramírez ha legado á sus hijos un nombre purísimo, y éstos son dignos por su conducta, de tal padre.

México ha acabado por rendir al grande hombre el homenaje más brillante de admiración. Por una nobilísima iniciativa del ilustrado escritor D. Francisco Sosa, el Supremo Gobierno de la Union dispuso elevar en nuestra calzada de la Reforma, estatuas á los hombres más ilustres de la República, debiendo designar el Distrito Federal y los Estados á aquellos que, en su concepto, mereciesen tal honor.

El Gobierno del Distrito, designó por su parte, á Ignacio Ramírez y á Leandro Valle, y el día 5 del mes actual, se han inaugurado estos monumentos, en presencia del Presidente de la República, de las autoridades todas del Distrito y de una concurrencia inmensa.

Así pues, México ha consagrado ya ante la posteridad, de un modo duradero, la gloria del eminente pensador, del inmaculado liberal, del gran apóstol de la Reforma.

*Ignacio M. Altamirano.*

Febrero de 1889.

## ALGUNAS PALABRAS

ACERCA DE

# MR. WAGNER,

MINISTRO DE PRUSIA EN MEXICO

POR EL

*C. Ignacio Manuel Altamirano*

DIPUTADO AL CONGRESO DE LA UNION

IMPRESA DE VICENTE GARCIA TORRES

San Juan de Letran núm. 3

1862.

eran el pueblo, la juventud y su propia conciencia; al verlo bajar del poder siempre pobre, al conocerlo siempre generoso, al penetrar en su hogar que era el santuario de todas las virtudes domésticas, no podía uno ménos de repetir las palabras de Renan: "¡Cuántos santos existen bajo las apariencias de la irreligion!"

Ramírez ha legado á sus hijos un nombre purísimo, y éstos son dignos por su conducta, de tal padre.

México ha acabado por rendir al grande hombre el homenaje más brillante de admiración. Por una nobilísima iniciativa del ilustrado escritor D. Francisco Sosa, el Supremo Gobierno de la Union dispuso elevar en nuestra calzada de la Reforma, estatuas á los hombres más ilustres de la República, debiendo designar el Distrito Federal y los Estados á aquellos que, en su concepto, mereciesen tal honor.

El Gobierno del Distrito, designó por su parte, á Ignacio Ramírez y á Leandro Valle, y el día 5 del mes actual, se han inaugurado estos monumentos, en presencia del Presidente de la República, de las autoridades todas del Distrito y de una concurrencia inmensa.

Así pues, México ha consagrado ya ante la posteridad, de un modo duradero, la gloria del eminente pensador, del inmaculado liberal, del gran apóstol de la Reforma.

*Ignacio M. Altamirano.*

Febrero de 1889.

## ALGUNAS PALABRAS

ACERCA DE

# MR. WAGNER,

MINISTRO DE PRUSIA EN MEXICO

POR EL

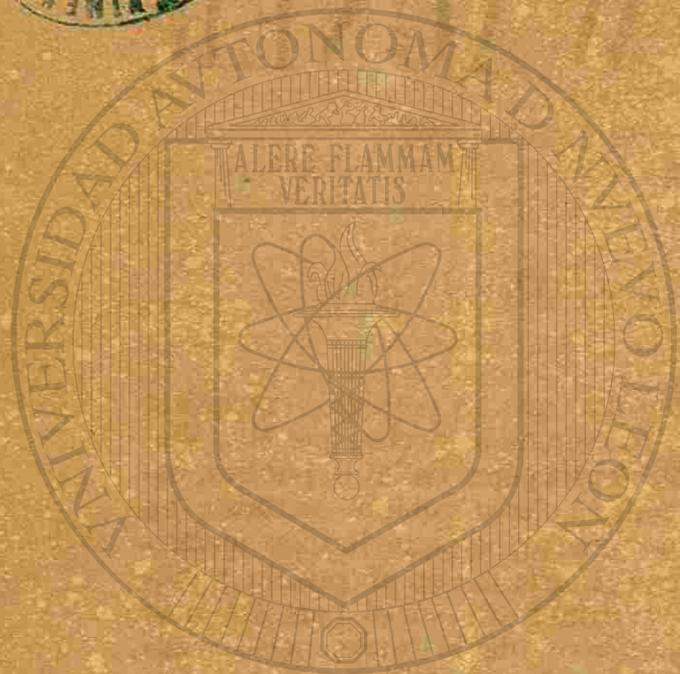
*C. Ignacio Manuel Altamirano*

DIPUTADO AL CONGRESO DE LA UNION

IMPRESA DE VICENTE GARCIA TORRES

San Juan de Letran núm. 3

1862.



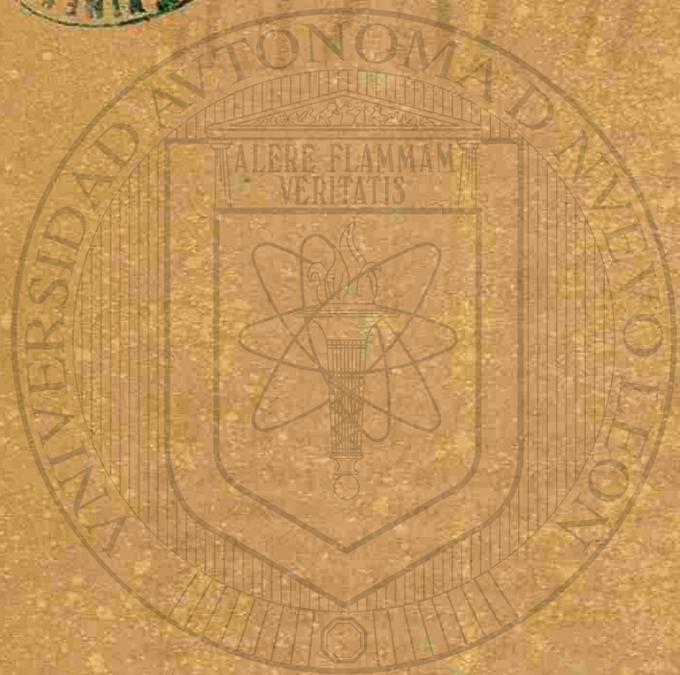
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

No hace muchos días que un periódico extranjero muy autorizado ha venido á revelar: que Mr. Wagner, ministro de Prusia cercâ de la República, en sus informes oficiales á cierto gobierno europeo, ha aventurado la aseveracion de que la idea monárquica gana terreno á cada dia en el pueblo mexicano, y de que se manifiestan en el país las mas vivas simpatías en favor de la intervencion francesa.

Semejante revelacion quizás ha pasado desapercibida á los ojos del Gobierno Supremo; la prensa nacional nada ha dicho sobre el particular, siendo, como es demasiado grave, á juzgar por las consecuencias que puede tener el dicho de un agente diplomático; pues lo general es que los gobiernos dan entero crédito á las relaciones de sus enviados, suponiéndolos, como deben ser, perspicaces en sus observaciones políticas y bien informados con respecto á los hechos que denuncian.

Los gobiernos europeos, pocas veces engañados por los sagaces y expertos ministros á quienes envían á las cortes de la misma Europa, hacen exten-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

No hace muchos días que un periódico extranjero muy autorizado ha venido á revelar: que Mr. Wagner, ministro de Prusia cercâ de la República, en sus informes oficiales á cierto gobierno europeo, ha aventurado la aseveracion de que la idea monárquica gana terreno á cada dia en el pueblo mexicano, y de que se manifiestan en el país las mas vivas simpatías en favor de la intervencion francesa.

Semejante revelacion quizás ha pasado desapercibida á los ojos del Gobierno Supremo; la prensa nacional nada ha dicho sobre el particular, siendo, como es demasiado grave, á juzgar por las consecuencias que puede tener el dicho de un agente diplomático; pues lo general es que los gobiernos dan entero crédito á las relaciones de sus enviados, suponiéndolos, como deben ser, perspicaces en sus observaciones políticas y bien informados con respecto á los hechos que denuncian.

Los gobiernos europeos, pocas veces engañados por los sagaces y expertos ministros á quienes envían á las cortes de la misma Europa, hacen exten-

siva, por desgracia, su credibilidad, á los oscuros y miopes agentes que casi siempre, mandan á la América española y con particularidad á México, sin contar, como debian, con los cortos alcances de muchos de ellos, con su poquedad de inteligencia diplomática, con sus ruines pasiones de mercader ó con su total ignorancia de nuestras cosas.

Y á fé, que en esto, muy escasos andan, en criterio, esos gobiernos, pues debian buscar la razon del ascenso que merecen sus enviados, en la eleccion que de ellos hacen.

Sucede y las mas veces, que un gabinete europeo escoje para representarlo en México, á un pobre y mezquino cónsul, que ha pasado toda su vida registrando defunciones, matrimonios y partidas de comercio en Argel ó en la Martinica, ó bien á un escribiente de una oficina subalterna, ó á un noble sin camisa, escapado de Clichy. Con tales precedentes, no es fácil poseer, de luego, esa profundidad de cálculo que hace de un diplomático un augur, ni esa probidad que lo muestra como un caballero, ni ese conocimiento local, que le familiariza con el pais en que está acreditado.

Por otra parte, absurdo sería suponer que por el mero hecho de tener un diploma que han espedido con mano torpe el favoritismo, la beneficencia ó la vanidad importunada, se deba creer al que lo recibe, revestido de la respetabilidad que solo dan el talento, el saber y la práctica honrada de los negocios.

De ser así, confundiríamos néciamente en una misma línea á Santos Alvarez y al conde de Reus con Sorela y con Pacheco, y á Sir Charles Wyke con Mr. Wagner, y adios buen sentido entonces.

Por raro que esto parezca, tenemos el pesar de saber que algunos gobiernos europeos son víctimas de esta confusion, puesto que así dan crédito á las

monstruosas relaciones de sus enviados. Entiéndase que no me atrevo á calificar del mismo modo á todos los ministros extranjeros; ni sería razonable, conociendo, como conocen mis compatriotas todos, la nobleza de sentimientos y la circunspeccion con que se han conducido, en otro tiempo, el Sr. D. Miguel de los Santos Alvarez y los Sres. Prim y Wyke en estos últimos dias.

Pero lo regular es, que los ministros europeos desde que llegan á Veracruz, se constituyen nuestros tiranos, nuestros espías ó los gefes de las conspiraciones conservadoras. Por no dejar, hasta D. Joaquin Francisco Pacheco, hábil jurisconsulto y no infeliz diplomático otras veces, segun se cuenta, no hizo mas que pisar el suelo mexicano, cuando se trasfiguró, eclipsóse su talento, aun se entregó al feo vicio de escribir impresiones de viaje falsas, y se vió por último, enredado en un dédalo de intrigas del que no logró salir, sino dejando en la República una memoria grotesca, y yendo á sucumbir en el senado español á los golpes de maza que le descargara Calderon Collantes.

Pero prescindiendo de la cuestion sobre la aptitud ó ineptitud de esos personajes, lo cierto, lo que presenciarnos es: que mas apasionados y maliciosos todavía que torpes, algunos ministros europeos, no vienen á nuestra República mas que á fomentar con su influencia nuestros odios intestinos, á deturpar de un modo inícuo á nuestro pueblo, y todo por favorecer bastardas miras, ó por hacerse interesantes para con sus gobiernos y aun para con los extraños.

Tarde ó temprano se ha encontrado esta explicacion siempre. El vizconde de Gabriac que no tenia repugnancia en vender él mismo las lechugas y las zanahorias que cultivaba en el palacio de la Legacion, que no tenia vergüenza de obsequiar con té

claro á los concurrentes de sus bailes, deshonrando así las magnificencias del imperio frances, encomadraba con Santa-Anna, y favorecia á Miramon por *hacer su negocio*.

Monseñor Clementi, el nuncio inútil que nos envió la corte de Roma, apoyaba á los frailes, porque era muy natural: él tambien participaba del opíparo banquete que por tanto tiempo, se dió el clero en nuestra pobre patria. Además, las indulgencias, la concesion de oratorios, la absolucion de enormes pecados reservados al papa, todo esto era una renta pingüe para el pobre monseñor, cuya persona vino oliendo á simonía de á legua.

El desventurado Sr. Pacheco trabajaba por la reaccion moribunda, porque creia tener mucho talento diplomático, y con solo eso pensó inclinar de su lado la balanza nacional, para despues ir á preconizar á España aquel prodigio de cálculo y de intriga. Verdad es, que tambien andaban en eso algunos prometimientos sobre la deuda española.

Mr. de Saligny, el digno Mr. de Saligny, nos ha conducido hasta esta situacion, porque todo el mundo sabe que no es estraño á los honrados deseos de Jecker. Esto es evidente. Todos sus afanes tendian á hacer reconocer por el Gobierno Constitucional, los créditos contraidos por los rebeldes reaccionarios de México, á fin de que esto importase el triunfo ruinoso de aquel agiotista. Esto procuraba ya por las condiciones que propuso en la convencion rechazada en Marzo del año pasado, ya en sus reclamaciones subsecuentes, ya en fin, en todos sus hechos, y esto desea todavía, como el punto objetivo de la guerra actual.

Verdad es que en las mismas Tullerías hay quienes le sugieran esta conducta porque tampoco son estraños á este bellissimo negocio, por mas que Mr.

Billault, se enoje de que la Europa lo sepa y diga que se calumnia.

Se ha visto, pues, por las razones indicadas ligeramente, porque estenderme mas no es de mi propósito: que la conducta hostil que esos ministros extranjeros han guardado respecto de México, ha tenido una causa óbvia en su sórdida ambicion personal, en su afan de volver á Europa con algo mas que sus apolillados títulos de nobleza. Pero, ¿cómo explicarnos hoy la que observa Mr. Wagner? ¿Acaso él tambien.....?

No queremos creerlo. Es preferible suponer, que contagiado por el ejemplo de Saligny y quizás deseando hacer por su cuenta algun ruido para atraer sobre su modesta figura diplomática la atencion europea, y no encontrando coyuntura para ello, pues nuestros negocios con la Prusia reducidos á recibir de esta nacion alguna cerveza y baratijas insignificantes, no le ofrecian el campo que su ansiedad deseara, ha creido encontrarlo por fin, con motivo de haber sido puestos bajo su proteccion por algunos dias, los súbditos ingleses y españoles, y en la actualidad los franceses.

Esta es una suposicion ahora: el tiempo nos ha de descubrir el verdadero móvil de su hostilidad.

Porque ella se manifiesta de mil modos, porque Mr. Wagner no vacila en apelar á la calumnia, á la fábula, á la miseria de los maldicientes vulgares. Poco le importa que en México se le desmienta, con tal de que en Francia se le aplauda.

Si observamos su manejo desde que comenzó nuestro conflicto internacional, le veremos: primero, dirigir notas y mas notas á nuestro Gobierno, redactadas en estilo altisonante, ya exigiendo se esceptuasen á todos los extranjeros puestos bajo su cuidado, de ciertos impuestos; ya apoyando las re-

clamaciones impertinentes de algun majadero, ya en fin, representando sobre cualquier friolerilla que se quedó tal, por mas que con intencion de agrandarla, soplara en ella el inteligente ministro.

Pero, como su mas virulenta nota fué contestada con dignidad y energía por nuestro Gobierno, como éste sin amedrentarse por tener en frente al ejército invasor no se inclinó para nada ante Mr. Wagner, como por último, México ha demostrado en estos últimos tiempos, por ejemplo en Mayo de este año, que está decidido á ver cara á cara á los que esperaban que iba á caer aterrado; el ministro de Prusia se ha contentado con hacer el elogio de los traidores, con ser el confidente de sus maquinaciones, y con enviar oficiosamente á Francia notas horrendas en las que calumnia villanamente al Gobierno mexicano, y en las que hace traslucir, como dijimos, su mezquina pretension de atraer sobre su figura, hoy perdida entre las sombras de lo desconocido, las miradas de la Europa entera, fijas en la cuestion mexicana.

Así, hemos visto en periódicos extranjeros de bastante autoridad: que el agente prusiano no ha temido asegurar oficialmente, en sus informes, que la idea de una monarquía encontraba adeptos en la mejor sociedad de México, y que la intervencion francesa era acogida con entusiasmo.

Pero todavía hay algo mas grave, mas inicuo. Vemos en los últimos diarios llegados de Francia por el paquete, en los oficiales como el *Monitor*, que el ministro Billault contestando al elocuente Jules Favre, en la sesion del cuerpo legislativo del 26 de Junio, ha asegurado: que el ministro de una potencia amiga que presta un apoyo benévolo á los franceses en México, ha informado al Gobierno imperial, con frecuencia, acerca de nuevos crímenes cometi-

dos por el Gobierno mexicano contra los extranjeros, añadiendo que los gobernantes de nuestro país habian dejado á un lado todo pudor y todo miramiento.

Este ministro, no es otro que Mr. Wagner.

Semejante calumnia es atroz en alto grado, porque á ser ciertos los hechos que supone, ellos solos justificarian la deslealtad de los comisarios franceses, la ruptura inopinada de las negociaciones y la resistencia de los gefes invasores para retirarse á Paso-Ancho, segun los convenios de la Soledad.

Y adviértase, que precisamente con ese objeto adujo Mr. Billault, el testimonio del enviado prusiano, pues tratábase de quitar de la frente del Gobierno francés esa negra mancha de villanía y de perfidia que los hombres honrados de la Francia ven con indignacion y con vergüenza, y que un diputado generoso se atrevió á señalar, en presencia de toda la Europa y en nombre del pueblo francés, porque ciertamente, ese pueblo no debe ser responsable de las infamias que cometen sus tiranos.

Ahora bien: supuesto que Mr. Wagner es quien ha facilitado esa arma vil, nos toca á nosotros interrogarle en alta voz, en nombre del honor nacional herido por él, provocarle á que justifique aquí sus asertos ó desmentirle á la faz del mundo, y abandonar al fallo que sobre su conducta innoble, pronuncien los pueblos civilizados.

Que diga de dónde, y por qué ha inferido que el pueblo mexicano acoge con placer la idea de una monarquía y la intervencion francesa? Quién se lo ha dicho? ¿Qué acontecimiento se lo ha demostrado? Qué oráculo popular consultado por él, le ha hecho semejante revelacion?

¿Conoce Mr. Wagner de algun modo la ciencia política? Pues entonces, debe saber cuáles son en

todas las naciones, los órganos verdaderos de la opinión pública. Y no es por cierto en la charla de un *té íntimo*, ni en un almuerzo, ni en las conversaciones apasionadas de un agiotista extranjero, ni en la miserable impaciencia de un traidor cobarde, donde se van á estudiar los deseos de una nación, ni las opiniones sanas de una sociedad.

¿A qué congreso desconocido asistiera Mr. Wagner, que tan convencido se muestra? Qué Estado, qué población, qué villorio siquiera que no esté bajo la presión de las bayonetas francesas, ha pedido un monarca ó alargado sus brazos á los invasores? En qué rincón de la República mexicana no se ha escuchado un grito de ira contra el Gobierno francés? Qué pueblo, por lejano que sea, no ha dirigido al ejército mexicano una mirada de simpatía y de gratitud, después que en los campos de Puebla supo quebrantar el orgullo de esos soldados del imperio que, preconizando sus ideas de libertad, de civilización, de grandeza y de generosidad, se creen con derecho para ultrajar á un pueblo libre, aunque desgraciado?

¿Cree acaso Mr. Wagner que habrá un digno hijo de esta patria, que no esté pronto á sacrificar su vida por la independencia? ¿No vé el perspicaz diplomático que el pueblo pide armas, que los soldados se impacientan en el campamento, que aun nuestros hermanos emigrados en la Alta-California se ofrecen á millares para venir á combatir por su país, que en las Repúblicas sud-americanas la juventud generosa no pide mas que trasportes para venir á derramar su sangre al pié de nuestras banderas, mientras que los ancianos compañeros de Bolívar y de San Martín organizan sociedades para dar el grito de alarma en todo el continente de Colon?

Pues qué, ¿piensa Mr. Wagner que se amenaza

impunemente la libertad de América que ha costado rios de sangre á sus valientes hijos? ¿Cree que se olvidan fácilmente tres siglos de esclavitud, de lágrimas y de miserias para poder hoy amar el antiguo yugo de la tiranía?

Quien así crea que el pueblo mexicano ha perdido la memoria de sus gloriosas tradiciones y de su antiguo odio á los déspotas, no abunda en discernimiento, no debe envanecerse de su prevision, no llegará á ser, sin duda, ni un Metternich, ni un Pitt, ni un Cavour, en toda su vida.

Pero ya se ve: existe en México, por desgracia, un pequeño círculo de traidores, lepra de todos los países invadidos, y este círculo es el que Mr. Wagner pretende hacer pasar en Europa, como el órgano de nuestra sociedad. ¡Qué horror!

En efecto, en la guerra actual, mientras que la nación entera se levanta indignada contra los invasores; solo permanecen impasibles y aun desean la monarquía, unos cuantos agiotistas extranjeros, como Jecker por realizar su ensueño desvergonzado: unos cuantos pretorianos famélicos, inútiles y cobardes á quienes la ira popular arrojó de los festines del clero, después de ser pisoteados: unos cuantos frailes impúdicos que esperan que la Francia les vuelva á ellos y á sus concubinas, las cosechas del fanatismo, para recomenzar las saturnales de los antiguos conventos: unos cuatro ó cinco *nobles* cuya casa solariega está en las tabernas, en los garitos y en las ladroneras; pero que piensan ser duques ó marqueses del imperio francés, y por último, un número mas grande, es verdad, de viejas parásitas del clero.

Este es el órgano del pueblo mexicano, segun Mr. Wagner, estas sabandijas son las que suspiran por un rey, estos son los únicos aliados que tendrán en

México esos soldados franceses, que peleando por la libertad en Italia, hallaron á su lado á Víctor Manuel y á José Garibaldi.

Esta es la parte sana que tanto ha impresionado á Mr. Billault por los informes de Mr. Wagner, y á la cual el generoso y elocuente Julio Favre ha calificado tan bien, relegándola al desprecio del mundo entero.

¡Oh Mr. Wagner! ¡Mr. Wagner! Haciéndoos el panegirista de semejantes reptiles, os estais perjudicando en vuestra buena reputacion!

Si el ministro de Prusia ha creído que Márquez, Vicario, Galvez y esos otros traidores que se han reunido á los franceses, son los órganos de la nacion mexicana, no solo seria poco cuerdo, sino que abordaria el ridículo. ¿Qué significa un puñado de asesinos y de truhanes asquerosos, que el pueblo mexicano arrojó de su seno y relegó á los bosques, que toda sociedad civilizada arrojaría tambien porque es una podredumbre insoportable? Vistos con horror por todas partes, perseguidos sin cesar hasta en sus guaridas, espantados del odio que provocarían sus crímenes, huyendo despavoridos siempre delante de los soldados del pueblo, sin esperanza de triunfo, sin otro porvenir que el del patíbulo ó el de los presidios, estos hombres, estos mónstruos se fueron á reunir á los franceses, como podrian haberse reunido á las fieras, por saciar su sed de sangre y de esterminio, por alentar su cobardía, por ayudar al extranjero á destrozar á su patria, único crimen que les faltaba, único placer infame que no habian saciado.

¡Vergüenza eterna á las banderas que les dan asilo!

¡Sí! que la Francia extraiga del suelo mexicano, ese fango inmundo para manchar sus pabellones.

Ella será quien tenga el trabajo difícil de lavarse de él, ella será quien sufra los menosprecios de los pueblos honrados.

Volvamos á Mr. Wagner.

En cuanto á las denuncias que ha hecho al Gobierno frances acerca de los nuevos crímenes cometidos por el gobierno mexicano, poco debe hablarse, no hay necesidad de decir á Mr. Wagner mas que estas palabras, que si es delicado escuchará: "*Enumerad esos hechos, probadlos, indicad siquiera cuáles son, ó mentís!*"

El sabe perfectamente que antes bien, estamos pecando de tolerantes, y que no hay pueblo alguno que estando en guerra con una nacion, cuyo gobierno ha procedido con deslealtad, cuyo ejército haya cometido hechos piráticos, enriquezca, mime y considere tanto á los hijos de ella, que pudo expulsar, usando de su derecho.

Quizás por esta tolerancia, aun no hemos puesto coto á las inconveniencias del mismo Mr. Wagner sobre el cual debe llamarse de nuevo la atencion del Supremo Gobierno.

No es discreto dejarle en la senda de Pacheco y de Saligny, pues este disimulo siempre nos ha acarreado males de consecuencia. En los dias de Zuloaga y de Miramon, Mr. Gabriac, Monseñor Clementi y el embajador español conspiraron abiertamente en favor de aquellos dos facciosos y contra la nacion entera que reconocia al gobierno legítimo de Veracruz. Vino éste á México, y el Sr. Ocampo, ministro entonces de relaciones exteriores, se mostró digno, dando sus pasaportes á los que así habian cambiado su carácter diplomático por el de revolucionarios en un pais que no era el suyo.

Porque es lo justo: cuando un ministro extranjero conspira de este modo, traslimitando el círculo

de sus derechos y prerogativas, y violando las leyes sagradas del Derecho de gentes; el gobierno á quien daña, está en su perfecto derecho de expulsarle de su territorio. Este es un axioma reconocido y confirmado por numerosos ejemplos históricos.

Dejarle contemplar en silencio su conducta, cuando ella consta de un modo cierto, es aprobar tácitamente sus calumnias y tener en poco la dignidad de la nacion.

De todas maneras y á pesar de los buenos deseos de Mr. Wagner, él puede estar seguro de que lejos de suspirar México por la monarquía y por la intervencion, sabrá defender su independencia, y de que no es improbable todavía que dé una leccion mas severa aún á los soldados del déspota francés, porque, aunque nuestras tropas no sean veteranas, aunque estén sujetas á las privaciones, aunque no sean iguales en antecedentes militares á las tropas francesas, defienden la libertad de su patria, y cuando esto sucede, los pueblos hacen milagros.

Que lo diga la Prusia que aun se avergüenza de Valmy.

México, Agosto 5 de 1862.

*Ignacio Manuel Altamirano.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

EL SALON EN 1879—1880

IMPRESIONES DE UN AFICIONADO

ARTÍCULOS PUBLICADOS EN EL DIARIO "LA LIBERTAD."



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

IMPRENTA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON

CALLE DE LERDO NUMERO 2.

1880

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

EL SALON EN 1879—1880

IMPRESIONES DE UN AFICIONADO

ARTÍCULOS PUBLICADOS EN EL DIARIO "LA LIBERTAD."



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

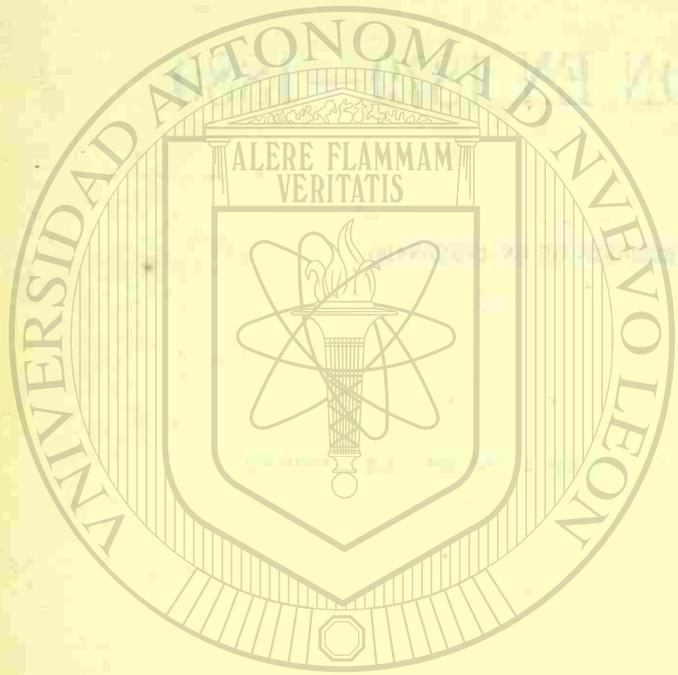
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

IMPRESA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON

CALLE DE LERDO NUMERO 2.

1880



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

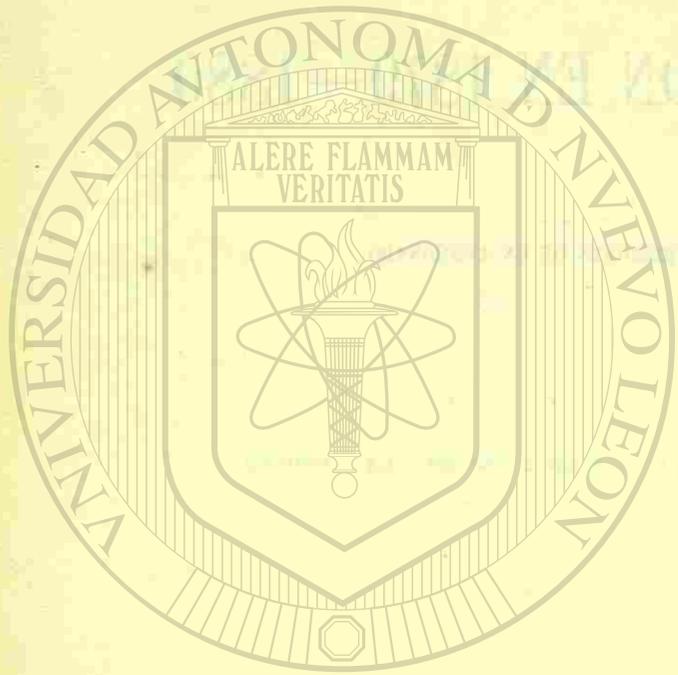
## EL SALON EN 1879—1880

IMPRESIONES DE UN AFICIONADO

I

DESPUES veces habia yo salido de la antigua Academia de San Carlos, despues de visitar la Exposicion de las obras de Bellas Artes, con el ánimo rebotando esperanzas. Esta frase *México es la Italia del Nuevo Mundo*; á fuerza de resonar en nuestros oídos, ha llegado á adquirir el rango de un axioma y á producir en algunos una especie de infatuacion. En cambio, ella tiene la culpa de que suframos frecuentemente extrañas decepciones.

Cada año que pasa, y es natural, espera uno sorprenderse con una maravilla de Arte, que venga á confirmar la regla de que todo progresa en este mundo, y á consolarnos pensando que es-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EL SALON EN 1879—1880

IMPRESIONES DE UN AFICIONADO

I

DESpués de haber salido de la antigua Academia de San Carlos, después de visitar la Exposición de las obras de Bellas Artes, con el ánimo rebotando esperanzas. Esta frase *México es la Italia del Nuevo Mundo*; á fuerza de resonar en nuestros oídos, ha llegado á adquirir el rango de un axioma y á producir en algunos una especie de infatuación. En cambio, ella tiene la culpa de que suframos frecuentemente extrañas decepciones.

Cada año que pasa, y es natural, espera uno sorprenderse con una maravilla de Arte, que venga á confirmar la regla de que todo progresa en este mundo, y á consolarnos pensando que es-

tamos en materia de Pintura, de Escultura, de Grabado, en el período de la ascension, puesto que la Edad de Oro de estas Artes no ha brillado todavía para México.

Y cada año que pasa, nuestras aspiraciones y nuestros deseos caen como hojas secas.

Me ha ocurrido preguntar á algun aficionado más viejo que yo, y aun á personas perspicaces y observadoras, en qué consiste semejante fenómeno, deseando vivamente que me contestaran que consistia en una aprension infundada de mi parte.

No; casi todas esas personas están de acuerdo conmigo en la apreciacion, y solo difieren en las causas que asignan al estancamiento artístico indicado. Unas lo atribuyen á la falta de porvenir que tienen en nuestro país el pintor, el escultor, el grabador y el arquitecto, porque nadie los protege. ¿Será esto verdad?

Examinémoslo: En primer lugar, los gobiernos de México es cierto que no consagran en sus presupuestos anuales una gran cantidad para establecer concursos, para erigir estatuas, para formar una galería histórica, para dar trabajo productivo á los artistas; pero há mucho tiempo que hacen lo que pueden para sostener una Escuela Nacional de Bellas Artes, para alentar á los alumnos que se dedican al estudio elemental de estas, pensionando á los más aprovechados en la misma Escuela, enviando á otros á estudiar en los Museos de Europa y facilitándoles, en suma, la manera de obtener posicion y renombre.

En segundo lugar, hay que advertir que nuestro Erario, á causa de su constante pobreza, no podría, sin desatender á ramos preferibles, á la industria y á las mejoras materiales por ejemplo, subvencionar obras que son en la vida nacional lo que es el lujo en la vida privada. Por otra parte, los artistas, así como los industriales, los comerciantes y los que se dedican á las mejoras materiales, no deben esperar todo del Gobierno.

Este es un error que nos ha causado y nos causará todavía muchos males; entraña absurdos económicos que matan la emulacion que debe despertarse en las clases laboriosas por el esfuerzo individual, y por último, es un error que, aceptado como se está aceptando, engendra un desaliento profundo en unos, ó

hace depender á otros del peor de los aviadores: del Tesoro Público.

Ya se ve, pues, que los gobiernos no pueden ser la causa de que las Bellas Artes se mantengan estacionarias en México.

¿Se trata del público? Hay más razon para quejarse de él. Nuestros ricos gustan más de adornar sus casas con muebles suntuosos que con buenas obras de Arte. Los industriales mexicanos y los comerciantes extranjeros, que son los aprovechados, se felicitan de ello. Nuestros artistas no concurren al adorno de las casas ricas, y se quejan. Lo peor es que ni los artistas europeos tienen mejor suerte con nuestros hombres adinerados. Es rarísimo encontrar en una casa opulenta de México una galería de pinturas; es rarísimo encontrar en un salon un cuadro valioso, un bronce exquisito, un mármol notable, siquiera un grabado de mérito. Fotografías no siempre buenas, juguetes de zinc, muñecos de pasta, hé aquí los adornos que se creen de buen gusto.

Por este lado los artistas tienen razon. Pero en cambio hay en México no pocos hombres de posicion mediana que rinden culto al Arte y que hacen gustosos un sacrificio por obtener una obra bella. Tales hombres bastan para estimular el talento de los artistas. Además, la prensa, es necesario hacerle justicia, se encarga y se ha encargado siempre con empeño de popularizar un trabajo de valor cuando se ha presentado en nuestras Exposiciones. La crítica ha sido benévola en demasía, lo que suele ser dañoso á los jóvenes pintores y escultores, pues les hace formarse una idea exagerada de sus obras y creerse en la cumbre de la perfeccion artística, enamorándose así de sus defectos como de otras tantas bellezas, y deteniéndose en su aprendizaje, que no debe tener por término más que la muerte ó la retirada del taller.

Pero, como se ve, los particulares, la prensa, los hombres pensadores dispensan también la proteccion que pueden á las Bellas Artes. En cuanto á la masa general del público, puede tener mal gusto, y lo tiene en efecto; eso depende de su falta de cultura intelectual; pero toca á los artistas precisamente educarla como la han educado en Europa desde la época del Renacimiento hasta nuestros dias. La tarea es larga, pero debe emprenderse sin des-

canso. ¿Acaso Leonardo de Vinci y los predecesores de la Regeneración del Arte en Italia encontraron á un público ya dispuesto? Para hacer caer las tradiciones bizantinas y el culto que se les tributaba, se ha necesitado de más genio y energía que para destruir las obras divinas del Arte griego. Ya se sabe que el mal gusto resiste más que el bueno. Pero es una verdad que los pintores y los escultores, lo mismo que los poetas, los músicos y los actores, forman al público, y luego este, ya despierto á los goces del bello ideal, educa á su turno á los artistas. Es una enseñanza mútua. La protección, pues, que los artistas en México deben solicitar del público, es de atención y de benevolencia por ahora. Si no encuentran compradores para sus obras aquí, no les sería difícil encontrarlos en los Estados Unidos, donde el gusto artístico ha hecho progresos rápidos, donde millares de capitalistas adquieren á precios subidos los cuadros de Meissonier y otros pintores de nota europeos, y donde los nuestros hallarían acogida, con tal de que fuesen buenos. Ya en este siglo el genio y el talento no sucumben en la oscuridad. Que haya trabajos bellos, y habrá compradores.

Pero aun cuando no los hubiera, aun cuando los artistas realmente tuvieran por único porvenir la miseria, esta sería razón para que hubiera pocos, pero no para explicar la parálisis artística que lamentamos. En Italia, dice un clásico historiador de la pintura italiana, los pintores eran tan pobres, que para ponderar la indigencia de algún individuo se decía que era *misera-bile com'un pittore*, lo que equivale á la frase de nuestros días: *pobre como una rata de iglesia*.

Y sin embargo, esos pobres pintores fundaron las admirables escuelas de Roma, de Florencia, de Bolonia y de Venecia, hicieron renacer las Artes y dotaron á la Italia entera con obras maestras inmortales. La pobreza, por otra parte, no ha sido nunca en la Ciencia, en la Poesía y en las Bellas Artes, motivo bastante para detener el vuelo del genio.

Algunas otras personas atribuyen á nuestras revoluciones nuestra situación artística, como si las Artes Griegas no hubieran florecido en medio de las tempestades de la guerra, como si

el Renacimiento en Italia no se hubiera verificado en medio de revoluciones y de luchas internacionales, y á pesar de las dificultades provocadas por la Reforma, y como si la Escuela flamenca no hubiera echado sus cimientos durante la porfiada guerra de independencia sostenida por los Países-Bajos.

Es muy común decir que á la sombra de la paz florecen las Bellas Artes; pero se olvida que el genio de los grandes artistas debe á la agitación y á la lucha sus más bellas inspiraciones.

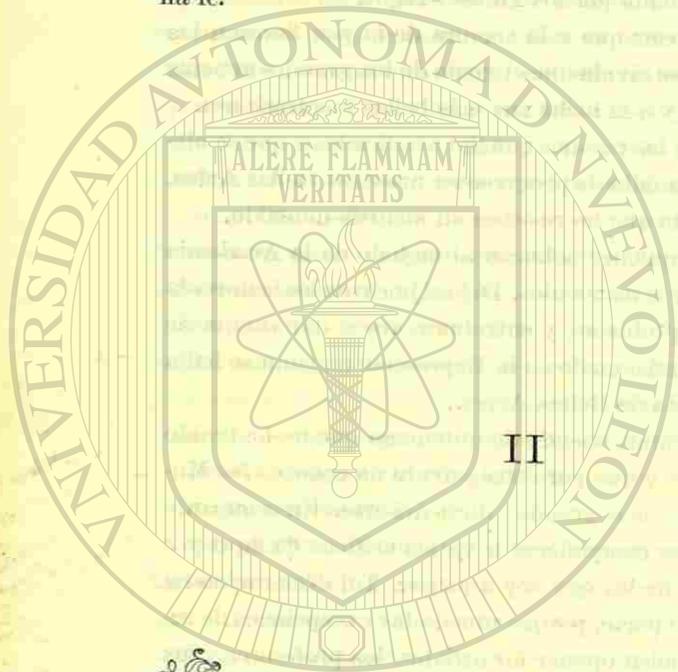
Yo creo que todas las razones que llevo indicadas y que se alegan para explicar la falta de progreso en nuestras Bellas Artes, son tristes paradojas que no resisten un análisis detenido.

Finalmente, hay quienes achacan al método de la Academia la pobreza de las obras nacionales. Dejo al juicio de los lectores la resolución de este problema, y entretanto voy á dar cuenta de mis impresiones de aficionado en la Exposición que aún se halla abierta en la Escuela de Bellas Artes.

Debo comenzar estableciendo de antemano que no he tenido la fortuna de viajar, y que por consiguiente no conozco los Museos que ostentan las más grandes obras del arte. En semejante infortunio tengo por compañeros á varios críticos de aquí y á numerosos artistas de los que voy á juzgar. Tal declaración ha sido necesaria de mi parte, porque una de las excepciones de incompetencia que suelen oponer los artistas, los profesores y sus patronos, al que como yo se atreve á dar su opinión sobre las obras de Arte, es la de que no ha viajado por Europa y no conoce las obras maestras de los grandes artistas para poder calificar con acierto las obras no maestras de los artistas mexicanos. Parece, según los que así discurren, que para conocer si la forma y el colorido son bellos, si el ideal está bien expresado, si los árboles, los prados, las aguas, las montañas y el cielo están conformes con la realidad, se necesita estudiar todo esto en los cuadros de los Museos de Europa.

A ser cierto, efectivamente yo no podría dar mi opinión, porque no he tenido á mi alcance otro Museo que el de la Naturaleza. ¡La pobre Naturaleza! Además, sospecho que me asiste un poco de sentido común.

Con tan pobre bagaje me he permitido consignar en las líneas que van á seguir, mis impresiones de arte. No pretendo, por lo mismo, darles ningun carácter de autoridad. Hijas del sentimiento individual, no tienen otro sello que el de una severa buena fe.



ENTREMOS en la Academia. A la derecha de la gran puerta se halla la sala de escultura de los alumnos: en ella se muestran los progresos de la Escuela, durante dos años (1878-1879).

Con excepcion del busto de la *Niobe* del alumno Schleske, del *Nilo* de Revuelta que parecen regularmente ejecutados; de la *Bacante* y el *Sileno* de Sandoval, bustos originales de un carácter antiguo, y del busto de *Hidalgo* que es un ensayo feliz de Galvanoplastia, lo demas no presenta nada que merezca una atencion particular.

Una observacion: bajo el punto de vista del Arte, habria valido más que el jóven Sandoval hubiese estudiado una bacante furiosa, y no esa cabeza tranquila y dulce que no se llama ba-

cante sino porque está adornada con los atributos de una sacerdotisa de Baco. Sin esos atributos, podria llamarse vestal, mártir cristiana ó simplemente Doña Fulana de Tal, dama de nuestros tiempos.

Estas cabezas que no ofrecen dificultades en su estudio, que no se caracterizan por una expresion especial, no valen la pena de presentarse en una Exposicion. El alumno Sandoval debe, no obstante, continuar en sus trabajos clásicos: ellos le brindan con las más altas inspiraciones del Arte.

En cuanto á las obras del alumno Guerra, hé aquí una opinion como cualquiera otra: La *Virgen María* es vulgar, aunque bonita; la *virgen cristiana en éxtasis* es simplemente una figura sepulcral; el bajorelieve de las *Marías en el sepulcro* de Cristo es frio y sin movimiento. El conjunto, si se exceptúan las formas que pertenecen al arte moderno, parece un bajorelieve de la época llamada *ojival* y que cuadraba bien por su rigidez con la arquitectura de la Edad-Média. En detalle, la frente soñadora, la fisonomía apasionada y crédula de María de Magdala no son esas del bajorelieve; las otras Marías no tienen la actitud de sorpresa vulgar propia de sus naturalezas inferiores, al saber que Cristo ha resucitado. El ángel carece de majestad; es un muchacho que sale de un escotillon. El grupo es desgraciado. Es apenas una circunstancia atenuante la del buen estudio de los paños.

El alumno Guerra muestra una vocacion decidida para las manifestaciones del Arte Cristiano, pero necesita para salir adelante en tamañas empresas, de una gran dosis de inspiracion poética y de gran dominio de las dificultades de ejecucion.

Precisamente porque el Arte Cristiano prescribe al escultor salir del dominio de la plástica y remontarse hasta la esfera del sentimiento religioso, las obras, para que sean felices, deben presentar un conjunto de cualidades que arrebaten el ánimo. No es el espectador quien debe ir predispuesto á comprender el pensamiento del artista; es este el que debe subyugar el espíritu del espectador. Así pues, las notas en el catálogo están de más, á no ser que sean necesarias para explicar un asunto desconocido. Los

pasajes del Evangelio están al alcance de todo el mundo y deben ser comprendidos á primera vista, en fuerza de la expresion artística. Y si no se comprenden, basta que se admire y sienta la belleza, que es el primer objeto del arte. Cuando contemplamos el grupo del Laocoon no necesitamos que se nos recite la Eneida de Virgilio para sentir toda la belleza de esa expresion inmortal del dolor, para sentir "esa alma grande que se pinta en medio de los más violentos sufrimientos de Laocoon, y no solamente sobre su rostro," como dice Winkelmann.

Dejemos esta sala triste. Para ser de dos años, es bien pobre el producto que la Escuela presenta en materia de Escultura.

La sala de la izquierda contiene las obras remitidas por particulares.

El *Netzahualcoyotl* del apreciable artista Manuel Islas, afortunadamente es un boceto. Puede variar todavía el tipo del rey-poeta de Texcoco, que como el otro rey-poeta de Israel, David, era un hombre enérgico y feroz, guerrero, valeroso más bien que filósofo apacible. Hay que agradecer al Sr. Islas este nuevo ensayo de estatuaria nacional, aquí donde tan pocos se dedican á pedir á la historia patria sus inspiraciones artísticas.

La obra que llama la atencion y justamente, en esta sala, es el grupo de tierra cocida de Focardi, propiedad del Sr. Ramon Guzman. Está formado de una vieja que lava á un muchacho, y caracteriza admirablemente la expresion familiar que se halla escrita en inglés, á su pié. En ese grupo sí hay vida, hay movimiento, hay una belleza suprema. El Arte, el verdadero Arte, tiene el privilegio de conmovér, de seducir; el ánimo no es libre, en presencia de lo bello, de sustraerse á su influjo, que es irresistible, así para las naturalezas elevadas como para las organizaciones incultas. Ellas sentirán de diversa manera, apreciarán la perfeccion artística, segun el grado de educacion que posean, pero es indudable que serán unánimes en la admiracion de lo bello. Así, estoy seguro, de que el escaso público mexicano que ha desfilado delante de ese grupo delicioso de Focardi, del mismo modo que el numerosísimo que desfiló tambien delante de él en la Exposicion de Paris, debe haber llevado una impresion gratísima y duradera.

Allá en aquel grandioso certámen, segun sabemos por los periódicos, llamó la atencion; aquí la llama con mayor motivo, en medio de una sala desierta de obras que pudieran eclipsarlo.

El grupo para el centro de una fuente, boceto original de Fernandez, es gracioso. Está inspirado en los más bellos monumentos mitológicos de la antigüedad. El Caballo marino, la Nereyda, el Neptuno niño, son bien modelados; el dios marino que surge de las ondas para detener el caballo, es un pensamiento feliz y bien manifestado. Aun cuando ese boceto no llegue, en una fuente pública, á constituir una de nuestras bellezas monumentales, él hace honor al talento del Sr. Fernandez, talento clásico y de porvenir. No hay ya en la sala más que dos bellos bustos en mármol, de Napoleon I y de María Luisa, de autor desconocido, y en esa virtud la abandonamos.

Hay que atravesar despues los venerables salones en que se ostentan los maravillosos modelos del Arte Griego, y que desde los tiempos de Carlos IV se hallan allí inspirando á los alumnos de la Academia, lo que era de esperarse, el gusto por los Santos, las Marías y los Calvarios, en que tanto se han ejercitado.

Llegamos á una sala en que hay bustos en mármol. . . . ah! son los fundadores, protectores, directores y demas personas de la estimacion de los antiguos académicos. D. Manuel Tolsa (es muy justo), D. Javier Echeverría (tambien muy justo), el Sr. Gil (igualmente justo); luego siguen D. Anastasio Bustamante, D. Lucas Alaman, D. Luis G. Cuevas, D. Bernardo Couto, D. Joaquin Pesado, el General Santa-Anna, de uniforme y condecoraciones, y algunos más. . . . Ni un solo héroe de la Independencia, ni un solo mártir de la Reforma. Estos tipos no eran del agrado de los antiguos académicos, y parece que no lo son tampoco de los actuales. Eso va en gustos.

Pero siendo hoy una Escuela Nacional de Bellas Artes esta, habria derecho de esperar que el talento de los alumnos se ejercitase en el estudio de alguno de los Padres de la Patria, á fin de eternizar su figura en el mármol ó en el bronce. Habria en ello el doble mérito de rendir un homenaje que todos los mexicanos debemos á los que nos dieron patria, y de estudiar artís-

ticamente algunas de aquellas cabezas enérgicas y hermosas con la hermosura del genio y del heroísmo. Los escultores no perderían su trabajo ni se quejarían por la falta de estímulo y de protección. El Tesoro de la Federación y el de los Estados no podrán tal vez pagar una estatua colosal, pero fácilmente recompensarían el trabajo de un busto. Por ejemplo, si un artista hubiese logrado reproducir el busto del gran Morelos, si hubiese podido hacer vivir en el mármol ó en el bronce aquella cabeza altiva, aquellas facciones acentuadas que expresaban una energía sin igual, aquel conjunto, en fin, en que resplandecía el genio de la guerra, puede asegurarse que más de tres Estados habrían competido para la adquisición de una obra semejante, y que el Gobierno Federal, la ciudad de México, varios Municipios, habrían pedido nuevos ejemplares.

Y lo que se dice del busto de Morelos puede decirse de muchos de nuestros héroes y de los hombres de la Reforma: de Ocampo, de Miguel Lerdo, de Juárez.

Si en vez de consagrarse á esta patriótica y útil tarea, los escultores se dedican á hacer *vírgenes en éxtasis*, ahora que no hay frailes, y que aun cuando los halla no gastan el dinero de la *contenta* en comprar imágenes, es difícil que obtengan recompensa en sus trabajos.

Verdad es que los artistas, independientes por carácter, dirán que ellos no obedecen sino á sus inspiraciones, y que el vil lucro no es un estímulo bastante para someter su talento á las exigencias de la vida.

Bien dicho; pero los compradores dirán á su vez que ellos tampoco se consideran obligados á gastar su dinero en obras de arte que no necesitan ó que no les agradan. Cada cual está en su derecho. De ahí resulta que los artistas, por no haber comprendido su tiempo, se quedan pobres y lamentándose de su suerte, y los compradores tienen que acudir á artistas extranjeros en demanda de lo que necesitan.

Continuemos; subamos: la sala de los grabados ostenta sus paredes tapizadas de bellos ejemplares de las más famosas obras.

Veamos los trabajos de los alumnos. Aquí hay algo: dos alum-

nos son los únicos que presentan estudios; pero hay que felicitarlos; su talento promete y sus obras son apreciables. El joven Miguel Portillo, que á una imaginación viva y poética reúne gran afición á la Literatura y vocación entusiasta para las Bellas Artes, se ha dedicado tiempo há á una muy estimable y en la que podrá obtener envidiable reputación; hablamos del grabado al agua fuerte, del Arte que dió á Rembrandt un título más á la gloria, y que lejos de perder la supremacía que conquistó desde su aparición, cada día se consolida en ella, á pesar de los adelantos asombrosos que han hecho en nuestro siglo el grabado sobre acero, el grabado en talla dulce y el grabado en madera, que casi han llegado al *nee plus ultra* de la perfección artística.

Varias son las producciones de este alumno en el bienio que acaba de pasar. Un retrato del *Baron de Humboldt*; una composición original que lleva por título *Mi Madre*, y que se recomienda por su carácter patético; un retrato original del Sr. Lic. Ignacio Ramirez; dos láminas originales, y por último, un grabado en acero tomado del admirable cuadro de Zurbaran *El Castillo de Emaus*, que es una de las joyas de nuestra galería antigua. En todas estas obras el Sr. Portillo ha mostrado cualidades nada comunes como dibujante y como grabador. Quizás el retrato del Sr. Ramirez deja algo que desear como parecido; quizás mayor estudio en las sombras y más delicada aplicación del buril en los contornos habrían sido necesarios en este pequeño trabajo; pero como lo suponemos una improvisación, y además él no es un estudio capital, es disimulable su imperfección, y nos fijamos de preferencia en los grabados de un tamaño mayor. Debe recomendarse el esmero en el *Castillo de Emaus*, hoy sin concluir, porque él tiene que reproducir dignamente en la estampa uno de los más grandiosos cuadros del célebre Zurbaran, cuadro que por la majestad y energía de las figuras, por el asombroso juego de la luz en contraste con la densa sombra del fondo, ofrece enormes dificultades al grabador.

El otro alumno, Ocampo, premiado en la Escuela, presenta algunos grabados en madera. Es verdaderamente lamentable que no se dediquen los jóvenes dibujantes al Arte del grabado

en madera, que está llamado á ser en México, por el progreso de la publicidad, uno de los ramos más productivos. Cuando en Europa y en los Estados-Unidos los adelantos que ha hecho el grabado en madera son, como acabo de decirlo, asombrosos, en México todavía estamos en la infancia, todavía no pueden ilustrarse nuestras obras científicas ó romanescas de una manera agradable, y tenemos que ocurrir siempre á la Litografía para todo, lo que es impropio aunque sea más barato.

Se aducen varios motivos para explicar la poca afición que hay en la Escuela de Bellas Artes para el grabado: todos ellos son contestables. La verdad es que no se quiere cultivar un ramo artístico tan bello como útil.

Ya lo vemos; no hay más que un alumno en la clase. Los que ha habido antes se han contentado con hacer pequeños ensayos y no han emprendido nada digno de atención.

Por eso hay que estimar en el alumno Ocampo el que se haya decidido á consagrarse á un trabajo abandonado por todos. Hay que estimarle todavía más que haya tenido la idea loable de reproducir el hermosísimo cuadro de Sagredo *El Castillo de Emaus*, cuadro que, en mi concepto, es la obra maestra que brilla en la galería moderna de la Escuela, y que constituye por sí solo una gloria para las Bellas Artes mexicanas.

También debe recomendarse al alumno Ocampo el empeño en concluir su obra más difícil todavía de llevar á cabo que la copia del cuadro de Zurbaran; pero cuyo éxito asegurará á su autor un nombre honrosísimo.

La sala del Grabado en hueco contiene trabajos dignos de mención. Los alumnos Torres, Cisneros, García y Ramirez presentan estudios que rivalizan en belleza de ejecución.

Pero tenemos prisa por llegar á las salas de Pintura. Así, echamos una rápida ojeada á los dibujos, litografías y fotografías, que forman diversas secciones, y sin disimular nuestra impaciencia nos dirigimos á ese otro santuario levantado al número de lo bello, y entramos en él, poseídos de una especie de veneración religiosa.

Hé ahí, pues, la Pintura: restreguémonos los ojos.

### III

**A**TOUT SEIGNEUR TOUT HONNEUR. Los cuadros presentados por personas que no son alumnos de la Escuela, reclaman nuestras miradas, de preferencia. Estas personas son artistas ó aficionados que han adquirido cierta notoriedad y que están obligadas á mantenerla cuando no á acrecentarla.

Aquí debe acentuarse nuestro progreso artístico. No se trata ya de muchachos que acaban de soltar el lapicero para empuñar el pincel y que comienzan á aprender la teoría de los colores fundamentales y de los colores mixtos. No se trata ya tampoco de saber si la quincuagésima copia de la *cabeza* de Pina, ó la sexagésima del *Dante* y *Virgilio* de Flores están buenas, ni si los colores chillantes que dominan en esta Academia desde el tiempo de Clavé, que nos quieren hacer pasar como género del Renacimiento y que otros menos resignados llaman género *papilloné*, se hallan bien reproducidos. No, señor; los autores de estas obras son pájaros que han roto el huevo del aprendizaje, son lepidópteros que han dejado la fría película de crisálidas de San Carlos y vuelan hoy al aire libre posándose de flor en flor para libar su

en madera, que está llamado á ser en México, por el progreso de la publicidad, uno de los ramos más productivos. Cuando en Europa y en los Estados- Unidos los adelantos que ha hecho el grabado en madera son, como acabo de decirlo, asombrosos, en México todavía estamos en la infancia, todavía no pueden ilustrarse nuestras obras científicas ó romanescas de una manera agradable, y tenemos que ocurrir siempre á la Litografía para todo, lo que es impropio aunque sea más barato.

Se aducen varios motivos para explicar la poca afición que hay en la Escuela de Bellas Artes para el grabado: todos ellos son contestables. La verdad es que no se quiere cultivar un ramo artístico tan bello como útil.

Ya lo vemos; no hay más que un alumno en la clase. Los que ha habido antes se han contentado con hacer pequeños ensayos y no han emprendido nada digno de atención.

Por eso hay que estimar en el alumno Ocampo el que se haya decidido á consagrarse á un trabajo abandonado por todos. Hay que estimarle todavía más que haya tenido la idea loable de reproducir el hermosísimo cuadro de Sagredo *El Castillo de Emaus*, cuadro que, en mi concepto, es la obra maestra que brilla en la galería moderna de la Escuela, y que constituye por sí solo una gloria para las Bellas Artes mexicanas.

También debe recomendarse al alumno Ocampo el empeño en concluir su obra más difícil todavía de llevar á cabo que la copia del cuadro de Zurbaran; pero cuyo éxito asegurará á su autor un nombre honrosísimo.

La sala del Grabado en hueco contiene trabajos dignos de mención. Los alumnos Torres, Cisneros, García y Ramírez presentan estudios que rivalizan en belleza de ejecución.

Pero tenemos prisa por llegar á las salas de Pintura. Así, echamos una rápida ojeada á los dibujos, litografías y fotografías, que forman diversas secciones, y sin disimular nuestra impaciencia nos dirigimos á ese otro santuario levantado al número de lo bello, y entramos en él, poseídos de una especie de veneración religiosa.

Hé ahí, pues, la Pintura: restreguémonos los ojos.

### III

**A**TOUT SEIGNEUR TOUT HONNEUR. Los cuadros presentados por personas que no son alumnos de la Escuela, reclaman nuestras miradas, de preferencia. Estas personas son artistas ó aficionados que han adquirido cierta notoriedad y que están obligadas á mantenerla cuando no á acrecentarla.

Aquí debe acentuarse nuestro progreso artístico. No se trata ya de muchachos que acaban de soltar el lapicero para empuñar el pincel y que comienzan á aprender la teoría de los colores fundamentales y de los colores mixtos. No se trata ya tampoco de saber si la quincuagésima copia de la *cabeza* de Pina, ó la sexagésima del *Dante* y *Virgilio* de Flores están buenas, ni si los colores chillantes que dominan en esta Academia desde el tiempo de Clavé, que nos quieren hacer pasar como género del Renacimiento y que otros menos resignados llaman género *papilloné*, se hallan bien reproducidos. No, señor; los autores de estas obras son pájaros que han roto el huevo del aprendizaje, son lepidópteros que han dejado la fría película de crisálidas de San Carlos y vuelan hoy al aire libre posándose de flor en flor para libar su

miel, es decir, estudiando la Naturaleza para copiar lo bello, allí donde existe verdaderamente.

Estos artistas no tienen ya la brida de la Escuela, ni se sienten detenidos por la barrera de la doctrina, ó para valernos de otra expresión, no usan ya los anteojos que les coloca la tradición sobre la nariz, y que semejantes á los anteojos de Maese Coppelius, el del cuento de Hoffmann, no dejan ver más que la misma muñeca, los mismos vestidos y los mismos gestos por donde quiera y á todas horas.

Han vestido la toga viril del arte, y son responsables de sus ideas. Tales reflexiones, hechas por supuesto en un abrir y cerrar de ojos, me detuvieron un segundo en el dintel sagrado. Eran el agua lustral con que deseaba purificarme de las tristes dudas, residuo de mis desengaños anteriores.

Entré con pié derecho en el salón é hice un giro de reclusa para echar una ojeada semicircular y sentir la atracción magnética de la gran joya allí oculta entre el *Cafarnaim* que tenía delante. Nada sentí.—Pero soy un iluso, me dije, esta atracción magnética del Arte no existe sino en la imaginación de los viajeros. El exquisito goce que produce lo Bello, y que se confunde con la atracción ó la simpatía, es hijo de la admiración, y la admiración no arrebató el espíritu sino después de una contemplación inteligente. Lo demás será sorpresa, será fascinación, pero no es sentimiento de la belleza.

Es preciso, pues, examinar con ojo sereno todos los cuadros, volver á verlos, pensar en ellos, estudiarlos para emitir una opinión que no corra peligro de fundarse en una percepción engañosa, en una observación poco atenta ó en consideraciones extrañas al Arte. El efecto que produce lo bueno no dejará de sentirse, y él nos avisará con su toque misterioso cuándo debemos admirar.

Y comenzamos:

Número 1.—*Las vejigas de jabón*, cuadro original de Chaplin, copia de la Srita. María Goulet.

El respeto debido al sexo hermoso nos obliga á inclinarnos. Después de lo cual hay que decir, que el Sr. Chaplin será muy buen pintor de *género*, pero en este cuadro no ha sido feliz. ¿Qué

ha querido representar aquí? ¿Un tipo de gracia simplemente? Pues no la hay en pintar á una joven ya grande, entretenida en lanzar al aire burbujas de jabón, como una simple. Hay un cuadro inglés de un autor cuyo nombre se nos escapa en este momento, y que representa á dos niños que se complacen en hacer burbujas y en contemplar cómo se disipan en el espacio. En ese cuadro sí hay propiedad, hay verdad; el artista sorprende á la naturaleza y la copia. Los niños entreteniéndose en un juguete propio de su edad; eso sí tiene gracia.

Hay otro cuadro encantador de T. Lobrichon, que dió á conocer al público mexicano, por medio de la fotolitografía, el periódico *El Artista*, dirigido por el inteligente aficionado Jorge Hammeken y Mexia, y que se intitula *La burbuja de jabón*, que representa también á un niño pequeño graciosísimo, haciendo burbujas con su manecita que agita el agua contenida en una jofaina. Esta imagen es risueña y es verdadera.

Pero dar á una muchacha grande, á una señorita casadera semejante entretenimiento, es estúpido. Queriendo el artista hacer sonreír con un cuadro gracioso, hace mover la cabeza con el retrato de una tonta.

Si, por último, la imagen es alegórica, como parece serlo, y se ha querido representar á la joven soñadora cuyas ilusiones brillan un momento y se disipan como las burbujas de jabón, tampoco acertó el artista, porque la habilidad consiste precisamente en convencer primero con la naturalidad de la imagen alegórica para hacer pensar después en la verdad que encierra la alegoría. La una conduce al espíritu hasta la otra. Es un procedimiento ideológico semejante al que se verifica en la reminiscencia.

Así, el cuadro inglés de que he hablado se intitula: *¡Hé ahí la gloria!* y esto parece como consecuencia natural. Pero en el cuadro de Chaplin no sabe uno de qué se trata, y lo primero que se ocurre decir es: *Hé ahí una imbécil*.

Podría haber empleado su tiempo precioso en un trabajo mejor la Srita. Goulet, que parece tener buenas disposiciones y una delicadeza en la ejecución, apreciable.

Número 2.—Copia de un grabado por la Srita. Francisca Cam-

pero. Yo creo que hacer pinturas copiando grabados es un gran defecto, y de ello hablaré largamente despues, fundando mi opinion. En este cuadrito tal defecto se hace perdonar, en gracia de la buena ejecucion en el trage de seda verde-olivo que lleva la dama y que está evidentemente copiado del natural, es decir, de un trage verde-olivo, colocado exactamente del mismo modo y con los mismos pliegues que marca el grabado. Si es así, será copia de un vestido, pero no de un grabado; de todos modos los toques son felices. Es cuanto hay que decir de tal cuadrito, en el que todo el mérito consiste en el vestido y nada más.

Como quiera que sea, es grato considerar que un arte tan útil como la pintura encuentra quienes le tributen culto, aquí, entre las señoritas mexicanas que solo quieren ser pianistas, puramente pianistas, á reserva de olvidar el piano cuando se casan.

Número 6.— *Patio interior de una hacienda en España*, original del Sr. Natal Pesado.

Si algo puede decirnos este cuadro, es que hay en España un patio interior más feo, más pobre y desagradable que los patios de nuestras haciendas *tlachiqueras*, y que solo es tan triste y tan insignificante la estacion del ferrocarril de *Irolo* ó la de *Paso del Macho*.

Como obra de arte no tiene nada de particular esta perspectiva, ni aspecto monumental, ni pintoresco, ni dificultades de luz, ni lontananzas, ni una miserable yerba que viniese á interrumpir la monotonía de ese caseron pardusco que más bien parece ser copiado de aquella vieja *vista* que ponen en el Teatro Nacional cuando suele representarse *La Berlina del Emigrado* y que Dios pudra lo más pronto. Amen.

Número 7.— *La mártir de Paul Delaroche*, copia por el Sr. José Cuevas.

¿Copia de quién? ¿De Paul Delaroche? No; evidentemente no, porque allí tenemos enfrente una copia del cuadro del célebre maestro francés, hecha en Paris por Ocaranza, y que reproduce el colorido propio, la luz del crepúsculo matinal, surgiendo de entre las colinas de la ribera, y rielando en las ondas amarillentas del Tíber, el color densamente pálido de la virgen y las

siluetas confusas de los pescadores destacándose en el fondo de un cielo todavía encapotado por las sombras nocturnas. Tal es el cuadro que Paul Delaroche intituló *Una mártir del tiempo de Diocleciano*, obra que, segun es fama, fué hija de un ensueño del artista y que todos recomiendan por su carácter profundamente poético. La crítica misma que tan acerbamente censuró otras obras de Paul Delaroche, particularmente las anteriores al año de 1844, y que no perdonó ni la famosa del *hemicyclo* de la Escuela de Bellas Artes de Paris, pareció acoger esta con benevolencia, merced á la inspiracion poética que le dió origen.

Ahora bien: ¿se parece en algo la copia del Sr. Cuevas á esa del Sr. Ocaranza? Salvo el dibujo que tiene, como es natural, ciertas analogías, los colores de uno y otro cuadro se parecen tanto como un huevo á una castaña.

En el cuadro del Sr. Cuevas es luz de luna lo que en el cuadro de Delaroche es luz de crepúsculo matinal; en aquel, las aguas del rio en que flota el cadáver de la mártir son azuladas; en este son amarillentas. Parece que siendo del Tíber deben ser de este color, y sobre todo, así las hizo el autor y sus razones tendria para ello. Por último, y es un detalle digno de la atenta observacion del Sr. Cuevas: en su cuadro, con ser luz de luna, luz muy blanca la que se refleja en el semblante y cuello de la mártir, las mejillas de esta, así como la frente y barba, presentan una leve coloracion de sangre, signo de vida que no se revela sino en las niñas que duermen ó que se desmayan atacadas de los nervios. Vice versa, en el cuadro de Ocaranza, copiado del original, con ser luz de aurora, luz que ya produce leves tintas rosadas en los objetos que alumbra, la mártir, sin embargo, no asume en su semblante y cuello sino la lividez cadavérica, algo, aunque muy poco, del color plumizo que censuraban los críticos en las carnes muertas de Delaroche.

Así pues, la copia del Sr. Cuevas todo podrá ser, menos copia del cuadro del pintor francés. Pues entonces, ¿de dónde copió? No lo dice el catálogo. Puede ser que haya copiado de otra copia, y entonces esta pintura es una pintura terciaria. Si es así, lo dicho debe ser aplicable á la copia que sirvió de modelo.

Pero de todos modos, sería bueno dejar establecido que el cuadro del Sr. Cuevas debe llamarse *La Mártir de Cuevas y C<sup>o</sup>* ó la *Mártir de Paul Delaroché, modificada por Cuevas*, pero no *La Mártir de Paul Delaroché*.

Lo que me parece más probable es que esta pintura, directa ó indirectamente, se ha copiado de un grabado del cuadro de la *Mártir*, y aquí viene bien asentar ciertas observaciones sobre la manía anti-artística de dar colorido á los grabados. Tales observaciones podrán aplicarse; ay! á varios cuadros que se ostentan en esta sala, como si merecieran llamarse obras de arte.

El pintor, el verdadero pintor, aquel que tiene el sentimiento de lo bello, y estima su dignidad de artista, y desea trasladar al lienzo, no lo primero que salga, sino estudiar la naturaleza, copiarla y acentuar la verdad de sus manifestaciones, con la belleza ideal que es la poesía de lo verdadero; ese artista, cualquiera que sea por otra parte la escuela pictórica que siga, no puede escoger más que dos medios. Si quiere estudiar á la Naturaleza en los grandes maestros que son sus intérpretes, debe copiar fielmente los cuadros en que ellos han consignado las bellezas sorprendidas por el genio ó el talento. Si quiere estudiar á la Naturaleza *chez elle* como dicen los franceses, debe buscarla, estudiarla, y en la medida de sus fuerzas, interpretarla.

Entonces, y solo entonces, el pintor es artista; copiando bien, es un imitador del maestro; interpretando felizmente las bellezas naturales, es un maestro.

En el primer caso puede tener también el interés de sorprender los secretos íntimos del Arte; en el segundo, el arte no es más que un medio para sus fuerzas creadoras.

Pero ¿qué interés ni qué objeto puede tener en hacer una obra que no es imitación exacta de otra, ni de la Naturaleza? ¿Ni qué bien puede resultar al Arte de esa mezcla abigarrada del dibujo ajeno y del colorido *discrecional* propio?

Una empresa tan inútil, apenas es creíble en quienes tienen idea siquiera de lo que es Pintura. Los maestros hacen mal en permitir á sus discípulos semejante profanación, y la Escuela de Bellas Artes hace más mal todavía en admitir tales cuadros.

Es sancionar un error artístico que se complica con una falta.

Si hubiera un código penal para los pintores, ese delito se clasificaría como el adulterio ó como la falsificación. Los expendedores de bebidas embriagantes hacen algo igual, cuando llaman *cognac* de cinco ceros á un brevahe hecho con ingredientes químicos, ó *champagne Cliquot* á la agua de peron fermentada.

Esos filtros tienen algo del sabor, pero no tienen la uva, como los cuadros de que hablamos tienen el aire, pero no el parecido.

Por otra parte, si copiando grabados y dándoles color, se pudiese al menos acercarse á la verdad del modelo, el defecto sería perdonable; pero esto es poco menos que imposible. Examinémoslo bajo el punto de vista práctico.

Copiar el grabado que, á lo sumo, presenta el claro-oscuro con el cual se ha esforzado el grabador en reproducir el efecto de luz sin poder determinar la variedad del colorido, y luego poner este colorido que no se conoce, arbitrariamente, es aventuradísimo, es desastroso casi siempre.

Supongamos, por ejemplo, que á una persona se le ocurre hacer un cuadro de la *Danae* del Tiziano, sin tener más que un grabado por modelo. Reproduce el dibujo, en hora buena; pero aplica el colorido, ¡el colorido discrecional en un cuadro del Tiziano, el gran colorista de Italia! ¿No es verdad que una temeridad semejante sería imperdonable? ¿No era seguro que en vez de reproducir esa obra inmortal del pintor veneciano, se correría el riesgo de no presentar más que un estudio del desnudo, cualquiera?

Y supongamos que no es ya una figura sola como la *Danae*, sino un grupo como la *Asuncion* (obra maestra del mismo célebre pintor); ¿qué resultaría de una aplicación arbitraria del colorido? ¡Horror! Resultaría una abominable falsificación, que haría estremecer á los siglos pasados y venideros. No merecería tamaña atrocidad ni el nombre de *pastiche*.

Al revés, supóngase que alguno con el grabado del *San Juan* de Ingres, que no haya visto el color pálido y trasparente que distingue esta figura, como todos los cuadros del maestro francés, desea aplicarle la encarnación propia de los niños blancos,

la encarnacion de un cupidillo. ¿Seria ese el San Juan de Ingres? Déjole á la risa de los pintores mexicanos la respuesta.

Ahora bien: lo que decimos del Tiziano y de Ingres, puede decirse de todos los pintores grandes y pequeños, famosos y oscuros. Cada uno tiene su manera de sentir y de aplicar el color, y el derecho de que se le copie tal como es. No es lícito, ya lo hemos dicho, atribuir á un pintor el colorido que no es suyo, porque es como atribuir á una persona palabras que no dijo, pensamientos que no tuvo y acciones que no ejecutó!

Así pues, dar color al grabado, no es artístico, no puede ser verdadero jamás. Seria preciso para reproducir las carnes lívidas de un cadáver, colocar un cadáver en la posición que guarda el del grabado, y en ese caso, vale más pintar un original. Así pues, hacer pinturas, copiando de grabados, es simplemente iluminar estampas, y eso no es el Arte.

Déjese á los que iluminan retratos fotográficos semejante especialidad.

Ellos, al menos, tienen dos razones atendibles para proceder así: la primera consiste en aprovechar el parecido del dibujo producido por la luz, y la segunda, que solo les asiste cuando copian del natural el colorido, consiste en que la encarnacion del semblante, que es lo que pintan generalmente, no es tan difícil como el complicado y armonioso arreglo de un cuadro de composición. Lo mismo sucede con el ropaje, que suele ser sencillo y sin dificultades. Aun así, siempre que el retratista no tiene delante el original, el retrato casi nunca es bueno.

Adelante:

Número 8.—*Paisaje, copia de un grabado* por la Srita. Francisca Campero. Lo que se ha dicho de la pintura de figuras, copiada del grabado, debe decirse con más razón de la pintura de paisaje, copiada del grabado también. El colorido del paisaje no se inventa, debe copiarse indispensablemente. Todavía en el grabado de figuras pueden presumirse, aunque pocas veces, algunas indicaciones del color, al menos en las carnes; pero en el grabado de paisaje nunca, ni en los efectos de nieve, ni en los efectos de luna, mucho menos en los efectos variados de la luz del sol.

Si el grabado representara, por ejemplo, los bordes del lago Ontario helado, ¿adónde iríamos á buscar los efectos de luz sobre la superficie helada? ¿En nuestra imaginación? La imaginación no procede sino por analogía y nunca hemos visto por aquí una gran masa de agua congelada.

Si en Londres un paisajista quisiera dar color á un grabado que representara el *valle de México* de Landesio, y nunca hubiera estado en México, ni visto siquiera el cuadro, ¿adónde iría á buscar el color de nuestro cielo, la luz de nuestro sol y los calientes matices de nuestro valle?

La vegetación no es uniforme en el mundo; cada suelo tiene su color, cada hora su aspecto, cada cielo su luz, cada nube su matiz, cada colina su sombra, cada lontananza su desvanecimiento peculiar. No se ve lo mismo á lo lejos una montaña alpestre que una cordillera rocallosa, ni una llanura del Norte que la zona amarillenta de la tierra-caliente. La variedad de los accidentes en el paisaje es infinita; pero el pintor debe armonizar el conjunto de su cuadro. Y la exigencia es tal en el arte del paisajista, que para no faltar á la ley de la unidad, para no desnaturalizar la verdad de un aspecto, si copia un paisaje con efecto de luz matinal, no puede continuar su obra en la tarde, ni al contrario; si comienza un cuadro de primavera no puede continuar en otoño; si pasa una nube sombreando el paisaje, debe coger apresuradamente el efecto ó conservarlo en su imaginación. Nada puede hacer convencional; la fantasía solo le sirve de archivo ó de negativa para reproducir la imagen.

Así pues, en paisaje no se adivina ni se inventa. Los grandes pintores que suelen poner en los segundos términos de sus cuadros algún paisaje de convención, evidentemente copian de la Naturaleza lo esencial y solo componen lo accesorio. ®

El maestro de la Srita. Campero, si lo tiene y no es un profanador del Arte, debe apresurarse á darle el consejo de no iluminar paisajes á su albedrío.

Número 10.—*Los cristianos sacando del Anfiteatro de Tito los cadáveres de los mártires*. Tomado de un grabado, por Francisco Mendoza.

Ví el cuadro y ¡Dios me perdone! creí haber leído en el catálogo *Escena final de Yone por los coristas del Teatro Nacional*. ¡Qué cuadro! Colores chillantes y crudos; género *papillon*. Esto pasaría en un cartel de ópera, pero no en la Exposición de Bellas Artes. Pasemos.

Número 16.— *Cuadrillo de comedor* por la Srita. Eulalia Lucio. ¡Cosa singular! En este lado de la sala lo primero que interesa al Arte es un cuadrillo de naturaleza muerta. La Srita. Lucio ha sido bien inspirada, y su ejecución es feliz. No es de extrañarse; en la familia de los Lucios lo raro sería no hallar talento. Además, esta señorita tiene á su lado á uno de los aficionados más inteligentes de México para guiarla y aconsejarla.

Número 17.— *Unos gatos jugando*, copia por la Srita. Lucio. ¡Delicioso! Este cuadrillo debe haber gustado en el original, y la copia es bien ejecutada. Hubo excelente gusto en copiar ese gracioso capricho.

Número 19.— *Dante y Virgilio*, de Flores. Copia por Herrera. ¡Cielos! ¡Otra copia! Yo no adivino qué tiene de tan bello y admirable dicho cuadro que así se enamoran de él todos los muchachos. Este cuadro es entre los aprendices de pintura lo que la *Stella confidente* es entre las aprendices de música. Ya nos fastidian los efectos de fragua como nos fastidian las notas dulzarronas de la romanza aquella. Por lo demás, el cuadro debía llamarse *Dante y Virgilio, desertores de la Divina Comedia, y visitando á las ánimas benditas del Purgatorio*.

A mí me gustan los pintores dantescos como Ary Scheffer.

El apreciable Sr. Flores, por lo visto, es más propio para interpretar al P. Parra.

Número 20.— *Mozart en Viena, ejecutando por primera vez su ópera de "D. Juan" ante una asamblea de insignes artistas*. Copia del grabado de Cornilliret por el Sr. Ignacio Morales Cervantes.

¡Qué título tan largo y qué cuadro tan detestable!

Apenas se concibe que haya habido temeridad bastante para pintar *esto* y para presentarlo en la Exposición de Bellas Artes.

Se han burlado del director, de los profesores, de los porteros y del público en general.

Más todavía: se han burlado del Sr. Cornilliret en particular. ¡Pobre Mr. Cornilliret! Es digno de lástima.

El Sr. Cornilliret no es mi amigo; no señor, ni lo conozco siquiera; pero me siento con deseos de entablar una demanda en su nombre contra el autor de este horroroso cuadro, que lo obligaría á suicidarse si por desgracia suya lo llegase á ver.

¡Qué figuras! Parecen recortadas con tijeras de una caja de muestras y pegadas con engrudo en una mampara. ¡Ah! ni un momento más frente al mamarracho, ni un momento más; es cosa de perder la salud.

Se necesita con urgencia el jurado de admisión en la Escuela, y se necesita además que cuando se quite ese enorme lienzo se vuelva á pintar la pared.

Número 21.— *Venados*. Copia por la Srita. Campero. ¡Bonitos!

Número 23.— *Vaquitas*. Copia del Sr. A. Barragan. ¡Bonitas!

Número 26.— *Sitio solitario alumbrado por la luna*, original de Daniel Dall'aglio. Como suena.

Número 26 (bis).— *Interior de un palacio*, por el mismo. También como suena.

¡Dios mío! Este cuadro de Mozart me ha vuelto imbécil.

He tenido necesidad de salir, de refrescarme y de fumar un cigarro para volver á mi estado normal. Después he regresado al Salon; pero teniendo cuidado de no fijar la vista ni una sola vez en la maldita vision, para no recaer.

Ya repuesto, continué el examen.

Número 27.— *Retrato de la Señora Josefina Bros de Riva Palacio*, por Felipe Gutierrez. Esta es una de las últimas obras que ejecutó después de haber vuelto de Europa, en donde permaneció durante algunos años estudiando, el distinguido artista, que hoy se halla en Bogotá. Es un buen retrato.

Números 28, 29 y 30.— *Retratos de los Sres. Gómez, Maldonado y Berrueco*, por P. Monroy.— No conocemos á los originales; pero las obras de Monroy de este género son generalmente bien ejecutadas, y los cuadros que tenemos delante no son una excepción de esa regla.

Número 31.—*Retrato del General Loeza*, por A. Vargas. Se parece, lo que es una fortuna en un retrato de Vargas.

Número 33.—*Gabriela de Levergies*. Cuadro original de Monvoisin, etc., etc.

Como esta pintura no es obra de artista mexicano, ni su autor está aquí, ni la presenta, la vemos y pasamos adelante.

Número 34.—*Retrato del joven V. Riva Palacio*, por P. Monroy. Parecido y bien ejecutado.

Número 35.—*Estudio de una cabeza*, del natural (sin nombre de autor). Pertenece al Sr. Abadiano. No sabe el Sr. Abadiano seguramente quién hizo esa cabeza; pero es el caso, que ha tenido la fortuna de hacer una buena adquisición, como la tiene generalmente cuando compra libros viejos. La cabeza es pálida, de aspecto meridional y muy expresiva.

Número 37.—*La hora de la cita*, original, por M. Ocaranza. Este cuadro es más bien una pintura de efecto, que una obra concluida. Representa a una joven delgadita, vivaz, vestida con un traje rojo estrecho, de la moda actual, y que abre las dos hojas de una puerta, en actitud de acudir a una cita ó de esperar a alguien que debe llegar. Percíbese en el semblante fino de la joven señorita, desde luego, una expresión erótica que se marca en sus ojos negros y sensuales, y en el conjunto de las facciones, que no son bellas sino con la belleza de la edad: *la beauté du diable*, que diría un francés.

La perrilla que acompaña a la joven es un capricho del artista, y como la muequita burlona en este episodio de amorosa confidencia.

Número 41.—*Vegetación del cerro del Tepeyac*. Original del Sr. Velasco.

El catálogo trae una nota muy larga que me propongo leer después. Parece que es una descripción minuciosa del cuadro. Yo, en materia de descripciones, prefiero verlas pintadas, si pueden llamarse así, y solo que no las consiga, leo las escritas. Pero estudiar la Pintura, y además la Literatura, es mucha carga para mis débiles hombros. Tal vez sea un peligro para el autor de ambas. Si se le hubiese ocurrido a Claudio de Lorena escribir

notas descriptivas de varios cuadros, que conozco y admiro, es fácil que se hubiera producido en mi imaginación una influencia perniciosa.

Algo de ello me ha pasado leyendo las páginas líricas del viejo Landesio, que no es precisamente ni un Teófilo Gautier, ni un Gerardo de Nerval, ni un Dargaud.

Vale más que yo me limite a ver la pintura.

El cuadro del Sr. Velasco reproduce, en efecto, una vista del cerro del Tepeyac.

Número 42.—*Lago de Chalco*, por Velasco.

Bastante bonito y característico.

Número 44.—*Hacienda de Monte Blanco*, por Velasco.

También, al enumerar este cuadro, el catálogo trae una nota descriptiva que llena más de una página. Debe ser cosa interesante, y no puedo resistir al deseo vivísimo de saber qué tendrá de misterioso esta pintura que así ha necesitado de una nota para revelarlo.

Me pongo a leer, y al fin caigo en la cuenta. . . . . ¡Ah! ¡De lo que me iba a perder! ¿Con que esa figurita, que se halla entre otras del mismo tamaño, es el Sr. D. José Amor y Escandon? ¿Con que esa otra figurita es uno de los criados que dirige la palabra a dicho señor, y en señal de atención voltea la cara? Pues, ¡vive Dios! que a ignorar noticia tan interesante, maldito lo que yo hubiera comprendido del cuadro, como que en un paisaje, las figuras que suelen ponerse son el asunto esencial, y lo demás, es decir, el paisaje que se coloca en derredor, no está allí sino en honra y gloria de las figuras.

Además, me encuentro con la noticia de que el cuadro es obra de dos ingenios, Landesio y Velasco, por lo cual este último no ha querido firmarlo solo, en lo que ha hecho bien, aunque el catálogo atribuyéndoselo con exclusión de Landesio, ha hecho mal.

Por lo demás, los dos ingenios han desempeñado bien su parte respectiva en esta especie de *duo* que tiene en pintura numerosos ejemplos, como en todas las Bellas Artes.

No conozco la hacienda de Monte Blanco; por consiguiente, no puedo juzgar acerca de la exactitud de la vista que se repre-

senta en el cuadro. Desgraciadamente la nota descriptiva del paisaje no me sirve de nada al efecto, como no sirve al espectador de Cosmorama para juzgar de si está ó no bien sacada una vista, la explicacion hueca y sonora que da el maese Pedro que la enseña.

Pero á falta de estos datos, el observador de cuadros de paisaje tiene el sentimiento de lo Bello, y el sentido comun que le hace conocer desde luego si los tonos corresponden al aspecto de la hora y al carácter del país que se representa. Y de pronto, yo creo que el cuadro es bastante bueno, salva cierta dureza que noto en todos los contornos de las pinturas de Velasco, algo de que no me doy cuenta todavía, pero que hace que todo lo que se distingue fuera del primer plano, parezca visto con gemelos, lo que no es natural. Pero en tal juicio, hago una prudente reserva, hasta que me cerciore bien de si acaso mi vista, acostumbrada precisamente á los paisajes, tiene ya algun defecto.

Números 45 y 47.—*Pirámides de Teotihuacan.*—*Pirámide del sol*, de Velasco, pequeños cuadros que son propiedad del Museo. Son muy bellos y reproducen bien los interesantes paisajes que representan. Sería de desearse, sin embargo, que fuesen de mayor tamaño, porque justamente porque tienen por objeto presentar á la vista del público del Museo, dos importantísimos monumentos de la antigüedad mexicana, que son las famosas pirámides del sol y de la luna, deben copiarse con detalles que no permite el tamaño que adoptó el paisajista. Al menos, tal es la exigencia de los estudios científicos de hoy.

*Chapultepec y sus ahuehuetes.*—Velasco. El sabio director actual del Museo Sr. Mendoza, ha hecho muy bien en encargar al Sr. Velasco que reprodujese la vista de nuestro bosque encantador y grandioso de Chapultepec. El *Ahuehete* es un árbol viejo y misterioso en México, que todavía no está bien estudiado, históricamente hablando, aunque la Botánica lo haya clasificado y aunque se conozcan sus variedades de la América septentrional y del Asia.

Lo importante en este caso, no es precisamente el castillete que corona la colina de Chapultepec, sino el aspecto de los venera-

bles y gigantescos árboles, testigos de toda nuestra historia, que han precedido á los cataclismos sociales de México y que seguramente sobrevivirán á la desaparicion de esta ciudad, que ellos vieron brotar de las lagunas y que verán convertirse en polvo al influjo del tiempo.

Los ahuehuetes son, por sí solos, asunto y estudio bastante difícil para el paisajista, prescindiendo de los *fresnos*, los *perús* y los *tepozanes*, plantas de ayer si se comparan con aquellos patriarcas de la vegetacion, y que pertenecen á una Flora más débil, y, en Chapultepec, exótica.

El paisajista tenia, sin embargo, que copiar la parte del bosque que veia, con fidelidad, y no deja de tener su importancia la comparacion que el observador tendrá que hacer entre el Matusalem vegetal y el huésped arraigado ayer á sus plantas y mantenido casi con su sávia.

El Sr. Mendoza es digno de felicitacion por el encargo hecho, y el Sr. Velasco por el desempeño de él.

Núm. 49.—*Vista de Tlaxcala.* Buena, pero presentando un aspecto monótono. Tal es la vista.

El Sr. Velasco, experto paisajista, se ha ejercitado ya lo bastante en los tonos casi uniformes del Valle de México, y en general de la Mesa Central, cuyas colinas tienen una forma semejante, con pocas excepciones, cuyas cordilleras tienen igual aspecto, cuyas lontananzas, si no es por la hora, serian monótonas, y cuya atmósfera, si no es en el estío, presenta el mismo bello carácter de diafanidad y transparencia.

La prueba de cuanto decimos, está en que todos sus cuadros (de la Mesa Central) se parecen mucho; á lo sumo suele haber variaciones en los celajes, y naturalmente, diferencias en las líneas del suelo; pero el colorido y los tonos tienen el parentesco que es de suponerse, y es natural.

No hacemos de ello un reproche al aplicado artista que estudia lo que puede y comprende el medio en que vive. Pero si nos fuese lícito hacerle una indicacion, le diriamos que no es solo el Valle de México, por decantado que sea, lo único que nuestro país ofrece á la ambicion del paisajista y á la gloria del Arte.

Hay algo más nuevo, más original, por decirlo así, más característico en la Naturaleza de México; hay los paisajes majestuosamente alpestres de nuestras sierras de la zona fría, y hay los aspectos suaves y paradisiacos de la magnífica y exuberante vegetación de los trópicos; hay que copiar después de las llanuras estériles ó palustres y de las colinas amarillentas del Valle de México, las llanuras aterciopeladas y brillantes de la tierra-caliente, sus cañadas sombrías, sus ondulantes campos de cañas, sus oteros esmaltados de flores, sus blandos ríos corriendo entre bosques de bananos ó cayendo espumantes entre enmarañados cortinajes de lianas gigantescas; hay que estudiar, después de la triste choza de tejamanil del indígena de aquí ó de la casa de campo que ya conocemos, la cabaña de paja ó de tejado de los habitantes de un clima caliente y húmedo.

El Sr. Velasco, que conoce la Botánica, sabe bien que la Flora espontánea del Valle de México es relativamente poco abundosa, ni podía ser de otro modo en nuestra altura. Pero descendiendo de las cordilleras orientales, una Flora riquísima y admirable se brinda á los ojos del artista, y un suelo de variadísimos aspectos y de sorprendentes efectos de luz le ofrece á cada paso un motivo de inspiración.

Es verdad que el Valle de México es encantador, pero bueno es no abusar de sus encantos para no caer en la monotonía. Los pintores de marinas encuentran en el mar un asunto inagotable, pero el mar (parece una paradoja) es realmente más fecundo en aspecto que el suelo. Esta no es una hipérbole para los marinos y para los que viven en las costas.

Por otra parte, la especialidad para el paisajista no debe ser la localidad, debe ser el paisaje. La localidad se acaba, el Arte es el único que dura.

Si persiste el Sr. Velasco en reproducir en sus lienzos hasta los últimos rincones del Valle de México, llegará á pintar, aun durmiendo, los *perús*, los *álamos* y los *tepozanes*, las plantas herbáceas que lo adornan, pero sus vistas llegarán á cansar al público y hasta á él mismo. Habrá algún día en que arrojando su pincel dirá fastidiado:—¡Basta de tierra amarilla y de tepozanes!

Número 51.—*El Cura Hidalgo en el Monte de las Cruces, arregando á sus tropas momentos antes de la batalla.* Paisaje original del Sr. Luis Coto.

Me he puesto á contemplar este cuadro varias veces, con mucha atención y con mucho interés. Me lo inspira siempre toda obra que tiene por móvil una idea grande ú original. Aplaudo en el Sr. Coto el pensamiento altamente artístico, además de patriótico, que guió su pincel para dar vida al cuadro que tengo delante.

El asunto es grandioso y digno de la Epopeya, así como de la Pintura. ¡El Padre de la Independencia, preparándose á dar la batalla en que venció á las huestes del virey mandadas por el jactancioso Trujillo, y que por un misterio del Destino debía retirarse de las orillas de México tan inopinadamente como Aníbal de Roma! ¡Qué tema para un artista!

El hubiera ya tentado á nuestros pintores si estos no hubieran preferido consagrarse á producir santos vestidos de toreros, ó á buscar en la Biblia asuntos ya tratados gloriosamente por grandes pintores europeos.

Veamos ahora qué partido ha podido sacar el Sr. Coto de su buena intención. En primer lugar, su cuadro ¿es un *paisaje*? Propiamente hablando en términos de Pintura, este cuadro, sin el confuso accesorio de las pequeñas figuras ocultas entre la sombra, debía llamarse *boscaje*, porque el conjunto no presenta otro aspecto que el de un espeso bosque. Se necesita verlo con suma atención, y aun acercarse á él, para distinguir las figuras de Hidalgo, de los demás héroes agrupados en derredor suyo y de los soldados, para comprender que allí hay otra cosa que árboles; árboles de una selva compacta y espesa.

Así es, que el carácter dominante del cuadro es el de *boscaje*.

No tiene un solo claro por el que se vea el horizonte; no deja sino una faja muy angosta para el celaje; no hay nada más que bosque por donde quiera. No tiene, pues, las condiciones exigidas para un paisaje.

En segundo lugar, ¿el pensamiento del artista se prestaba para el paisaje? Tal vez; pero en ese caso era preciso que las figuras

dominaran el cuadro de tal modo que el paisaje no fuese más que una decoracion que no distrajesse completamente al espectador de la contemplacion de lo principal, sino para dar realce y belleza á este.

El buen D. Antonio Palomino, que allá por los años 1715-24 escribió y publicó en España una obra que es reputada clásica y que se intitula: *Museo Pictórico y Escala Optica*, en la cual establece muy acertados preceptos sobre Pintura, dice hablando del paisaje lo siguiente:

“Son los países en dos maneras: unos en que la historia se sujeta al país y otros en que el país se sujeta á la historia. En estos es menester observar la templanza de los aires, que son los celajes, de suerte que no ofendan á la historia, y que los horizontes no sean muy chillantes, y que estén á la altura del punto de la perspectiva que tuviese ó se considerase en la historia, figura ó pavimento que tenga; y la misma templanza en los terrazos, montañas y arboledas, procurando que ayuden y no ofendan á lo principal.”

“En los países, que han de ser ellos los dominantes, es menester echarles toda la ley de la hermosura, etc., etc.”<sup>1</sup>

Este escritor juicioso, que al mismo tiempo era un experimentado artista, tenia razon. Si la idea histórica domina, es necesario que el paisaje no aparezca sino en segundo lugar, *para ayudar y no para ofender á lo principal*. Solo cuando la idea de paisaje domina, es lícito dar al paisaje el papel principal, y las figuras no son más que accesorios.

Así, por ejemplo, en el cuadro del Sr. Velasco que se intitula: *La Hacienda de Monte Blanco*; ¿qué cosa es lo principal? El paisaje, sin duda alguna. Las figurillas que representan al Sr. D. José Amor y Escandon y á los criados, así como al Sr. Landesio, son el accesorio. Nada importan para el conjunto del cuadro.

Pero en el del Sr. Coto debia ser al contrario. El catálogo no llama á esta pintura *El Monte de las Cruces*, sino que da el título que hemos puesto arriba. Luego lo principal debia ser la *idea histórica*. Entonces la figura de Hidalgo, la de sus compañeros y el

<sup>1</sup> Museo Pictórico.—Tomo II, pág. 72, edicion de Sancha.—1797.

grupo de las tropas debian ser lo primero, lo esencial en el cuadro, y el paisaje debia presentarse de modo que no sirviese sino como decoracion accesoria y que no distrajesse la atencion, del asunto principal.

El Sr. Coto no ha observado esta regla, y una de dos: ó debe apresurarse á cambiar el nombre del cuadro y llamarle simplemente *Boscaje del Monte de las Cruces*, ó debe realizar su pensamiento histórico de otro modo, esto es, dando mayor tamaño á las figuras y degradando el de la arboleda, de modo que no quede sirviendo más que de fondo. Tal es la ley de la Lógica en Pintura.

En cuanto á la ejecucion, me es grato reconocer en el Sr. Coto buenas dotes como paisajista. Se reconoce luego que ha observado con atencion los variados tonos de la selva que ha copiado; aunque debo notar que abusa un poco del color verde-montaña, aplicándolo á los árboles poco lejanos. Sin embargo, los del primer término están bien expresados; los del segundo presentan el aspecto de una masa compacta y espesa algo confusa, no estando tan lejana; se distingue sobre las copas esa leve gasa blanquecina que se produce por la evaporacion de la humedad del follaje en las mañanas, y que á larga distancia no se ve, pero á la que supone el cuadro es muy perceptible. Los troncos son buenos; hay uno atravesado en un arroyuelo á la izquierda del cuadro, y que está ya desnudo en algunos trozos de su parte leñosa, cuya ejecucion nada deja que desear. ¡Lástima que estas buenas cualidades sean las únicas que sobresalgan en el cuadro!

Al mirar este se experimenta una sensacion de frio; el boscaje produce bien su efecto de húmeda frescura. Pero observándolo se descubren graves defectos. En primer lugar, arriba de los árboles está pintado un cielo de un azul índigo erudísimo y destemplado, un cielo como jamas se ve en el Monte de las Cruces ni en ninguna parte: nubes recortadas y mal hechas. Abajo, entre los claros del bosque, no hay sino una luz mortecina y triste; ni un rayo de sol viene á contrastar con el verde sombrío de los árboles, y valia la pena de darle cabida, porque la escena está representada poco más ó menos al mediodía, conforme á la Historia.

No parece circular el aire en aquellos claros, que sin embargo son bastante amplios, como que pudieron contener á un ejército numeroso; en fin, los efectos de luz, el aspecto del cielo, los accidentes del bosque no están reproducidos. Si á eso se agrega la confusion de las figuras de los héroes y el hacinamiento poco artístico de las tropas, se tendrá una idea de la negligencia que caracteriza la parte inferior del cuadro. El artista, segun parece, no se consagró más que á los árboles y solo á los árboles.

Respecto del cuadro del mismo Sr. Coto, intitulado: *El origen de la fundación de México, ó sea el encuentro del Aguila y del nopal por los Aztecas* (número 58), hé aqui lo que tengo que decir:

Es un paisaje en que el artista cumplió mejor con la regla asentada arriba; el asunto principal se destaca más, la atencion se fija de preferencia en el águila y en los caudillos aztecas que la descubren. El paisaje se subordina á la Historia; pero la ejecucion deja mucho que desear todavía. El águila, que pugna por matar á la serpiente, á la que sujeta con una de sus garras, reposa sobre el tronco de un nopal, cuyas raíces se tuercen negras sobre la roca, confundiéndose completamente con el reptil que se tuerce furioso tambien sobre la roca. La confusion es tal, que se necesita mucha atencion para comprender cuál es el reptil y cuáles las raíces; de manera que el conjunto presenta una mezcla homogénea desagradable.

No era preciso mostrar esas raíces del cactus, y en caso de mostrarlas no era preciso darles una forma tan parecida á la de la serpiente y colocarlas tan cerca de ella y con un color tan igual que el todo no parece sino un conjunto horroroso de culebras. Hay que advertir, además, que las aves de presa, como el águila, no combaten reposándose ni con las alas extendidas, sino que revolotean, atacando á su enemigo con el pico hasta que lo vencen y aniquilan. Como el artista ha representado un combate entre el águila y la enorme serpiente, que se alza furiosa para defenderse, no debió, pues, dar al águila esa actitud impropia, que está solo buena para los sellos de oficina y para las monedas, pero no para una obra de Arte.

El segundo plano del cuadro no es mejor. El celaje es destem-

plado tambien; las nubes están agrupadas sin naturalidad, el color que domina el fondo no tiene una gradacion conveniente; es fuertemente violáceo y falso. El suelo es de carácter palustre, cenagoso y cubierto de césped y de plantas amarillentas; algunas tienen flores de un amarillo chillante y que no armoniza con los tonos del cuadro.

Pero el Sr. Coto ha tenido dos bellos pensamientos que indican que su ingenio es un ingenio de verdadero artista, que busca los más ricos tesoros, que se inspira en los grandes recuerdos. Esto es ya la mitad del camino en las buenas obras. Si no se obstina en sus defectos, puede retocar sus cuadros una y diez veces, que en ello tiene el ejemplo de grandes maestros: de Juan Carreño verbi gracia, quien, al decir de Palomino, sacrificaba los colores más costosos y su trabajo anterior, con tal de dar á sus cuadros mejor colorido y más propia y bella forma.

De todos modos, hay que agradecer al Sr. Coto el que haya hecho objeto de sus estudios una hermosa leyenda tradicional y una grandiosa escena histórica de nuestra Patria, dando así á sus pinturas un carácter de mexicanismo que las hará interesantes, y aumentando el número escasísimo de las pinturas de ese género, que pudiéramos llamar nacional.

Número 66.—*El Sepultamiento de Jesucristo*, de Paul Delaroche. Copia de un grabado por el Sr. Tiburejo Sanchez. ¿Otro pseudo-Delaroche?

Si el Sr. Sanchez fuese un aprendiz, me contentaria con repetirle todo lo que he dicho sobre la iluminacion de estampas; pero es un profesor (al menos es profesor de dibujo natural y modelado en la Escuela Nacional de Artes y Oficios), y es de extrañarse que un profesor incida en un defecto tan craso y tan detestable como el de dar colorido, como *salga*, á los dibujos de los maestros. ¿Los manes indignados de Paul Delaroche protestan contra ese sepultamiento que se le atribuye (en copia)! Si ellos pudieran hablar en castellano, dirian:

— ¡Ah! no, ¡no! señor profesor, esa carnacion que habeis dado al Cristo es muy vuestra; esos colorines de los trajes tambien son vuestros; ese fondo igualmente es vuestro. El pobre Delaroche

pudo sufrir sin queja las críticas de Gustavo Planché; ellas fueron su infierno en la vida; pero dejadlo ya en paz, pintores de México, y no lo atormentéis con un nuevo infierno, condenando sus obras á vuestro colorido.

Esto dirían los manes del célebre autor de *Isabel de Inglaterra* y de los *Hijos de Eduardo*. Nosotros no añadimos una palabra y pasamos adelante.

Número 67.—*La mártir cristiana de Delaroche*: copia de un grabado (¡copia de un grabado!) por M. Ocaranza. Si una nota del catálogo no hubiera venido á tiempo á corregir esta errata del mismo catálogo, imponiéndome de que la copia de Ocaranza fué hecha en París y con presencia del cuadro original y no de un grabado (como la mártir de Cuevas), habría lo bastante para llorar.

Pero no, tranquilicémonos: esta sí es copia, y como tal contemplémosla con respeto, por ser una obra de la vejez de Delaroche y de su manera religiosa, última de su vida de artista tan llena de amargura y de gloria.

Número 69.—*Un momento á solas*: copia por Ocaranza. ¡Encantador cuadro! ¡Quién no quisiera tener un chiquillo así, aunque perdiera un reloj . . . . . de plata! Este capricho tan infantil, tan fresco, tan lleno de gracia y naturalidad, es capaz por sí solo de desterrar la tristeza más negra. ¡Adorable niño!

Número 70.—*El mártir cristiano en el Circo romano*.—Por M. Fuentes.

¿Lo creerán ustedes? No me acuerdo de él; puede que sea bueno, pero se me ha olvidado.

Número 72.—*Fin de una discusión teológica*: copia por M. Ocaranza.

Eso es: el clérigo vencido, disimula un poco confuso su derrota, no guarda rencor, y ofrece, inclinándose, su caja de polvos al triunfador. ¡Cómo se alza hasta las nubes este con su gran sombrero de copa que hace más grande su estatura de tambor mayor! ¡Y qué erguido y satisfecho que se muestra! Rebosa orgullo, vanidad, supremacía, la actitud de ese cura. Diríase que al tomar el polvo manteniendo tieso el cuerpo y aun echándolo hácia atrás,

se deja admirar del humilde vencido y lo aplasta con su aire de soberbia triunfal. Es un Fierabras de sotana.

He visto pocos cuadros de género tan chispeantes como este.

Número 73.—*Jesucristo despues de la resurreccion*, original del Sr. Cástulo Padilla.

Francamente no lo ví, por atender á la discusión teológica.

Número 78.—*Cuadro de frutas*, original del Señor Francisco Vargas.

Segundo cuadro de naturaleza muerta que se ve en el salón, y á fé que es muy bello y que merece, en mi concepto, un sincero elogio. No sé por qué los pintores en México no se consagran un poco más á la pintura de frutajes, de que sacarían gran partido, en atención á la singular belleza y admirable colorido de nuestras frutas tropicales. El aspecto de ellas encanta, aun encontrándolas, como las encontramos, á cada paso en las calles. La circunstancia de ser tan comunes no disminuye en nada su atractivo. Las combinaciones á que se prestan por su varia forma son infinitas, y la facilidad de copiarlas es una probabilidad de acierto para el pintor. Los extranjeros, particularmente los habitantes de los países fríos, aman con delirio estas frutas de color encendido y de formas opulentas que revelan la suavidad de nuestro clima, la luz de nuestro sol y la riqueza exuberante que es como el rasgo característico de la Flora de los trópicos.

Es verdad que la pintura de frutas es de menos rango, pero vale más, en cambio, pintar buenos frutajes, que vulgares y frías cabezas de santos.

El Sr. Vargas me parece un hábil frutajista. La naturalidad y frescura de las frutas que copia en este cuadro, no tienen defecto; hay gran suavidad en los toques, brillantez en el colorido, maestría en los empastes y franqueza en la ejecución.

Las frutas se hallan colocadas en un canastillo de mimbre y en una mesa. Tal vez hubiera sido de desear que no se hubiera dividido el grupo distrayendo ligeramente la atención para fijar la vista ya en las frutas de arriba, ya en las de abajo. Quizás habría sido mejor omitir el fruterito de mimbre, cuya forma no es elegante, ó sustituirlo con otro de forma rústica y colocar las fru-

tas sobre las hojas verdes, como se usa aquí. El aspecto del fruta-je habria sido más fresco, más armonioso.

Además, el Sr. Vargas haria bien en dar preferencia á las frutas de la tierra caliente y de la tierra templada, si busca la originalidad. Una sola ananas ó piña ha dado más tono á su cuadro que los perones un poco pálidos que puso cerca de ella. Los frutos de los anonaceas, que son de muchas especies, variedades y formas, bastarian para mil agradables combinaciones, y otras cien frutas de nuestras comarcas del Oriente y del Sur ofrecen á su pincel fáciles triunfos.

Número 72.—*Cuadro de comedor*: original del Sr. Francisco Vargas.

Este cuadrito es diez veces más bello que el anterior. No hay nada que tachar en esta pequeña obra maestra; parece un espejo en que se reflejan la canasta de cocina y las legumbres y hortalizas. Todo es exacto y natural. ¡Qué placer se siente en hacer un elogio tan completo y tan merecido!

#### IV

CASARIN.—OCARANZA.—REBUL.—ISLAS.  
LA SEÑORITA ESCALANTE.

ALEJANDRO CASARIN ha presentado en la Exposición tres pequeños cuadros de *género* que están marcados con los números 81, 83 y 84.

Ya el Sr. Casarin disfruta en México de una reputación bastante notable como pintor de *género*, y sus cuadros agradan mucho; algunos de ellos se han vendido bien aquí y en los Esta-

dos-Unidos. No es discípulo de la Academia, que yo sepa, y se ha formado solo, como suele decirse, estudiando la Naturaleza, asistiendo durante su prision en Francia al taller del famoso Meissonier, y dando vida con su pincel á los caprichos de su fantasía fecunda, juvenil y traviesa.

Si se hubiese dedicado exclusivamente á la Pintura, ya habria llegado á una posición artística envidiable; pero sea porque ha desconfiado del porvenir y se ha desalentado, ó sea porque la flexibilidad de su talento lo impulsara al cultivo de otras artes, y un instinto dominador de todas las dificultades despertara su entusiasmo para otras empresas, el caso es que ha abandonado una especialidad que le habria dado gloria y dinero, y no le dedica su atención sino cuando su imaginación ó su capricho lo lanzan en ese período de ensueños y de vago idealismo que es como la pereza de los espíritus activos y descontentos.

Pero como en Pintura lo mismo que en todo, "*la teoría es el general y la práctica los soldados*," como decia el gran Leonardo de Vinci, ha resultado de esta falta de práctica que Casarin no ha marchado, no ha ganado batallas, y se encuentra cuando vuelve á la Pintura con que su ejército duerme todavía en los cuarteles de invierno anteriores.

Él, mientras, habrá conquistado nuevos laureles en otras artes, en la Galvanoplastia, en la Cerámica, en la Música, y aun en la Escultura, porque su talento es verdaderamente notable por su facilidad para emprenderlo y avasallar todo; pero en nuestro concepto, las Artes del Dibujo, y especialmente la Pintura, son las que ofrecen á este espíritu inconstante y apasionado siempre por lo desconocido, un campo más vasto para su fama.

El *Don Quijote* camina sobre Rocinante por los campos de Montiel. Tanto el hidalgo manchego como su caballo son más caricaturas de lo que quiso Cervantes. Que lo piense bien el Sr. Casarin, y estudiando con atención la gran novela española, verá que el inmortal autor de ella no necesitaba de tanta caricatura para pintar á su héroe. La caricatura física en el libro está solo indicada, la caricatura moral es la completa, menos cuando no se trata de asuntos de caballería. En figuras como la de D. Qui-

tas sobre las hojas verdes, como se usa aquí. El aspecto del frutaje habria sido más fresco, más armonioso.

Además, el Sr. Vargas haria bien en dar preferencia á las frutas de la tierra caliente y de la tierra templada, si busca la originalidad. Una sola ananas ó piña ha dado más tono á su cuadro que los perones un poco pálidos que puso cerca de ella. Los frutos de los anonaceas, que son de muchas especies, variedades y formas, bastarian para mil agradables combinaciones, y otras cien frutas de nuestras comarcas del Oriente y del Sur ofrecen á su pincel fáciles triunfos.

Número 72.—*Cuadro de comedor*: original del Sr. Francisco Vargas.

Este cuadrito es diez veces más bello que el anterior. No hay nada que tachar en esta pequeña obra maestra; parece un espejo en que se reflejan la canasta de cocina y las legumbres y hortalizas. Todo es exacto y natural. ¡Qué placer se siente en hacer un elogio tan completo y tan merecido!

#### IV

CASARIN.—OCARANZA.—REBUL.—ISLAS.  
LA SEÑORITA ESCALANTE.

ALEJANDRO CASARIN ha presentado en la Exposición tres pequeños cuadros de *género* que están marcados con los números 81, 83 y 84.

Ya el Sr. Casarin disfruta en México de una reputación bastante notable como pintor de *género*, y sus cuadros agradan mucho; algunos de ellos se han vendido bien aquí y en los Esta-

dos-Unidos. No es discípulo de la Academia, que yo sepa, y se ha formado solo, como suele decirse, estudiando la Naturaleza, asistiendo durante su prision en Francia al taller del famoso Meissonier, y dando vida con su pincel á los caprichos de su fantasía fecunda, juvenil y traviesa.

Si se hubiese dedicado exclusivamente á la Pintura, ya habria llegado á una posición artística envidiable; pero sea porque ha desconfiado del porvenir y se ha desalentado, ó sea porque la flexibilidad de su talento lo impulsara al cultivo de otras artes, y un instinto dominador de todas las dificultades despertara su entusiasmo para otras empresas, el caso es que ha abandonado una especialidad que le habria dado gloria y dinero, y no le dedica su atención sino cuando su imaginación ó su capricho lo lanzan en ese período de ensueños y de vago idealismo que es como la pereza de los espíritus activos y descontentos.

Pero como en Pintura lo mismo que en todo, "*la teoría es el general y la práctica los soldados*," como decia el gran Leonardo de Vinci, ha resultado de esta falta de práctica que Casarin no ha marchado, no ha ganado batallas, y se encuentra cuando vuelve á la Pintura con que su ejército duerme todavía en los cuarteles de invierno anteriores.

Él, mientras, habrá conquistado nuevos laureles en otras artes, en la Galvanoplastia, en la Cerámica, en la Música, y aun en la Escultura, porque su talento es verdaderamente notable por su facilidad para emprenderlo y avasallar todo; pero en nuestro concepto, las Artes del Dibujo, y especialmente la Pintura, son las que ofrecen á este espíritu inconstante y apasionado siempre por lo desconocido, un campo más vasto para su fama.

El *Don Quijote* camina sobre Rocinante por los campos de Montiel. Tanto el hidalgo manchego como su caballo son más caricaturas de lo que quiso Cervantes. Que lo piense bien el Sr. Casarin, y estudiando con atención la gran novela española, verá que el inmortal autor de ella no necesitaba de tanta caricatura para pintar á su héroe. La caricatura física en el libro está solo indicada, la caricatura moral es la completa, menos cuando no se trata de asuntos de caballería. En figuras como la de D. Qui-

jote es difícil marcar el límite preciso de la figura real, á fin de no pasar al dominio de la exageracion, que es la caricatura; yo convengo en ello, pero en eso consiste precisamente la habilidad del pintor.

Además, Rocinante, *aunque tenia más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela que tantum pellis et ossa fuit*, no era precisamente ese rocín carñoso, que más bien parece esqueleto, porque en tal caso no habria podido D. Quijote hacer ni una jornada en él. Es verdad que parece indicarse que como el caballo de Gonela no tenia más que pelo y huesos, pero ya se supone que esta es una hipérbole del mismo autor, hipérbole que han reducido á su justo valor las estampas de Carnicero en la bella edicion de Ibarra, aunque la haya exagerado despues todavía más Gustavo Doré en sus famosos dibujos.

Este tipo de D. Quijote debe estudiarse mucho ántes de representarlo en pintura, porque está muy léjos de ser el tipo de un loco vulgar y ridículo, de un figuron de sainete. Hay en él de todo; hay el filósofo, el soñador, el poeta, el enamorado casto y sincero, y esto bajo la figura de una aparicion extravagante de la Edad Média.

Y ¿por qué el Sr. Casarin ha dado al conjunto de su cuadro un colorido gris uniforme? ¿Es efecto de nieve? No lo parece; ¿es efecto de crepúsculo matinal? Tampoco. ¿Tal vez crepúsculo vespertino? No se comprende. Quizás es el color dominante del suelo de la Mancha; pero hemos preguntado á algunos manchegos que conocen precisamente los campos de Montiel, y nos aseguran que no es así. Seguramente es un capricho del artista; un color fantástico; tal vez haya concebido así un efecto de dia nublado.

En cuanto al segundo cuadro que representa á Sancho Panza, nos parece mejor. El Sancho es un poco teatral, pero está bien pintado.

Superior á los anteriores, creemos que debe reputarse el cuadro que representa *Una avanzada de dragones* y que es verdaderamente bello. En él, Casarin demuestra que ha hecho un buen estudio del natural. Las figuras de los dragones, y sobre todo la

del que está á caballo, son muy bien definidas. Así, véaseles de cerca ó de lejos, con la vista natural ó con anteojos, causan ilusion; el terrazo cubierto de grama en parte, y en el camino que termina en el horizonte, de tierra húmeda, de color oscuro, está ejecutado con fidelidad y gran sentimiento del color; el horizonte, no lejano, está cortado bellamente y manifiesta de un modo indudable que el terrazo en que se apoyan las figuras del primer plano, es una colina que descende hácia el segundo. El soldado montado que se divisa en la línea horizontal y que parece vigilar el camino, está perfectamente expresado. Es una especie de umbrella, pero en la que se distinguen bien la figura del jinete y del caballo. El fondo es natural y apacible, tiene un celaje propio del Valle de México.

Del éxito de este cuadro puede deducir el Sr. Casarin que no necesita de buscar sus inspiraciones en historias extranjeras teniendo que adivinar los tonos de paisajes desconocidos y los paramentos de figuras de otro tiempo, lo cual para el pintor de género siempre es aventurado y lo obliga á competir desventajosamente con el artista local. Aquí es en donde se hallan sus elementos, en nuestra Naturaleza propia y nuestras costumbres; aquí no se verá obligado á lo convencional, ni á lo fantástico que noventa veces sobre cien, se aparta de lo real.

Un grupo de dragones de nuestro ejército, un pedacillo de los alrededores de Tacuba, tal vez, ó de Popotla, una pequeña faja de nuestro cielo luminoso y apacible, hé ahí lo que ha bastado al artista para hacer un cuadro que puede llamarse mexicano por el carácter, y que será estimado de los inteligentes.

Dejemos á este artista inconstante en Pintura, para pasar á otro que tiene tambien bastante nombradía, que ha hecho estudios clásicos en la Academia de San Carlos, que ha viajado tambien en Europa, y que apartándose desde muy temprano de la rutina dominante en la Academia, que consiste en cultivar el género bíblico, se ha consagrado á esa Pintura realista que la crítica moderna llama de *género*, quizás sin darse cuenta de por qué, y que es una pintura de pasiones y de costumbres más adecuada al gusto de la época, más estimada del mundo contemporáneo,

difícil también en sus manifestaciones y gloriosa por sus triunfos en el dominio de lo Bello.

Esta Pintura, apenas indicada por los antiguos, cultivada con predilección por las Escuelas del Norte de Europa é introducida lentamente en los países latinos, disfruta hoy de una boga inmensa y parece llegar á su éra de apogeo, allá. En México todavía está en la infancia.

Habia una gran preocupación contra el naturalismo de la Pintura de *género*, y estábamos poco más ó menos como la Europa latina en el siglo XVI. Cuando Pieter Van Laer hizo llamar en Roma á sus cuadros de *género*, *bambochadas*, y los Teniers, particularmente el joven, en Holanda, así como Velazquez, Murillo y los Herrerías en España, hicieron brillar este género de Pintura, los ojos de sus contemporáneos admiraron, los cuadros fueron honradísimos, y se columbró un nuevo horizonte para el Arte. Pero todavía la gravedad de la Pintura religiosa y de la Pintura estrictamente histórica desdeñaba ponerse al nivel con una Pintura que no representaba ni dioses, ni reyes, ni magnates, sino que iba á buscar sus modelos en el comun del vulgo y aun entre la canalla. Todavía había personajes de la alta sociedad que dijeran, como Luis XIV al ver los cuadros de Teniers: "*Quitadme de ahí esos mamarrachos.*"

Después el gusto fué progresando, el Arte fué ensanchando su esfera, se llegó á conocer que las realidades más comunes tenían también su belleza, y que las costumbres eran un tesoro fecundísimo para las inspiraciones del artista; que la Pintura religiosa y la Pintura histórica no perdían nada en hermanarse con la Pintura moral, y entonces esta comenzó á ascender hasta ocupar justamente con aquellas el trono que les ha levantado el mundo moderno. Hay razón de sobra para conceder un lugar de honor á la Pintura de costumbres, porque ella no es solo esa manifestación del Arte en que domina lo jocoso; para ella no se necesita solo de esa *verba cómica que se apodera irresistiblemente de las cosas y las abandona á la risa de la posteridad*, como dice Charles Blanc, hablando de Teniers. Tal será una sola faz de la pintura de *género*. Pero ella abraza una esfera de acción más extensa, más

vasta, abraza al mundo entero y solo se detiene allí donde se detiene lo real.

Diderot ha comprendido perfectamente la trascendencia de esta Pintura, cuando definiéndola, dice: "*Pero dejando á las palabras las acepciones recibidas, veo que la Pintura de género tiene casi todas las dificultades de la Pintura histórica, que exige el mismo ingenio, la misma imaginación y aun la misma poesía, igual ciencia del dibujo, de la perspectiva, del color, de las sombras, de la luz, de los caracteres, de las pasiones, de las expresiones, de las draperías, de la composición, una imitación más estricta de la Naturaleza, detalles más cuidadosos, y que mostrándonos cosas más conocidas y más familiares, ella tiene más jueces y mejores jueces.*"

Hay que añadir que hoy se cultiva en los países artísticos de Europa por millares de pintores, y que la Francia, que antes de Greuze la había desdeñado, hoy se distingue precisamente en ella, habiéndose formado cien especialidades que han hecho brillar los más grandes nombres del arte francés.

Apenas se concibe, pues, que aquí se halle todavía en el estado de iniciación, concediéndole la mayor parte de los artistas una leve atención, y no cultivándola sino muy pocos, tan pocos que no llegan á seis.

Y á fe que ella interpreta hoy al mundo y sustituye en interés á la Pintura clásica y á la Pintura religiosa, como el drama moderno y la comedia moral sustituyen en el interés de la escena á la tragedia antigua y á la comedia de capa y espada.

Es justo confesar que si antes en la Academia de San Carlos la pintura de *género* no era de la predilección de los directores y profesores, hoy es más tolerada y quizás más gustada, aunque á juzgar por las obras de los alumnos, no es todavía recomendada, ni se le da en los estudios el lugar que merece.

Hemos visto que Casarin no es hijo de la Academia. Examinemos ya las obras de Manuel Ocaranza, que hizo allí sus estudios, y es el artista de quien íbamos á hablar.

Ocaranza tiene inventiva, y ha comprendido la Pintura de género. Su ingenio no se limita á los asuntos que tienen gracejo, sino que aborda los pensamientos lúgubres ó irritantes, la amarga

filosofía de las cosas humanas, la sombría comedia de la vida. Hasta ahora no ha hecho más que esbozar algunos de sus misterios. Tal vez más tarde presente alguna obra de mayor empuje. En la pintura de género no todo se reduce á pequeños cuadros.

Enumerando los que ahora presenta este artista, nos encontramos luego con uno que se intitula: *Estudio de un cráneo* (número 85). ¡Lúgubre é irónico cuadro! Representa, en efecto, un cráneo recién exhumado ó recién disecado, según su colorido y algunas manchas húmedas que se distinguen en él. Junto al cráneo, colocado en la mesa del estudioso ó del disector, se halla un vaso con ajeno. ¡Espantable consorcio! ¿Es un reto á la muerte? ¿Es el *alfa* y el *omega* del *absintismo*? ¿Es una apelacion al aturdimiento para no pensar en la nada de la vida? ¿Es la carcajada de la embriaguez en presencia de los terribles misterios de la humana existencia? Yo no lo sé, pero es lo cierto que estos dos objetos hacen pensar y sumergen el espíritu en una triste y confusa mezcla de reflexiones. Y se aleja uno diciendo, como Horatio á Hamlet:—*Fuera examinar las cosas con excesiva curiosidad el examinarlas de esa suerte.*

*Un parroquiano* (número 86), se llama otro cuadro de Ocaranza, que representa á un hombre de aspecto crapuloso, que enciende su puro en un cerillo, junto á una mesa en que se distingue un vaso de café, como se toma en el *Infiernito*. El traje, el sombrero, los cabellos, el semblante pletórico, los ojos hinchados, todo revela al individuo acostumbrado al alcoholismo.

Este cuadro ha llamado la atención, ha atraído á gran número de curiosos y ha sido objeto de alabanzas. Aquí cabe hacer algunas observaciones sobre la *manera* de Ocaranza, y sobre su colorido especial.

Como la primera exigencia del *género* es que el artista que lo cultiva se inspire en la Naturaleza, y solo en la Naturaleza, por que esta pintura es esencialmente realista y no admite lo convencional, Ocaranza hace bien en buscar sus modelos allí donde existen, y en efecto, él muestra en sus cuadros, que los conoce, que los ha estudiado, que los ha sorprendido. Así es que los bosqueja con franqueza, con soltura. Su pensamiento, general-

mente, queda bien expresado en el lienzo; se comprende bien de dónde parte y adónde va. Pero ¿el dibujo es correcto? ¿el colorido es feliz? ¿la figura queda definida? Nosotros creemos que cuando esas figuras presentan un aspecto de esbozos, es que necesitan de algo que se descuida, es que les falta lo que los pintores franceses llaman *fini*, no el cuidado minucioso del detalle, ni el último toque del pincel, sino la completa representación del pensamiento, la personalidad, pictóricamente hablando, del modelo que se copia. Además, les falta también ese último mecanismo del Arte, los toques finales, cierta delicadeza en el empaste de las tintas, el ambiente, esa gasa impalpable que se interpone entre nuestra vista y los objetos que contemplamos y que disminuye la aspereza de los relieves y la acritud de los colores.

En cuanto al colorido, ¿por qué el Sr. Ocaranza emplea de preferencia para sus cuadros los colores embazados? ¿Por qué aplica á todo trance las tintas brunas que oscurecen sus pinturas y les dan cierto aspecto de dibujos á la sepia? Esto perjudica el conjunto y hace perder el detalle; además, la carnación queda destemplada. Valdría más emplear resueltamente los colores negros de Murillo ó de Rembrandt, los fondos de sombra densa para hacer jugar la luz sobre la figura y producir el relieve. De ese modo aun la coloración de las carnes sería bella, como lo es en los cuadros de esos grandes maestros.

¿Acaso el Sr. Ocaranza trata de imitar la primera manera de Teniers? Pero hay que advertir que este gran artista volvió sobre sus pasos á poco tiempo y adoptó los tonos argentinos con los que ganó su pintura, que fué después luminosa y clara.

Los defectos que hemos notado se advierten principalmente en el cuadro del *Parroquiano*, aparecen menos en otros, si se exceptúan el *cráneo*, que por ser un cuadro triste y desapacible, no los hace inconvenientes, y los dos pequeños *Jugar con fuego*, que es una escena nocturna, y *Un suicidio frustrado*, que parece también presentado de noche. Pero en los demás ese vicio de color se acusa en el fondo de los colores vivos y enturbia los contrastes del claro-oscuro, tan necesarios para la vida del cuadro.

*Confidencias del tocador.* Una joven mirándose los piés en las

lunas de su tocador de mármol y palisandro. Si la jóven señorita hubiera sido pintada con más garbo, el cuadro habria ganado mucho.

*Mademoiselle Melanie Gautire.* Retrato de una jóven parisiense graciosa y morenita, pero no hermosa. Efecto de nieve en el bosque de Boulogne.

*Jugar con fuego.* Pequeño cuadro representando á un raton, que al morder una caja de cerillos, los incendia y huye despavorido. Capricho infantil inverosímil, porque es difícil que un raton se atreva á morder el mixto del fósforo, y en caso de que lo muerda es difícil que este pudiera incendiarse con la simple mordida. Pero en fin, no sabemos hasta dónde puedan llegar la osadía de los ratones y el estrago de sus dientes.

Como quiera que sea, el capricho tiene chiste.

*El Amor y el Interés* es un cuadro de expresion, un estudio de actitudes y fisonomías acentuadas. El pintor escogió una de las cien manifestaciones que pueden tener en el carácter humano el sentimiento del amor y la pasion del interés. Tal vez reprodujo la más fácil y la más inocente. Hay sobre este capítulo otras manifestaciones de un pintoresco más escabroso, más interesante y de una filosofía más triste. En el mundo se ofrecen á cada paso escenas que convidan por su alto interes dramático, no solo al poeta y al moralista, sino al pintor. Ellas alguna vez llegan hasta lo odioso y lo abominable, hasta la caricatura y la deformidad; pero por eso mismo el artista debe abordar esas fisonomías que expresan pasiones fuertes, terribles ó abyectas, como hacia Leonardo de Vinci, segun Arsenio Houssaye, quien dice en la vida de este gran pintor *que buscaba en ellas la armonía universal de la creacion, pues que la imperfeccion le mostraba más seguramente la perfeccion, viendo las formas ideales á través de todas las deformidades, como se ve el rostro al través de la máscara.*

Además, la dificultad mayor supondria, vencida que fuese, mayor gloria en el éxito artístico.

El cuadrito de que hablamos representa á un jóven que recibe en su gabinete una carta de su amada, que le ha entregado un pilluelo, Mercurio de sus amores. El jóven lee con atencion é inte-

res, que se traducen en su sonrisa, la grata misiva; y al descuido mete mano en el bolsillo de su chaleco para dar su propina al pequeño *gamin*. El semblante de este y su actitud revelan la miserable avidéz con que espera su gratificacion, sin cuidarse para nada del efecto que causa la carta de que ha sido portador.

La expresion del pobre y desharrapado niño de las calles es tal, que causa pena. No es la perversidad precoz la que se trasparente en su semblante deformado por la direccion oblicua de los ojos desmesuradamente abiertos y por la sonrisa forzada y servil, sino el hambre; una especie de sumision abyecta y triste. Seguramente este desgraciado niño habria mirado y sonreido del mismo modo si hubiese esperado una recompensa por haber ido á comprar un periódico, una caja de cigarros ó á llevar un cesto. Hay, pues, en su fisonomía contrariada una expresion repugnante, pero más bien dolorosa que malvada. Tal vez el pintor no ha copiado *dal vero*, como dicen los italianos, sino que ha exagerado un poco en su fantasía la expresion de nuestros pilluelos, que por la naturaleza de su raza no tienen en sus manifestaciones de avidéz un gesto tan pronunciado.

En cuanto al jóven enamorado, parece un poco raquíico en las formas, algo anémico y de un aspecto *cursi*, como se dice en el *argot* de Madrid. Pero el artista tuvo presente tal vez el modelo más comun de la juventud mexicana.

*Escenas del taller* se intitula el cuadro que en mi concepto es el mejor de los presentados por Ocaranza. No se notan en él los defectos que hemos mencionado. Al contrario, deleita la vista porque rebosa frescura y gracia.

Representa á una niña como de ocho años en un taller de pintura, y que en ausencia del pintor, toma un pincel y mirándose en un pedazo de espejo se pinta los labios al óleo.

La figura toda está pintada con tan dichoso abandono, con una ejecucion tan franca, tan amorosa, si es posible hablar así, que encanta. Hay naturalidad, hay poesía, hay belleza en esa concepcion llevada á cabo por el artista con un éxito envidiable.

Algunos encuentran incorreccion en el dibujo de las piernas. Yo creo que hay demasiada severidad en tal juicio; la actitud ir-

regular de la niña al reclinarse con la flexibilidad y poco cuidado de la posición del cuerpo que son propios de la edad, hace naturalmente que las piernas y pies aparezcan forzados; pero en cambio hay una piernecita medio desnuda muy llena de naturalidad; en ella la rodilla está bien redondeada y llena de morbidez. Sobre todo, el rostro de la niña es hechicero: la sonrisa que juega en sus labios lo ilumina de un modo admirable.

El artista ha tenido el capricho de encerrar el cuadro en un marco pintado, sobre el cual coloca los pies de la niña. Una observación que tal vez peca de nimiedad. ¿No habría sido mejor colocar en las manos de la niña un espejo pequeñito más bien que un fragmento de espejo roto, que trae á la imaginación cierta idea de miseria? En una composición tan agradable, hasta las sombras más leves debieran desterrarse.

El otro cuadro, que es como la continuación del anterior, se llama *El Castigo*. La misma niña yace medio tendida en el pavimento y con las manos ligadas con la cinta azul que adorna sus cabellos al pintarse. El semblante expresa el enojo y la pena; los ojos negros y bellos están tristes y próximos á derramar lágrimas. La niña ha sido castigada por su travesura. Esta pintura es bastante buena, pero siempre inferior á la primera.

Me he detenido á propósito en el exámen de las obras del Sr. Ocaranza, porque en mi concepto este pintor merece gran atención, pues á pesar de sus defectos tiene inventiva; se consagra á un género de porvenir, y si es tan reflexivo como parece modesto, alcanzará mejor éxito con sus trabajos, que serán más estimados á medida que vaya mejorando su ejecución.

Veamos al Sr. Rebul.

Este artista es de fama en México: fué alumno de la antigua Academia, discípulo de Clavé, pensionado en Roma, Director de la Academia en tiempo del llamado Imperio y actualmente es profesor en la Escuela de Bellas Artes, es decir, en la misma antigua Academia, que ha tomado el nuevo nombre que le ha dado la ley de la República.

Hay un proverbio aristocrático que dice *Nobleza obliga*. Bien puede modificarse diciendo *Renombre obliga*, y así es más razo-

nable. En esa virtud deben esperarse del Sr. Rebul, no prodigios pero sí obras acabadas, casi perfectas, cuando menos sin defectos graves. Lo que ha presentado en la Exposición ¿satisface esta justa expectativa?

En primer lugar se ofrece á nuestra vista un *Retrato del Sr. Villela*, bueno, muy bueno. No es más que un busto, pero de gran parecido, dibujado correctamente y que tiene vida. Lástima que el Sr. Rebul lo haya puesto en un fondo verde oscuro que no armoniza con el color fuertemente moreno del semblante del Sr. Villela. ¿Verdad que tal verde resulta destemplado sirviendo de fondo á esa cabeza? No se necesita ser muy perito para conocerlo. Basta contener una idea mediana de la conveniencia de los colores. La impresión que se recibe al ver el busto, es buena; la que sucede cuando se advierte el fondo, es ágría.

En segundo lugar aparece la *Purísima Concepción*, cuadro original del Sr. Rebul y que pertenece al Sr. Arce.

¿Que no haya habido un genio benéfico que quitase del magín del Sr. Rebul el malhadado capricho de pintar este cuadrito, capaz de dar al traste con su reputación de colorista! Analicemos tranquilamente.

El dibujo de la virgen es bueno, aunque la idea es pobre y la figura carece totalmente de expresión. Es una virgencilla gordiflona, no como la puede concebir un maestro que sabe lo que es bello ideal y que lo debe manifestar ricamente cuando se trata de la hermosa figura de María, sino un muchacho, un dibujante vulgar con una imaginación de *santero* común. Pero pasemos el dibujo y no exijamos mucho de una pintura de pequeñas proporciones, aunque hay miniaturas diez veces más pequeñas que son diez veces más expresivas.

El colorido del fondo, ese sol, porque debe ser un sol, ¿de dónde ha podido venir á la paleta del Sr. Rebul?

¿En qué lugar, en qué estación, á qué hora, bajo qué latitud ha podido ese profesor ver una luz de un amarillo semejante? Si se responde que es una luz mística, que es una luz del Paraíso, nosotros replicaremos que aun así es una luz falsa, absurda; porque al pintor le es lícito idealizar, pero no desnaturalizar. Por

fantástico que pueda presentarse un fenómeno, siempre se debe partir de la Naturaleza; lo contrario seria una locura y una violacion del arte, cuyo objeto esencial es lo bello. Ahora bien, lo bello no puede existir si no tiene por base lo verdadero, y esto aun en las ficciones pictóricas, es decir, aun en los meros productos de la fantasía, como por ejemplo los sueños, las apariciones de espectros, los símbolos religiosos ó mitológicos, porque la ficcion debe limitarse á la idea del cuadro, no á la forma. En la forma no hay sobrenatural, no puede haber sobrenatural. Aun los monstruos de las leyendas parten siempre del objeto conocido.

Para explicarnos con ejemplo, tomándolo del Arte cristiano, precisamente haremos notar que á ningún artista famoso le ha ocurrido jamas pintar una gloria en que los ángeles fuesen de color verde, con ojos de rubíes y dientes de azabache; y ¿por qué? ¿Pues acaso la pintura mística no entra en el dominio de lo arbitrario?

No; no entra: puede elevarse hasta la esfera de lo ideal, pero lo ideal tiene siempre por fundamento lo natural.

Lo contrario seria una aberracion, un delirio *ægrî somnia*, como dijera Horacio, pero no una obra de arte.

Pero el Sr. Rebul ni siquiera ha pintado su *Purísima Concepcion* en una región desconocida, ni aun ha puesto á las plantas de la Virgen la luna y la esfera terrestre, sino que se ha contentado con pintarla de pié sobre una nube, y en medio del espacio, segun se infiere de una pequeña zona de cielo azul, que se distingue perfectamente abajo de la nube.

En esto el Sr. Rebul ha sido fiel á los principios del Arte. El gran crítico Lessing, en su admirable *Laocoon*, dice: "*un cuerpo flotante sin una razon aparente que impida la accion de su pesantez, es un absurdo del que no se encuentra ningun ejemplo entre los artistas antiguos. La misma pintura moderna no se permite jamas nada semejante, y cuando un cuerpo debe quedar suspendido en el aire, es necesario, ó que sea sostenido por alas, ó que parezca reposar sobre alguna cosa, aunque no sea más que una nube.*"

El Sr. Rebul, pues, ha representado á la Virgen en el espacio

y todavía en la region de las nubes. Luego el sol que alumbra ese cuadro debe ser nuestro sol, el mismo que vemos; luego la luz, *por mística* que fuese, debia ser la luz que conocemos, más ó menos bella, pero la misma. Ahora bien, el color de esa luz, ya lo hemos dicho, no se ve jamas así al través de la diafanidad del espacio. Es necesario buscar tan singular color amarillo en otra parte que no sea el cielo, y yo, al menos, no me acuerdo de haberlo visto sino en cierta salsa francesa, llamada *mayonnaise*, cuando he solido comerla con ensalada y salmon, y que por cierto es muy sabrosa.

Valia más haber adoptado resueltamente el fondo bizantino, el fondo de oro puro. Ese, al menos habria sido un colorido convencional, recuerdo de una escuela viciosa, pero aceptada en otro tiempo, como es aceptado hoy en la Glíptica dar á una figura del color de la primera capa de la piedra, el fondo del color de la segunda, cualquiera que sea.

Además del colorido falso de la luz que llena todo el cuadro del Sr. Rebul, hay todavía que censurarle el colorido no menos falso de la nubecilla en que se apoya la Virgen. Esa nubecilla presenta tonos violáceos y negros que no tienen explicacion justificada. El sol amarillo que forma el fondo, debia naturalmente colorar la nube de un modo muy diverso, es decir, que la nube debia ser tambien amarilla, del mismo amarillo-*mayonnaise*, si nos es dado inventar un nombre para semejante variedad, ó cuando más podria ser blanca y trasparente; pero nunca violácea y oscura. Que estudie el Sr. Rebul el efecto de los rayos solares en las nubes y las leyes elementales de la Optica, y verá que su nubecilla es un pequeño disparate. Así pues, esta pintura ha sido hecha con poca reflexion y con poco sentimiento del colorido.

El Sr. Juan Islas, escultor y pintor que tiene buena imaginacion y que se inspira en la Naturaleza, ha presentado varios paisajes. *La Tarde, El Medio dia, Los últimos rayos del sol*, se llaman tres cuadritos reproduciendo diversos paisajes con la entonacion natural en los celajes y en el suelo, producida por la luz á esas horas. Son obras de primera impresion, más bien lo que llaman los franceses *pochades*; pero en las cuales la perspectiva es agradable, aunque la imaginacion tenga que suplir algo, y los árbo-

les, las colinas y las figuras tienen gracia, aunque no ofrezcan la perfección de los toques finales. Es un género de pintura muy gustado en Europa, y su mérito consiste precisamente en su indecisión y en su libertad. Equivale á los primeros bosquejos, en la composición de figuras.

De mayores proporciones son *Un grupo de cabalgadores en Panzacola de Puebla* y *Las vertientes de la Malinche*, aunque presentan todavía el mismo carácter indeciso de los primeros. Sin embargo, los celajes son más definidos y las lontananzas más bien entonadas. La perspectiva es más bella.

No podemos decir más porque se ha tenido la mala idea de colocar esos cuadros á una altura á que no puede alcanzar la vista para percibir distintamente la ejecución. Los paisajes de tamañas dimensiones deberían ponerse más abajo.

Conocemos otras obritas del Sr. Islas, hemos estudiado su modo de pintar, y por eso apreciamos sus cualidades, deseando solo que se consagre á trabajos mayores y de ejecución minuciosa.

La Srita. Julia Escalante ha presentado un cuadro original que está anotado en el catálogo de este modo: "Grazziella inmóvil, con la mirada perdida se quedaba durante horas enteras á la sombra de la higuera."—*Lamartine*.

Es, pues, un pensamiento inspirado por la bella y conocida novela del poeta francés. Nada más romanesco y que sugiera imágenes más poéticas que la pasión y el abandono de esa virgen napolitana medio salvaje que se muere de amor.

Pero ¿la Srita. Escalante ha logrado reproducir la bella imagen de la primera amada de Lamartine? ¿El pincel de la artista ha interpretado bien el recuerdo del poeta?

Tenemos el sentimiento de creer que no.

Desde luego encontramos que la nota del catálogo, que parece ser la descripción de la escena del cuadro, no es exacta, ni está completa, y es preciso completarla para comprenderla. Dice así: "Frecuentemente Grazziella, en vez de seguir alegremente el trabajo, después de haber vestido y peinado á sus hermanitos, permanecía sentada al pie del muro de apoyo del terrado, á la sombra de las grandes hojas de una higuera que subía hasta el

reborde del muro, y permanecía allí inmóvil con la mirada perdida durante largas horas (*pendant des demi journées entières*)."

Esto pasaba todavía en la época en que el poeta se hallaba en Nápoles, habitando la misma casa que Grazziella y después de que esta le había declarado que lo amaba. Era, pues, todavía el tiempo dichoso de la joven, turbado, es verdad, por melancólicos presentimientos que la hacían sumergirse en aquellas meditaciones.

Por consiguiente, la pobre niña no estaba todavía enferma y conservaba sin duda alguna toda la hermosura característica que le atribuye el escritor, aunque nublada á veces por su amorosa tristeza.

Ahora bien: ¿cuál era esa hermosura peculiar y típica que la hace tan interesante? Lamartine la describe minuciosamente con su admirable y poético estilo en el principio de lo que llama Episodio. ¿Quién no ha leído esa descripción? Y ¿quién después de ella no se representa perfectamente el tipo de la adorable provinciana?

Y ¿quién se atreverá á adivinar la encantadora imagen de aquella joven alta, esbelta, de formas griegas, de ojos grandes y rasgados, de mejillas llenas y redondas, de un contorno firme, de boca cuyos labios eran abiertos y más gruesos que los de las mujeres de Francia? ¿quién se atreverá, repetimos, á ver todo aquello, á no ser que tenga mucha fe, en esa figura de muchacha enferma, escuálida y fea que no tiene una sola de las cualidades físicas que le da el poeta?

No: esa joven del cuadro, no es ni la sombra de Grazziella, y sin la nota se la podría tomar por una convaleciente de tercianas.

El color pálido del semblante no está bien expresado; el *peu bruni par le climat*, que dice Lamartine no aparece en él, no tiene en fin la belleza ideal que era de esperarse.

Sí la artista la hubiera representado abandonada ya por su amante, minada por la enfermedad y por la ausencia, podría pasarse, porque las jóvenes hermosas suelen ponerse feas cuando se están muriendo, y aun así, habría que exigir siempre alguna belleza; pero en plena salud, en plena florescencia de hermosura,

cuando la tristeza le da justamente mayor realce, esa Graziella no puede tener patente de indemnidad.

El muro es tambien de color destemplado; para el semblante amarillento de la figura debia haberse escogido otro color.

Y sin embargo de todos los defectos que tiene el cuadro, la Srita. Escalante revela cualidades nada comunes para el Arte. En primer lugar su obra es original y escogió un bello pensamiento, aunque no haya podido expresarlo bien. Esto debe depender de su juventud y de su inexperiencia. Despues hay que decir en su abono que no buscó su modelo sino en la novela, y que no coincidió, de seguro, con la creacion de un poeta difícil de traducir por medio del pincel.

Nos atrevemos á creer que si la Srita. Escalante se hubiese fijado en una escena de la vida real, en un estudio de carácter menos poético, habria acertado. Sin duda alguna su cuadro revela que ella posee vocacion para el Arte y una fantasía romanesca y privilegiada, ejecucion fácil y delicada, particularmente en las ropas.

Hemos acabado en esta sala, y aunque hay en ella otros muchos cuadros, no les hemos consagrado una sola línea por no molestarlos; de veras, por no perturbar su quieta y pacífica posesion, por no violar una sola de sus garantías.

Además, tuvimos en cuenta que unos son retratos, retratos de personas apreciables (esto de calificar retratos es más delicado de lo que se piensa), otros son copias, de copias, de copias incomparables, quiere decir, difíciles de comparar (tambien lo de criticar las copias es delicado, porque, ¿y si el defecto está en el original? allá se vendrán los copistas con aquello de: *Yo echo la culpa á los cómicos ó ellos me la echan á mí*). Por último, hay otros cuadros que representan á caballeros particulares disfrazados de Cristos, y como en ese género cada uno puede hacer lo que guste, no nos creemos con derecho para decir nada.

Así es que dejamos el dicho salon, echando una última mirada (sin ver el Mozart por supuesto), y dirigiendo un tierno adios á todos los mártires desconocidos del Arte, á todos los embriones de Fama futura que por nuestra ignorancia no hemos alcanzado á comprender.

## V

penetré en el salon de pinturas de los alumnos con un sentimiento asaz benévolo. Cuando se critica siquiera levemente á los alumnos, suele decirse por algunos que *se cortan las alas al genio*. Es la frase consagrada desde hace cincuenta años para ahogar la verdad en los labios; es la sentencia terrible y misteriosa con que se ha logrado convertir en el espíritu de algunos jueces la bien intencionada franqueza en una suavísima y acaramelada adulacion, y que ha obligado á no pocos escritores á corromper su tinta con esencia de rosa.

Quizás al hablar así no se tiene en cuenta que las alas del *verdadero genio* se sustraen á todo ataque, y nada tienen que temer de la crítica, porque el *genio* tiene el don de revelarse desde luego.

Todo ello es verdad, pero con todo me decido á guardar una prudente distancia entre los extremos, y así, examinaré con atencion y hablaré con cierta franqueza á la que no se puedan contestar ni la benevolencia, ni la verdad.

*La Virgen María en contemplacion*, por el alumno pensionado Alberto Bribiesca.

Si hubieran de pintarse otra vez los Dolores y Gozos de Señor San José, este cuadro seria el primero de la coleccion y seria un *Dolor*. En efecto, lo que llama la atencion en esta pintura, no es la Virgen contemplando su lamparita á la derecha del cuadro, sino el San

cuando la tristeza le da justamente mayor realce, esa Grazziella no puede tener patente de indemnidad.

El muro es tambien de color destemplado; para el semblante amarillento de la figura debia haberse escogido otro color.

Y sin embargo de todos los defectos que tiene el cuadro, la Srita. Escalante revela cualidades nada comunes para el Arte. En primer lugar su obra es original y escogió un bello pensamiento, aunque no haya podido expresarlo bien. Esto debe depender de su juventud y de su inexperiencia. Despues hay que decir en su abono que no buscó su modelo sino en la novela, y que no coincidió, de seguro, con la creacion de un poeta difícil de traducir por medio del pincel.

Nos atrevemos á creer que si la Srita. Escalante se hubiese fijado en una escena de la vida real, en un estudio de carácter menos poético, habria acertado. Sin duda alguna su cuadro revela que ella posee vocacion para el Arte y una fantasía romanesca y privilegiada, ejecucion fácil y delicada, particularmente en las ropas.

Hemos acabado en esta sala, y aunque hay en ella otros muchos cuadros, no les hemos consagrado una sola línea por no molestarlos; de veras, por no perturbar su quieta y pacífica posesion, por no violar una sola de sus garantías.

Además, tuvimos en cuenta que unos son retratos, retratos de personas apreciables (esto de calificar retratos es más delicado de lo que se piensa), otros son copias, de copias, de copias incomparables, quiere decir, difíciles de comparar (tambien lo de criticar las copias es delicado, porque, ¿y si el defecto está en el original? allá se vendrán los copistas con aquello de: *Yo echo la culpa á los cómicos ó ellos me la echan á mí*). Por último, hay otros cuadros que representan á caballeros particulares disfrazados de Cristos, y como en ese género cada uno puede hacer lo que guste, no nos creemos con derecho para decir nada.

Así es que dejamos el dicho salon, echando una última mirada (sin ver el Mozart por supuesto), y dirigiendo un tierno adios á todos los mártires desconocidos del Arte, á todos los embriones de Fama futura que por nuestra ignorancia no hemos alcanzado á comprender.

## V

penetré en el salon de pinturas de los alumnos con un sentimiento asaz benévolo. Cuando se critica siquiera levemente á los alumnos, suele decirse por algunos que *se corren las alas al genio*. Es la frase consagrada desde hace cincuenta años para ahogar la verdad en los labios; es la sentencia terrible y misteriosa con que se ha logrado convertir en el espíritu de algunos jueces la bien intencionada franqueza en una suavísima y acaramelada adulacion, y que ha obligado á no pocos escritores á corromper su tinta con esencia de rosa.

Quizás al hablar así no se tiene en cuenta que las alas del *verdadero genio* se sustraen á todo ataque, y nada tienen que temer de la crítica, porque el *genio* tiene el don de revelarse desde luego.

Todo ello es verdad, pero con todo me decido á guardar una prudente distancia entre los extremos, y así, examinaré con atencion y hablaré con cierta franqueza á la que no se puedan contestar ni la benevolencia, ni la verdad.

*La Virgen María en contemplacion*, por el alumno pensionado Alberto Bribiesca.

Si hubieran de pintarse otra vez los Dolores y Gozos de Señor San José, este cuadro seria el primero de la coleccion y seria un *Dolor*. En efecto, lo que llama la atencion en esta pintura, no es la Virgen contemplando su lamparita á la derecha del cuadro, sino el San

José que se adelanta al primer plano con un semblante pálido, con una palidez cadavérica y un vestido verde, óxido de cobre espantoso. Ya puede figurarse el lector la armonía deliciosa que resultaría de esos dos colores que se rasguñan literalmente cuando están juntos.

La Virgen tiene regular dibujo; pero la idea de la composición es pobre. La Santa está representada como una devota vulgar junto á una mesita de triste apariencia, sobre la cual hay una lamparilla de forma moderna. En el fondo hay una cortina, limitando algo como una alcoba de enfermo, de la que sale Señor San José con el aspecto ya dicho, y molesto como si hubiera pedido algo y no se le hubiera llevado. La habitación parece por su luz y su apariencia una vivienda húmeda de casa de vecindad. No hay en ese cuadro ni bello ideal, ni sentimiento religioso.

*El Amor materno*, copia de Van-Muyden, por el alumno Manuel Buenabad. Nos parece buena.

*Ismael en el desierto*, copia de Sagredo, por Manuel Pastrana. Bien ejecutada, y es de alabarse el gusto en copiar ese cuadro bellísimo, como todo lo de Sagredo.

*Toros en un establo* — copia — por Manuel Buenabad. Ejecución agradable, lo mismo que la de la *Campiña romana*, copia de Zahner. Creemos que este alumno tiene buen gusto y ejecuta con delicadeza y sentimiento.

*La Virgen de Belen*, copia de Murillo por Gonzalo Carrasco. Copiar á Murillo ya es por sí solo un trabajo loable. Al menos en los cuadros de ese gran maestro no se aprende á pintar con colorines.

*La familia del mártir*, cuadro original del alumno pensionado José María Ibarraran. El catálogo trae aquí una nota que es como sigue: "Durante la última persecución del Cristianismo en Roma, la viuda de un mártir trae á su hijo á una cripta en las catacumbas, y le dice: "Hijo mío, hé aquí el sepulcro de tu padre." Hasta aquí la nota; ahora comienzo yo. ¡Dios permita que el jóven Ibarraran obtenga una pensión en Roma para que pueda visitar las catacumbas é inspirarse allí del verdadero color local de aquellos subterráneos!

Entretanto, siquiera que se entretenga leyendo la famosa obra de Rossi *Roma subterránea*, las páginas de Stendhal ó el bellissimo libro de Francisco Wey, y no poco del trabajo contemporáneo de Mr. Aubé sobre las *Persecuciones de la Iglesia* en tiempo de los emperadores, para que no vuelva á presentar una cripta antigua, iluminada y adornada como una capillita moderna de esas que solían hacer los frailes por curiosidad debajo de algunos conventos.

Si alguno ha dicho al Sr. Ibarraran que su capillita es una catacumba, aunque ese alguno haya estado en Roma, lo ha engañado (de buena fe, se entiende), porque tal vez sea una de aquellas personas de quienes dice Francisco Wey que habiendo visitado solamente las catacumbas de San Sebastian, vuelven creyendo que todas son lo mismo, ó de aquellas otras que como Raoul de la Roquette creen que para conocer bien las catacumbas no es preciso haberlas visto.

El jóven Ibarraran ha metido en su cuadro una hermosa luz solar, como si las catacumbas tuvieran uno de esos amplios tragaluces que hay en los salones de San Carlos. ¿Y el carácter geológico de las catacumbas, está estudiado? ¿Y la forma de los sepulcros? ¿Y los símbolos que señalaban el depósito del cuerpo de un mártir? Confesemos que ese cuadrado es de pura fantasía, y que cuando se tratan los asuntos arqueológicos debe consultarse un poco la Arqueología.

En cuanto á las figuras, tienen algun dibujo, pero la expresión es fria. ¡Ah! ¡los colores de los vestidos! ¿Cómo no habia de ser necesario colar allí luz solar, puesto que de otro modo no habian de lucirse esos trages domingueros?

Pero apenas acababa yo de ver este último cuadro, cuando algo como una luz de Bengala me llamó la atención. ¿Qué hay? me pregunté. Y un cuadro de relumbron se presentó á mi vista.

Este cuadro se titula: *Ante la luz del Cristianismo el Paganismo es destruido*. Título más digno de una pastorela de Osorno ó de un coloquio antiguo que de una pintura. El autor es el alumno pensionado Antonio Ruiz, quien creyó conveniente anunciar su obra en el Catálogo con el trocito de literatura pedante que verá el curioso lector.

Dice así: "El templo de orden jónico se halla alumbrado por la luz del Cristianismo (¿cuál será esa luz? ¿la del Sr. Rebul?) simbolizada en el hachon (ah! no; es la del hachon, ¡bonito símbolo!) que levanta la figura de la derecha del espectador. En el centro del cuadro se ve la figura de Júpiter Tonante, destruida la cabeza á los golpes de los cristianos.

A la izquierda se ven dos mujeres: una de ellas sostiene la cruz, que desde la destruccion del paganismo servia de justo objeto de adoracion, en tanto que la otra bendice el signo de salvacion, que á la vez (¡á la vez!) elevó á la mujer al rango y dignidad que tiene." (¡Cuadro original!) debia decir tambien ¡literatura original!

Yo no sé qué hacer en tamaño conflicto, si examinar de preferencia ese pedacito de Historia y de Filosofia, ó el cuadro. Me decido por el cuadro, aunque se me hace agua la boca por decir algo de la literatura. ¡Donosa manía la que se va introduciendo entre los pintores de San Carlos! ¡Anunciar los cuadros con el mismo énfasis que usan los que enseñan el *totilimundi!* Yo creo que en esto debiera intervenir el Ministerio de Justicia, ya que no hay buen gusto en los profesores ni en los directores.

Veamos el cuadro: En efecto, dos cristianos muy buenos, pero muy bárbaros, hacen pedazos la estatua de un Júpiter de mármol. Pero consolémonos, no es una obra maestra; es un Júpiter de tres al cuarto, como quien dice, un Jesus Nazareno de Cuauhtitlan ó de Ixtacalco. No le hace. ¡Ah! ¡Si fuera el Júpiter de Fidias, solo por verlo pintado tal como era, por el Sr. Ruiz, le perdonaríamos su entusiasmo destructor, su vieja ridícula, su moza con cabeza de imbécil, sus dos cristianos con una admirable expresion de idiotismo, y su apóstol vestido de verdugo del Teatro de Nuevo México.

Pero examinemos en detalle; lo merece. Ya hemos dicho que la estatua representada, es banal; el pecho achatado, más bien de un ídolo azteca que de una estatua hija del Arte clásico; las piernas y los piés del Vulcano de la *Aida*, y una gran cotorra á sus piés simulando el águila del dios. Un cristiano trepado en el altar ha derribado á golpes la cabeza del Padre del Olimpo, que rueda

en el suelo, y á lo que resta á la estatua de pescuezo una vieja, una Celestina, le presenta una cruz de palo con ademan de exorcismo, como diciéndole: *De parte de Dios te pido que me digas quién eres.* El pescuezo no se conmueve, por supuesto, y espera resignado, con la resignacion de la piedra bruta, los golpes que le sigue asestando el hombre bruto. Una especie de tontuela contempla el caso con un síntoma de diversion, y aun creo que hace algo para dar animacion á su carácter de entremetida en la escena; otro cristiano hace ademan de levantar á su vez el martillo, pero es de temerse que en vez de pegar á la estatua le pegue á la vieja ó á la tonta ó al bárbaro de arriba. Entretanto, un petrolero, barbudo como un gastador, y con una túnica roja capaz de poner en conmocion á toda la Hacienda de Atenco, levanta el hachon (que simboliza la luz del cristianismo), el cual hachon es simplemente una luz de Bengala, de esas con que figuran los relámpagos en los dramas de Bouchardy.

¡Oh! ¡Cuélgate, Floritos! Ha nacido ya en la Academia tu victorioso rival. Él te ha robado tu Dante, lo ha enderezado, le ha cortado la cabeza como los cristianos á Júpiter, le ha puesto la cabeza barbuda del *Abraham* de Rebul, lo ha vestido de verdugo de tragedia patibularia, y en lugar de hacerlo contemplar la luz del Infierno se la ha puesto de antorcha y ha derramado á chorros el color rojo en la túnica, de tal modo y con tal arte que te ha vencido en esos efectos de horno para cocer ladrillo.

Para concluir el exámen, debemos confesar sinceramente que hemos advertido un detalle feliz en el cuadro, y es la cortadura del pescuezo de la estatua, en la que se ve un buen estudio del mármol despedazado. Pero pensándolo bien, por ese pescuezo roto no valia la pena de embadurnar tanto lienzo.

En cuanto á la idea, haciendo el debido acatamiento á la fe religiosa del Sr. Ruiz, pero teniendo tambien en cuenta que es un cultivador de las Bellas Artes, nos ocurre decir que tal vez es el primero que haya tenido la luminosa idea de glorificar en Pintura, es decir, por medio de las Bellas Artes, el exterminio de las Bellas Artes. Lo que se ha acostumbrado hasta aquí es lamentar el estrago que causó en las obras clásicas antiguas el

fanatismo ignorante de los que inspirados por una imprudente piedad iconoclasta destruyeron los bellos modelos del Arte pagano. Tal vez fué preciso para borrar toda huella de paganismo; pero lo que fué preciso entonces no parece glorioso hoy, no pareció glorioso á Leon X ni á Julio II, á los grandes pontífices del Renacimiento y á los grandes artistas cristianos que se apresuraban á reconstruir con fragmentos las obras maestras de la escultura griega y romana, á fin de inspirarse en ellas para sus creaciones del Arte cristiano. Seguramente el Sr. Ruiz no ha estudiado ni pizca de la Historia de las Bellas Artes. ¿No hay Biblioteca en la Academia de San Carlos?

Este cuadro singular me recuerda una de las más bellas páginas del libro de Henri Houssaye, intitulado *Historia de Apeles*. Hablando de la destruccion de las obras antiguas llevada á cabo por el Cristianismo, dice: *El Cristianismo; el Cristianismo que no ha aniquilado sino el alma del helenismo, pero que no ha matado su cuerpo; el Cristianismo, cuyos apóstoles han disipado fácilmente los símbolos del politeísmo; el Cristianismo, cuyos apóstoles, á pesar de sus anatemas, de sus maldiciones, de sus perpétuas amenazas, no han hecho sino quitar el polvo extendido sobre los mármoles de Fidias y de Praxiteles.*

Esta es la única respuesta al pensamiento de ese cuadro. Y en efecto, lo que esos cristianos azuzados por esa vieja destruyen, mañana será buscado por los papas y los grandes artistas arrojados delante de los fragmentos. Solo que volverán á tirarlo mirando que es el Júpiter de Ruiz.

Para concluir y para quitar un título tan largo á este cuadro de cohertería y de taumaquia, yo le llamaria *La barbárie cristiana*.

El mismo alumno pensionado Ibarraran presenta otra pintura original, anotada de esta manera: *La Virgen cristiana, libre de las borrascas de las pasiones y guiada por la luz de la gracia, camina constantemente hácia el cielo por el áspero sendero de la vida.*

Parece que en la antigua Academia ha corrido en el bienio pasado un aire de penitencia y que los cuadros que hemos visto han sido impuestos en expiacion de pecados juveniles. Solo les

falta el letrero aquel, al menos en el catálogo: *A devocion del Sr. D. Fulano de tal.*

*Si yo tuviese el honor de ser el público, como decia Stendhal, manifestaria que no me siento con la obligacion de soportar estas penitencias de los pintores; pero no lo soy, y me someto.*

La virgencita del Sr. Ibarraran es simplemente un muchachito jorobadillo, enclenque, disfrazado de doncella con una túnica impermeable de color blanco de leche, cabeza sin expresion ninguna, y presentando todos los rasgos de masculinidad de un niño púber. Más bien parece que el muchacho está medio avergonzado de que lo hayan vestido de mujer.

La túnica parece que en efecto acaba de salir del agua; tal está de escurrida. El ademan para levantársela por la parte delante es desagradable. La luz que ilumina á la vírgen es de un color de azufre feísimo. A un lado en el fondo, se ve el mar, un mar sin carácter y sin belleza; el accesorio del buque sobre el cual cae una cosa figurando el rayo, es pobre; el rayo es un cohete; el cielo de un azul turbio, no tiene el color tempestuoso. En suma, la perspectiva es viciosa toda. Se conoce que el jóven Ibarraran no se inspira en la Naturaleza; no ha cogido el efecto de una tempestad en un cielo marino.

Sobre todo, el dibujo es incorrecto y amanerado, la figura no tiene esbelteza, no se acusan al través de la túnica las bellas y suaves formas de la mujer, de la vírgen, y es que realmente este jóven alumno no debe haber tenido por modelo á una niña, sino á un mancebito. Precisamente cuando se quieren presentar ideales religiosos, inspiraciones castas, es indispensable copiar á la Naturaleza.

El más sincero de los pintores cristianos, Fra Angélico de Fiesole, estudiaba á la Naturaleza y amaba las formas de la belleza griega. Aunque Fra Angélico en su época (1387-1455), segun dice el profesor Lübke, "*aparece solo en su manera como una flor que se abre tardíamente y que pertenece á una estacion ya pasada,*" la verdad es, y así lo cree Arsenio Houssaye, que á pesar del profundo sentimiento cristiano que caracteriza sus obras, *él habia estudiado la Antigüedad, la Edad Média y la Naturaleza, que él no*

*desdeñaba la belleza antigua, aunque ella le hablase por medio de los falsos dioses, porque la Belleza es como el vaso precioso en que se quemán los perfumes, se la puede colocar sobre todos los altares."*

Un eminente escritor italiano de nuestro tiempo, gran conocedor de las Artes en su patria, Petruccelli della Gattina, se avanza todavía más, y hablando de Fra Angélico dice: "Fra Angélico italianiza la belleza griega y la hace provocadora y tiernamente voluptuosa, como la Leda antigua, y da á los santos, aun en los cuadros de los mártires, la plácida armonía de las figuras esculturales. Angélico aspira al paraíso y se encuentra en el jardín de Armida. Sueña con una vírgen y crea una odalisca. Parte de un ángel y concluye en Ganimedes. La tierra lo atrae, lo retiene, lo enlaza."

El mismo autor refiere que el otro pintor cristiano y monje, Fra Filippo Lippi, retrató en sus cuadros á todas sus conocidas. ¿No tenía el jóven Ibarraran alguna conocidita á quien retratar para su *Virgen cristiana*, que fuese verdaderamente mujer y bella, á fin de no presentar la figura de ese adolescente flacucho que parece salir envuelto en una sábana, de la alberca Pane?

Decididamente no se ha comprendido en la Escuela de Bellas Artes el ideal cristiano.

Número 15.— *Cabeza, copia de Pina*, por Manuel Márquez.

Número 18.— *Cabeza, copia de Pina*, por Gonzalo Carrasco.

Número 28.— *Cabeza, copia de Pina*, por Manuel Pastrana.

Número 32.— *Cabeza, copia de Pina*, por Manuel Márquez.

Número 33.— *Cabeza, copia de Pina*, por Juan Ortega.

Van á llenar los alumnos toda la Academia con cabezas de Pina. ¡Reina un gran entusiasmo por la variedad en esa Escuela! De modo, que así como el *Dante y Virgilio* de Flores es la *Stella confidente*, la *Cabeza de Pina* es *Sul' onda*, romanza con que acatarran en México en estos dias.

*Educacion moral* (número 38). Cuadro original por Alberto Bribiesca. Aquí estuvo mejor inspirado este alumno, que en su cuadro de San José. El pensamiento es bellísimo. (Una madre conduce á su hija á socorrer á un menesteroso). La ejecucion tiene algunos defectos; pero en general es buena. La madre es de

un tipo triste y no tiene gran expresion. Valia la pena de haberla dibujado con mayor valentía; la niña tambien es poco expresiva. En cambio el anciano mendigo es magnífico, su ejecucion tiene una naturalidad que encanta.

*Despues de la fiesta*, se llama un cuadro original que en nuestro concepto es el mejor de esta sala. Su autor es el alumno pensionado Librado Suarez. Representa á una familia de indígenas en diversas actitudes y sobre las gradas del átrio de un templo. Los tipos indígenas, difíciles por su colorido y por su carácter de dulzura melancólica que en algo modifica su fealdad de raza, están bien, muy bien manifestados. Pero la figura capital del cuadro es la del jóven indio que se halla sentado en primer término. Todo en ella es natural y verdadero; la fisonomía que, aunque de una gran regularidad, no es rara entre los aldeanos indígenas, la vivacidad enérgica de sus ojos, la gracia y abandono de su actitud que expresa bien el reposo del cuerpo, pero la actividad del espíritu; hasta los piés desnudos cuyas plantas se ven, son admirables. Podian parecer anti-estéticos por enseñar la planta con el polvo que es natural, pero esto no puede sostenerse desde el momento en que grandes artistas que sentian la Belleza no han vacilado en pintar piés así. Miguel Ángel pintó en los ángulos de la capilla Sixtina un grupo de parientes de la Vírgen, entre los que hay un viejo con los dos piés mostrando la planta. Rafael en la Transfiguracion pintó tambien á su Evangelista con un pié mostrando la planta. Basta con esos dos ejemplos para autorizar esta reproduccion. En el segundo término hay algunos defectos de detalle, pero ellos están compensados por las bellezas del primero.

El alumno Suarez está en buen camino.

*Condenacion de San Lorenzo* (número 40). Este cuadrito es del autor de la *Barbarie cristiana*, y es al mismo tiempo un segundo desastre.

Stendhal llamaba á ciertos cuadros de pequeñas proporciones *cache-sottise*, que puede traducirse *tapa-tonteras*. No creo yo que este título pudiera aplicarse nunca con más justicia que á esta pintura detestable.

Figúrense vdes., lectores, un pretor ó emperador que se sienta en una plataforma como en la que hace justicia el alcalde de Tacuba, cubierta la cabeza con el casco como quien va á la guerra; en su derredor sayones como de Semana Santa; el San Lorenzo con una sotana blanca, inclina la cabeza con todo y auréola, como un reo convicto y con un semblante sin expresion de ninguna especie. Parece que se ensaya en dar los buenos dias. Allí mismo, en el salon imperial tapizado con alfombra del país, se levanta una hornilla de peluquero en la que se calientan algunas tenazas, como si fueran á rizar los cabellos del santo mártir.

En el fondo un grupo de gentes muy tranquilas y muy mal dibujadas, y arriba, ¡oh! arriba es un primor; hay una gloria con angelitos de dulce de Noche Buena, de un color sucio de confite. Estos angelitos están sobre una nube, y la luz que descende de ellos hasta el suelo no se manifiesta por resplandores, sino por unos alambres dorados en la forma de rayos de coche. La gloria tiene una confusa mezcla de colores crudos, el gris, el pardo, el azul, el amarillo, el verde, en fin, todas las variedades de la sopa *julienne*.

No parece, en fin, gloria, sino un pingajo desteñido y colgado allí en un tendedero. Este cuadrito es tan malo como el Mozart.

Ha hecho bien el alumno Buenabad en copiar mejor el bello cuadro de Pablo Veronés, *Jesus en casa de Simon el fariseo*, que es una muestra admirable de la pintura de género en los asuntos religiosos, que en hacer originales, como la *Condencacion de San Lorenzo*.

Nos salimos de esta sala con la vista fatigada por los relumbros y los disparates, y descansamos verdaderamente entrando en la de paisaje de los alumnos. Hasta experimentamos una sensacion de bienestar.

El alumno pensionado Carlos Rivera ha presentado dos cuadros de perspectiva y tres de paisaje. En mi concepto los cinco son excelentes; pero los dos primeros darian por sí solos un nombre envidiable á cualquier artista. Este jóven puede abrigar un legítimo orgullo por haber producido dos bellísimas obras.

Estas obras son *El segundo patio del Hospital de Jesus* y *El pa-*

*tio del antiguo Hospital Real*. Yo pregunto, ¿no ha sido una necesidad poner esas notas ridículas del catálogo para explicar cuadros que sin ellas se explican perfectamente?

¡Qué luz tan bien expresada! ¡Qué efectos tan felizmente sorprendidos! ¡Qué verdad, qué delicadeza de pincel, qué sentimiento de naturalismo tan privilegiado! No hay duda, la Naturaleza reconoce á sus verdaderos sacerdotes y les prodiga sus tesoros con amor.

No se encuentra que censurar en estas encantadoras perspectivas. En la primera, los muchachos, las mujeres, la gallina, y los perros, la fuente, todo es verdadero; pero hay en los corredores de arriba dos ó tres arcos con el fondo oscuro del corredor, los pretilos y las macetas de flores que producen una ilusion completa. Sobre todo hay una maceta con una flor azul que se destaca del fondo de un modo encantador.

Yo no soy inclinado á la admiracion, pero lo verdaderamente bello en el arte me subyuga. Sé admirar y experimento una gran satisfaccion en reconocer el mérito donde quiera que lo encuentro.

*El Patio del Hospital Real* es tan bello como el anterior, al grado de que la eleccion entre los dos seria difícil. Las lavanderas, el hombre, el niño, el caballo, son de una verdad incontestable; pero lo grande que hay en este cuadro, lo mismo que en el otro, es la luz: el color propio de la luz de la tarde brilla aquí, como en aquel la luz de la mañana avanzada. Yo creo que el pintor que logra reproducir la luz con su colorido propio ha vencido la dificultad del Arte, y que puede preciarse de ser un colorista.

El Sr. Rivera ha tenido esa fortuna, y toda expresion seria débil para felicitarlo. Baste decir que sus perspectivas parecen perspectivas naturales, vistas al traves de un lente y nada más.

Los paisajes son bellísimos y tienen el encanto, la suavidad, la gracia de la Naturaleza. Revelan tambien un exquisito gusto para escoger los puntos de mira.

El primero se llama *Alamos del rio del Consulado en el camino de la Villa de Guadalupe*; el segundo, *Pórfidos traquíticos del lado occidental del cerro del Tepeyac*, y el tercero *Vista de una parte de la ciudad de México*. Los celajes son blandos, transparentes, apa-

cibles; las nubes flotan y se mecen suavemente en el espacio ó se acumulan como vellones blanquísimos y espesos, pero sus contornos no presentan una sola dureza; las lontananzas son gratas, se siente en ellas la diafanidad de la atmósfera de nuestro valle.

No hay duda; en el joven Rivera se encierra una gran esperanza para el Arte. Si él continúa cultivando el trato de la Naturaleza y recibiendo de ella sola sus inspiraciones, llegará á ser el paisajista por excelencia.

Pasemos de lo mejor á lo peor que han presentado los alumnos de esta Escuela, y eso será el *bouquet* del fin.

En otra sala se encuentran los estudios del desnudo, pasables como siempre. Pero hay allí tambien un gran cuadro que más llama la atención, y ha sido presentado por el alumno pensionado Felipe Ocádiz. Se intitula "*Delirio de Iugurta*" y trae la nota siguiente: "Iugurta prisionero de Mario en Roma, arrojado á una cárcel, y despojado por los lictores de los vestidos y anillos que llevaba, perdió la razón mirando constantemente en su imaginación perturbada á su enemigo."

Ahora bien; todo este cuadro es un gran disparate del que no se escapa más que el marco dorado que lo sostiene.

El célebre rey africano está representado como un hombre blanco de cuarenta años, llevando en los cabellos largos, lacios y negros, una diadema; y como si esto no bastara para darle el carácter real, detras de él se muestran una corona de oro y un manto de púrpura echados sobre un banco. El rey, que lleva además una tunicela azul bordada de oro, señala con semblante azorado un letrero que aparece en el muro de la prision como escrito con fósforo, y que dice *Marius*.

Yo supongo que este es un cuadro histórico; al menos así está anunciado y así debe ser. De otro modo no se habría llamado Iugurta, sino otra cualquiera cosa, al gusto del espectador.

En consecuencia hay que pedirle verdad histórica, porque las pinturas que representan escenas de la Historia profana, no son como las pinturas religiosas en las que domina el sentimiento poético, y se puede admitir una verdad convencional.

En Historia no: en Historia hay que hacer las cosas bien, ó no hacerlas. No se puede representar á Napoleon I vestido de comandante, ni á D. Benito Juarez con las patillas de Maximiliano. ¡Sería una barbaridad!

Pues es una barbaridad representar á Iugurta blanco, siendo como era nativo de la antigua Numidia, region de la Africa Septentrional que coincide con la moderna Argelia, y siendo además descendiente de los Libios indígenas, negros de color y presentando el tipo africano puro de los antiguos Gétulos, puesto que los Numidas no se habian mezclado con los Persas, ni con otros pueblos como los habitantes de la Mauritania.

Ha sido muy aventurado pintar á Iugurta, porque apenas hay una personalidad más conocida que la suya en la Historia clásica. Salustio ha hecho del famoso rey un verdadero retrato, como dice muy bien Edward Bunbury, uno de sus biógrafos.

En efecto, nada ignoramos habiendo leído á Salustio y á Plutarco, de lo que se refiere á ese guerrero astuto y valiente. Así, por ejemplo, el primero de estos autores nos dice que por su bella figura (*decora facie*), grandes fuerzas físicas, habilidad para manejar las armas, para montar á caballo, para la carrera á pié, para combatir con los leones y otras fieras, y por diversas cualidades, se hizo querer de todos.

Tenia, pues, bella figura; pero en su tipo, Sr. Ocádiz, esos términos se entienden siempre hábilmente. Primer error.

Cuando fué entregado por su suegro á Syla, cuestor de Mario, y conducido por este á Roma para adornar su triunfo, Iugurta era viejo. Segundo error.

Plutarco dice que en efecto perdió el sentido durante la marcha triunfal y que fué llevado á la prision y despojado por los lictores de todas sus prendas. Que allí ciertamente, con el espíritu enajenado, soportó todavía seis dias de hambre y de frío, hasta que murió.

Así pues, no tenia alhajas, ni corona, ni manto de púrpura, y aun así lo anuncia el catálogo. ¿Por qué, pues, se le ha dejado todo eso? Tercer error.

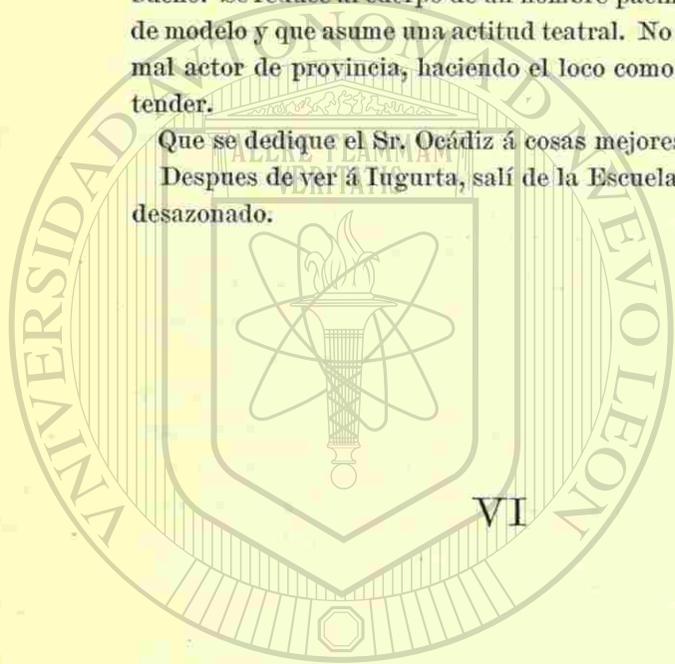
Nadie se enfurece con un letrero: se enfurecerá en todo caso con una imágen, con una idea. Cuarto error.

Los letreros fantásticos en un cuadro histórico son un absurdo. Quinto error.

En fin, es un cuadro en que hormigean los errores. Por lo demás, el estudio del desnudo sin pretension histórica, es bastante bueno. Se reduce al cuerpo de un hombre pacífico que se alquila de modelo y que asume una actitud teatral. No es un loeo, es un mal actor de provincia, haciendo el loco como Dios le da á entender.

Que se dedique el Sr. Ocádiz á cosas mejores.

Después de ver á Tugurta, salí de la Escuela de Bellas Artes desazonado.



Fuí á la galería moderna, contemplé con un sentimiento de admiración mezclado de trizeza y por centésima vez el cuadro de Sagredo "El castillo de Emaus."

—¿Se habrá sepultado, me pregunté, en la tumba de Sagredo el genio de la Pintura mexicana?

Al salir de la Academia acerté á reunirme con un amigo muy inteligente.

—¿Qué le parece á vd. de las Bellas Artes mexicanas, á juzgar por la Exposición de hoy?

—Creo que se mantienen estacionarias, le respondí.

—¿Estacionarias? me replicó: no, amigo mio, están en decadencia. En los tiempos que corren, en medio del adelanto verti-

ginoso de nuestro siglo, el que se detiene se atrasa. Allí, me dijo señalando el edificio de la Escuela, con excepcion de dos ó tres obras de artistas jóvenes, todo manifiesta un atraso incontestable.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

U A N I L  
P O S T - S C R I P T U M .

DESPUÉS de haberse publicado los artículos anteriores en *La Libertad*, he tenido ocasion de ver, invitado por Jorge Hammeken y Mexia, tres pequeños cuadros de Alejandro Casarin, dos de los cuales aun no están concluidos.

En mi concepto, si estos tres cuadros se hubiesen presentado en la Escuela de Bellas Artes, habrian sido las perlas de la Exposición.

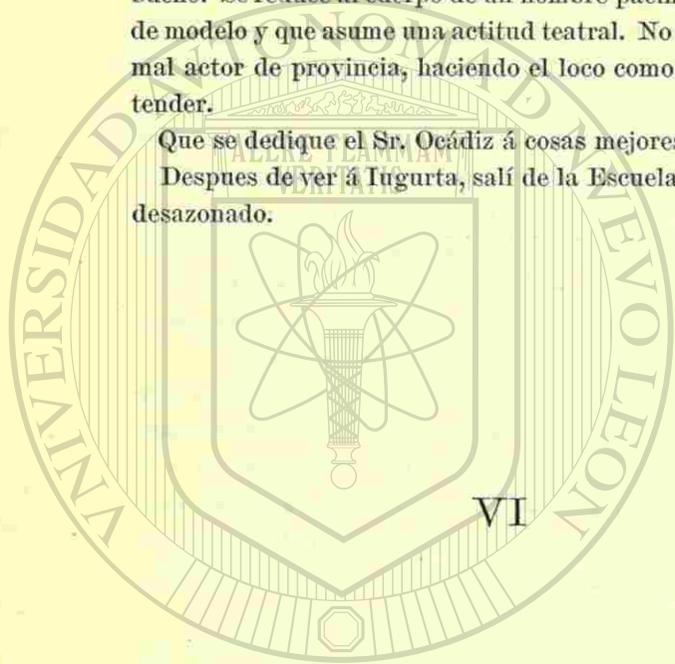
El primero se intitula *La Lectura*, y representa á un estudiante viejo, amante de la Arqueología, semi-soldado, y que lee con

Los letreros fantásticos en un cuadro histórico son un absurdo. Quinto error.

En fin, es un cuadro en que hormigean los errores. Por lo demás, el estudio del desnudo sin pretension histórica, es bastante bueno. Se reduce al cuerpo de un hombre pacífico que se alquila de modelo y que asume una actitud teatral. No es un loeo, es un mal actor de provincia, haciendo el loco como Dios le da á entender.

Que se dedique el Sr. Ocádiz á cosas mejores.

Después de ver á Tugurta, salí de la Escuela de Bellas Artes desazonado.



Fuí á la galería moderna, contemplé con un sentimiento de admiración mezclado de trizteza y por centésima vez el cuadro de Sagredo "El castillo de Emaus."

—¿Se habrá sepultado, me pregunté, en la tumba de Sagredo el genio de la Pintura mexicana?

Al salir de la Academia acerté á reunirme con un amigo muy inteligente.

—¿Qué le parece á vd. de las Bellas Artes mexicanas, á juzgar por la Exposición de hoy?

—Creo que se mantienen estacionarias, le respondí.

—¿Estacionarias? me replicó: no, amigo mio, están en decadencia. En los tiempos que corren, en medio del adelanto verti-

ginoso de nuestro siglo, el que se detiene se atrasa. Allí, me dijo señalando el edificio de la Escuela, con excepcion de dos ó tres obras de artistas jóvenes, todo manifiesta un atraso incontestable.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

U A N I L  
P O S T - S C R I P T U M .

DESPUÉS de haberse publicado los artículos anteriores en *La Libertad*, he tenido ocasion de ver, invitado por Jorge Hammeken y Mexia, tres pequeños cuadros de Alejandro Casarin, dos de los cuales aun no están concluidos.

En mi concepto, si estos tres cuadros se hubiesen presentado en la Escuela de Bellas Artes, habrian sido las perlas de la Exposición.

El primero se intitula *La Lectura*, y representa á un estudiante viejo, amante de la Arqueología, semi-soldado, y que lee con

deleitacion algunas hojas de un libro antiguo, sentado en un sillón delante de su mesa, cargada de curiosidades y de primores arqueológicos.

Un gran biombo de color rojo y una cortina limitan el fondo por un lado, y en el otro se ve un estante en el que se ostentan libros raros y viejos *in folio* forrados de pergamino.

El cuadro es pequeño, pero contiene tal número de bellezas, que no puede uno menos que detenerse un gran rato contemplándolo con exquisita fruición.

La figura del estudiante es acabada. El semblante atento, los ojos fijos é inteligentes, la animacion que el artista ha sabido expresar con una verdadera felicidad en todas las facciones, hacen de esta cabeza un estudio de primer orden. La actitud del cuerpo, el traje, los accesorios, son de una verdad innegable. Sobre todo, hay entre estos accesorios un libro viejo tirado en el suelo que no puede ser mejor pintado. Realmente esta obra es un triunfo del Sr. Casarin, que no desdeñaria ningun pintor de fama.

El cuadro ha sido vendido ya para Inglaterra.

El segundo, que Hammeken ha llamado *La Tesorería del Purgatorio*, representa á unos frailes, de los cuales tres entregan y cuentan sobre una gran mesa una fuerte suma de dinero que recibe el padre superior, y que va depositando en la caja del convento otro fraile.

Concluido, porque hasta ahora quedan dos figuras solo bosquejadas, este cuadrito será delicioso y de un estudio difícil y admirable. Los frailes que entregan el dinero, y que ya están definidos, son soberbios.

El tercero representa á otro fraile que se desayuna con un gran vaso de leche y bollos; pero en el momento de devorar una gran sopa, le acomete una risa insensata, quizás al recuerdo de alguna fechoría. Arriba del fraile se muestra colgado en la pared un gran cuadro místico, de aquellos cuadros desapacibles y sombríos que causaban ictericia al que los veía en los antiguos conventos. También ese cuadro es bello.

No duermen, pues, los soldados de Casarin en cuarteles de invierno. Esos tres cuadros equivalen á una batalla ganada. Las

cualidades que sobresalen en las obras de este artista notable son, á no dudarlo, una concepcion feliz para sus composiciones; animacion, variedad y verdad en la expresion de los caracteres, y buen gusto para el desempeño y colorido de las draperías. En todo ello se descubre al pintor que busca sus inspiraciones en la Naturaleza.

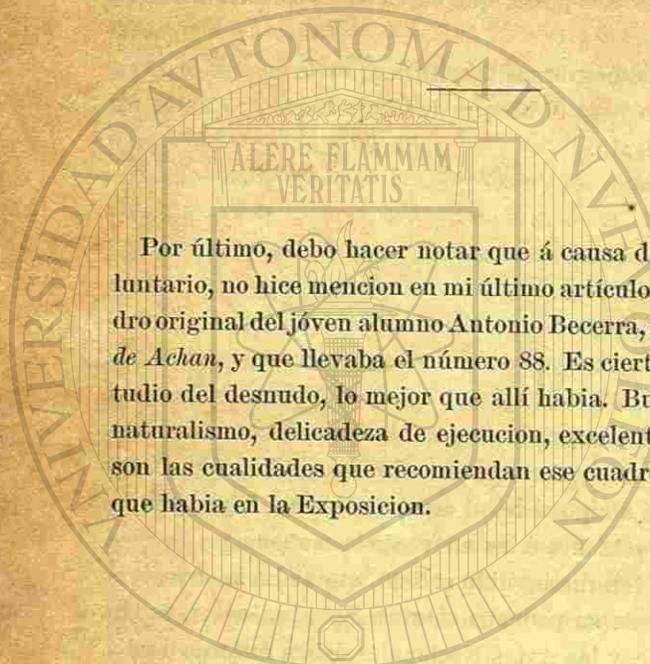
Otra vez hablaremos de sus esculturas, particularmente de su *Sátiro* proyectado para el bosque de Chapultepec, y que es un gracioso pensamiento.

También despues de publicados mis artículos he tenido el sentimiento de acompañar al cementerio de Dolores los restos mortales de mi buen amigo el hábil escultor Manuel Islas, que falleció el día 4 de este mes á las nueve de la mañana.

La pérdida de tan distinguido artista, que todavía concurrió á la Exposicion con su pequeña estatua *Netzahualcoyotl*, es sumamente sensible, y las Artes Nacionales deben estar de duelo.

El Sr. Islas ha sido de los muy pocos escultores que inspirándose en un sentimiento de patriotismo procuraron dotar á México de monumentos históricos, embelleciendo y perpetuando por medio del Arte nuestros más grandiosos recuerdos nacionales. Una estatua colosal del padre de la Independencia, un busto también colosal, de piedra, del último emperador azteca Cuauhtemotzin (hoy en el paseo de la Viga), una estatua sepulcral de D. Benito Juárez, en mármol, que dejó casi concluida, bustos de varios de nuestros hombres públicos y otras muchas obras muy apreciables, son el fruto de ese fecundo y varonil talento que segó la muerte en la flor de la edad. El Sr. Islas, que no se inficionó para nada con el gusto rutinario de la Academia de San Carlos, habría, estoy seguro, llevado á cabo proyectos artísticos de gran

honra para las Artes de su Patria. ¡Ojalá que su hermano, también escultor y pintor distinguido, sin desalentarse por el terrible golpe que acaba de sufrir, pueda continuar hasta su término las empresas comenzadas por el hermano ausente!



Por último, debo hacer notar que á causa de un olvido involuntario, no hice mencion en mi último artículo de *Salon* del cuadro original del joven alumno Antonio Becerra, intitulado *Muerte de Achan*, y que llevaba el número 88. Es ciertamente, como estudio del desnudo, lo mejor que allí habia. Buena tendencia al naturalismo, delicadeza de ejecucion, excelente colorido: tales son las cualidades que recomiendan ese cuadro, de los mejores que habia en la Exposicion.

México, Febrero 9 de 1880.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EC  
A